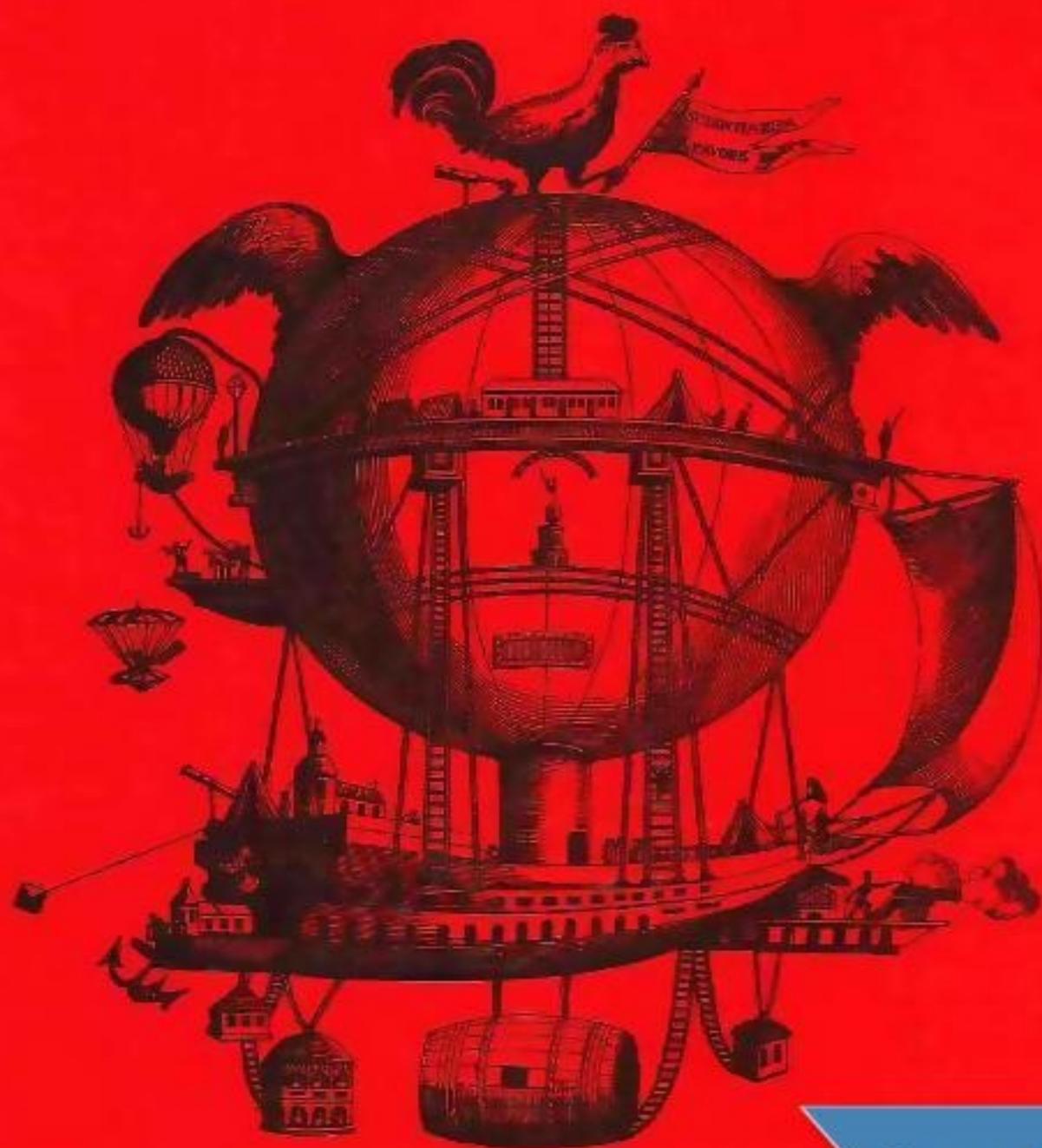


Charles Dickens

LOS PAPELES DE MUDFOG



Lectulandia

La Sociedad Mudfog para el Avance de Todo es una parodia de la Sociedad Británica para el Avance de la Ciencia, fundada en 1831, y de otras sociedades científicas de la era victoriana. Dickens se muestra en el relato de sus «actividades» tan irónico y crítico como siempre, pero más bromista que nunca. La comicidad y la burla alcanzan en ocasiones el absurdo y el esperpento, y la hilaridad que provocan sus historias y sus personajes lleva al lector a perder de vista por momentos el satírico reflejo de la realidad que subyace tras lo aquí narrado. Mientras nos hace reír con los locos eruditos de la Sociedad Mudfog y sus excéntricos inventos y teorías, nuestro autor denuncia algunos de los grandes males de la Europa de su tiempo y también... del nuestro. Los resultados de la Revolución Industrial propiciaron una época de grandes transformaciones: el trabajo, la industria, los modos de producción, la tecnología y, por lo tanto, las formas de vida, la organización social y el pensamiento evolucionaron de forma incesante, pero no siempre para bien; en ocasiones, nos dice Dickens, sólo para perpetuar el anterior estado de las cosas.

Los textos recogidos en este volumen (también referidos a otros asuntos de interés, además de a la Sociedad de la peculiar y ficticia ciudad de Mudfog) fueron publicados originalmente en la revista *Bentley's Miscellany* entre 1837 y 1939, periodo en el que el propio Dickens, que todavía firmaba con el seudónimo Boz, fue editor de la revista. No se recopilaron y publicaron como libro hasta 1880, diez años después de la muerte de su autor. La etapa en que éste escribió para *Bentley's Miscellany* fue un período crucial en su vida personal y profesional, una etapa de transición, el momento en que dejó de ser un autor principiante y comenzó a disfrutar del reconocimiento y el éxito. La crítica y los demás escritores alabaron su talento, y las clases humildes encontraron en él la voz que hasta entonces no habían tenido.

Lectulandia

Charles Dickens

Los papeles de Mudfog

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2019

Título original: *The Mudfog papers*
Charles Dickens, 1880
Traducción: Ángeles de los Santos

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

LA VIDA PÚBLICA DEL SEÑOR TURRUBILE, EN
OTRO TIEMPO ALCALDE DE MADRID

Mudfog^[1] es una ciudad agradable —una ciudad extraordinariamente agradable— situada en una encantadora hondonada junto a un río, río del cual Mudfog recibe un grato aroma a brea, alquitrán, carbón y maromas, una población itinerante con gorros impermeables, un flujo continuo de barqueros borrachos y muchas otras ventajas náuticas.

Hay mucha agua en Mudfog, pero no es exactamente la típica ciudad balneario. El agua es un elemento perverso en el mejor de los casos, y en Mudfog lo es especialmente. En invierno rezuma por las calles y corre por los campos. Más aún, se mete en los sótanos y las cocinas de las casas con una generosa abundancia de la que bien se podría prescindir. Pero en el caluroso verano se reseca y se pone verde y, aunque el verde es un color que está muy bien, sobre todo para la hierba, al agua no le favorece. Y no se puede negar que la belleza de Mudfog queda bastante dañada por esta insignificante circunstancia.

Mudfog es un lugar saludable —muy saludable—, húmedo quizás, pero no peor por ello. Es un error suponer que la humedad es malsana: las plantas crecen muy bien en lugares húmedos, ¿por qué no habría de ser igual para las personas? Los habitantes de Mudfog son unánimes al afirmar que no hay mejor raza de personas sobre la faz de la tierra. Ahí tenemos una refutación, irrefutable y veraz al mismo tiempo, del error común. Así que, admitiendo que Mudfog es húmeda, afirmamos categóricamente que es saludable.

La ciudad de Mudfog es extremadamente pintoresca. Limehouse y Ratcliff Highway se le parecen un poco, pero dan una idea muy vaga de Mudfog. En Mudfog hay muchas más tabernas —más que en Ratcliff y Limehouse juntas—. Los edificios públicos, además, son imponentes.

Consideramos el ayuntamiento uno de los mejores ejemplos que existen de arquitectura de establo: es una combinación de los estilos pocilga y granja, y la simplicidad de su diseño es de una belleza incomparable.

La idea de poner una ventana grande a un lado de la puerta y otra pequeña al otro es particularmente afortunada. También hay una exquisita belleza dórica en el cerrojo y en el limpiabarros, la cual reside estrictamente en que no desentonan en el efecto global.

En este lugar se reúnen el alcalde y la corporación de Mudfog en solemne concejo en pro del bienestar público. Sentados en los grandes bancos de madera que, con la mesa del centro, son el único mobiliario del encalado aposento, los sabios de Mudfog pasan hora tras hora en profundas deliberaciones. Aquí se decide a qué hora de la noche deberán cerrar las tabernas, a qué hora de la mañana se permitirá abrirlas, en qué momento será lícito que cenen las personas los días de guardar, y otras grandes cuestiones políticas.

Y algunas veces, mucho después de que el silencio haya caído sobre la ciudad y las lejanas luces de las tiendas y de las casas hayan dejado de parpadear, como remotas estrellas, ante la vista de los barqueros del río, la iluminación de las desiguales ventanas del ayuntamiento advierte a los habitantes de Mudfog de que su pequeña corporación de legisladores, al igual que ese otro cuerpo de la misma especie, más grande y más conocido, mucho más ruidoso y ni un ápice más profundo, está dormitando patrióticamente, hasta altas horas de la noche, por el bien del país.

Entre este grupo de hombres sabios y cultos ninguno se distinguió tan eminentemente, durante muchos años, por la discreta modestia de su aspecto y su conducta, como Nicholas Tulrumbles, el conocido comerciante de carbón.

Por muy emocionante que fuera el asunto que tratar, por muy animado que fuera el tono del debate o por muy acaloradas que fueran las alusiones personales —y en Mudfog nos ponemos muy personales a veces—, Nicholas Tulrumbles siempre era el mismo.

A decir verdad, Nicholas, que era un hombre trabajador y siempre se levantaba al alba, era muy dado a quedarse dormido en cuanto empezaba un debate y a seguir durmiendo hasta que terminaba, momento en que se despertaba mucho más despejado y votaba con la mayor satisfacción.

La cuestión era que Nicholas Tulrumbles, sabiendo que todos los allí presentes habían tomado sus decisiones de antemano, consideraba que el debate no era más que un largo engorro que no llevaba a parte alguna. Y hasta el día de hoy nos seguimos preguntando si, sobre este particular por lo menos, no tendría Nicholas Tulrumbles buena parte de razón.

El tiempo, que cubre de plata la cabeza de los hombres, a veces llena de oro sus bolsillos; y como en el caso de Nicholas Tulrumbles fue gradualmente haciendo un buen trabajo en lo uno, tuvo la gentileza de no descuidar lo otro.

Nicholas empezó en un cobertizo de madera de cuatro pies cuadrados, con un capital de dos peniques con nueve y unos bienes de tres fanegas y media de carbón, sin contar la gran lámpara que a modo de anuncio colgaba fuera.

Con el tiempo amplió el cobertizo y compró una carretilla. Después dejó el cobertizo y la carretilla también, y se hizo con un burro y con una señora Tulrumbles. Después se mudó otra vez y compró una carreta; la carreta fue pronto sustituida por un carro, y así siguió adelante, como su gran predecesor Whittington —sólo que sin un gato como compañero^[2]—, aumentando su riqueza y su reputación, hasta que finalmente abandonó por completo el negocio y se retiró con la señora Tulrumbles y la familia a Mudfog Hall, que él mismo había levantado sobre lo que intentaba creer que era una colina, a un cuarto de milla aproximadamente de la ciudad de Mudfog.

Por aquella época se empezó a murmurar en Mudfog que Nicholas Tulrumbles se estaba volviendo vanidoso y arrogante; que la prosperidad y el éxito habían corrompido la sencillez de sus modales y echado a perder la natural bondad de su corazón. En resumen, que se estaba preparando para ser un personaje público y un gran caballero y fingía mirar a sus antiguos amigos con compasión y desdén.

Tanto si estos rumores tenían entonces algún fundamento como si no, lo cierto es que muy poco después la señora Tulrumbles empezó a utilizar un coche de paseo de cuatro ruedas, conducido por un alto postillón con una gorra amarilla; que el señor Tulrumbles hijo empezó a fumar puros y a llamar *muchacho* al sirviente; y que desde entonces no se volvió a ver al señor Tulrumbles en su lugar habitual —el rincón de la chimenea del Lighterman's Arms— por las noches.

La cosa pintaba mal; pero, además, se empezó a observar que el señor Nicholas Tulrumbles asistía a las reuniones de la corporación con más frecuencia que antes y ya no se quedaba dormido como había hecho durante tantos años, sino que mantenía los párpados abiertos sujetándoselos con los dedos; que leía los periódicos por su cuenta en casa y tenía la costumbre de deleitarse en ambiguas y misteriosas alusiones a «la masa» y «el bien del país» y «la fuerza productiva» y «el interés monetario», todo lo cual denotaba y demostraba que Nicholas Tulrumbles estaba loco o algo peor, y esto desconcertaba extraordinariamente a las buenas gentes de Mudfog.

Finalmente, a mediados del mes de octubre, el señor Tulrumbles y familia se fueron a Londres, porque mediados de octubre era, según informó la señora Tulrumbles a sus amistades de Mudfog, el apogeo de la temporada de la buena sociedad.

Por alguna razón, más o menos por esas fechas, a pesar del saludable aire de Mudfog, su alcalde murió. Fue un hecho de lo más extraordinario. Había vivido en Mudfog durante ochenta y cinco años. La corporación no lo

entendió en absoluto; de hecho resultó muy difícil disuadir a un anciano caballero, que insistía muchísimo en las formas, de que presentara un voto de censura a tan inexplicable conducta.

Pero aunque fuera tan extraño, el caso es que murió, sin tener en cuenta en lo más mínimo a la corporación; y la corporación fue inmediatamente convocada para elegir al sucesor. Así que se reunieron con tal propósito, y como en aquella época estaban deslumbrados por Nicholas Tulrumbles, y como Nicholas Tulrumbles era un hombre importante, lo eligieron a él y mandaron una carta a Londres en el correo siguiente para informar a Nicholas Tulrumbles de su nuevo ascenso.

Entonces, siendo ya noviembre y estando el señor Nicholas Tulrumbles en la capital, resultó que éste iba a estar presente en el desfile y la cena del lord Mayor^[3], contemplando la gloria y el esplendor que a él, al señor Tulrumbles, tanto lo mortificaban, ya que no podía evitar el pensamiento de que si hubiera nacido en Londres en vez de en Mudfog, él también podría haber sido lord Mayor y haberse codeado con los jueces y haber tenido un trato afable con el ministro de Justicia y haber sido amigo del Primer Ministro y haber tratado con fría condescendencia al secretario de Hacienda y haber cenado con una bandera detrás y haber llevado a cabo muchos otros actos que corresponden específicamente a los lord Mayor de Londres.

Cuanto más pensaba en el lord Mayor, más envidiable le parecía el personaje. Ser rey estaba muy bien, pero ¡qué era un rey comparado con el lord Mayor! Cuando el rey pronunciaba un discurso todo el mundo sabía que se lo había escrito otra persona, mientras que ahí estaba el lord Mayor, hablando de corrido durante media hora, todo de su propia cosecha, entre las ovaciones entusiastas de los presentes; en cambio, era bien sabido que el rey podía hablar ante su asamblea hasta ponerse morado sin conseguir ni un solo aplauso.

Mientras todos estos pensamientos cruzaban la mente del señor Nicholas Tulrumbles, el lord Mayor de Londres apareció ante él como el más grande soberano sobre la faz de la Tierra, superando con creces al Emperador de Rusia y dejando al Gran Mogol infinitamente atrás.

El señor Nicholas Tulrumbles estaba meditando sobre estas cosas, y maldiciendo para sus adentros al destino, que había situado su carbonera en Mudfog, cuando le entregaron la carta de la corporación. Un rubor escarlata se extendió por su rostro al leerla, porque en su imaginación ya danzaban visiones de grandeza.

—Querida mía —le dijo el señor Tulrumbles a su esposa—, me han elegido alcalde de Mudfog.

—¡Dios nos ampare! —dijo la señora Tulrumbles—. ¿Y qué ha pasado con el viejo Sniggs?

—El difunto señor Sniggs, señora Tulrumbles —replicó el señor Tulrumbles con severidad, porque de ningún modo aprobaba la idea de referirse a un caballero que había ostentado el alto cargo de alcalde con una descortesía como «el viejo Sniggs»—. El difunto señor Sniggs, señora Tulrumbles, ha muerto.

La noticia fue muy sorprendente, pero la señora Tulrumbles sólo exclamó «¡Dios nos ampare!» una vez más, como si un alcalde fuera un cristiano corriente, ante lo cual el señor Tulrumbles frunció el ceño con tristeza.

—Qué pena que no sea en Londres, ¿verdad? —dijo la señora Tulrumbles, después de una breve pausa—; qué pena que no sea en Londres, donde habrías podido tener un desfile.

—*Podría* tener un desfile en Mudfog, imagino, si me pareciera adecuado —dijo el señor Tulrumbles de forma misteriosa.

—¡Señor! Sí que podrías, ya lo creo —respondió la señora Tulrumbles.

—Y de los buenos —dijo el señor Tulrumbles.

—¡Maravilloso! —exclamó la señora Tulrumbles.

—Un desfile que dejara boquiabiertos a esos ignorantes de allí —dijo el señor Tulrumbles.

—Se morirían de envidia —dijo la señora Tulrumbles.

Así quedó decidido que los súbditos de Su Majestad de Mudfog se quedarían pasmados por el esplendor, y morirían de envidia, y que un desfile de tal categoría sería algo nunca antes visto en aquella ciudad ni en ninguna otra. No, ni siquiera en el propio Londres.

Al día siguiente de recibirse la carta llegó a Mudfog el alto postillón en un coche de cuatro ruedas —no montado en uno de los caballos, sino dentro; es decir, dentro del coche— y, llevándolo hasta la misma puerta del ayuntamiento, donde la corporación estaba reunida, entregó una carta, escrita por Dios sabe quién y firmada por Nicholas Tulrumbles, en la cual Nicholas decía, en cuatro páginas de escritura apretada, y en papel de carta de Bath, satinado y con los bordes dorados, que respondía a la llamada de sus conciudadanos con sentimientos de sincero júbilo; que aceptaba la ardua tarea que su confianza le había impuesto; que nunca lo verían echarse atrás en el cumplimiento de su deber; que intentaría desempeñar sus funciones con toda

la dignidad que su magnitud e importancia exigían y muchas más cosas del mismo estilo.

Pero esto no fue todo. El alto postillón sacó de su bota derecha un húmedo ejemplar del periódico del condado, de esa misma tarde, y allí, en letra grande, ocupando todo el espacio de la primera columna, había un largo discurso de Nicholas Tulrumbles dirigido a los habitantes de Mudfog en el que decía que de buena gana accedía a su petición y, en resumen, como para evitar cualquier error sobre el asunto, les decía otra vez qué gran hombre pretendía ser, en términos muy similares a los que había empleado en la carta para tratar el asunto.

Ante todo aquello, los miembros de la corporación se miraron los unos a los otros intensamente, y después miraron al alto postillón como si buscaran una explicación, pero como el alto postillón estaba contemplando con mucha atención la borla dorada de su gorra amarilla, y de todas maneras no habría podido ofrecer ninguna explicación —aunque no hubiera estado tan distraído—, se contentaron con toser con recelo y con un aspecto muy serio.

El alto postillón entregó entonces otra carta, en la cual Nicholas Tulrumbles informaba a la corporación de que pretendía dirigirse al ayuntamiento, en un desfile espléndido y con mucha ceremonia, el lunes siguiente al mediodía. Ante esta noticia, la corporación se puso aún más seria, pero como la epístola acababa con una invitación formal a cenar ese día con el alcalde en Mudfog Hall, sito en Mudfog Hill, Mudfog, enseguida empezaron a verle la gracia al asunto y enviaron sus atentos saludos y la confirmación de su asistencia.

Pues bien, resultó que había en Mudfog, como resulta que lo hay, por la razón que sea, en casi todas las ciudades de los dominios británicos, y quizás en dominios extranjeros también —uno piensa que esto es probable, pero, al no ser un gran viajero, no lo puede decir con seguridad—, resultó que había en Mudfog una especie de vagabundo, simpático y de rostro agradable, un inútil, con una aversión insuperable al trabajo y una afición indomable a la cerveza y los licores fuertes, al que todo el mundo conocía y con el que nadie, excepto su esposa, se tomaba la molestia de discutir, que heredó de sus antepasados el nombre de Edward Twigger y estaba encantado con el sobrenombre de Ned *Nariz de botella*.

Se emborrachaba por encima de la media una vez al día, y se arrepentía más o menos al mismo nivel una vez al mes. Y cuando se arrepentía estaba invariablemente en la última etapa de una borrachera llorosa. Era un tipo andrajoso, errabundo, protestón, con tendencia al alboroto, agudo y listo, y

era capaz de trabajar cuando le apetecía. En absoluto se oponía al trabajo duro por principios, porque podía trabajar sin descanso en un partido de críquet durante un día entero, corriendo y atrapando y bateando y lanzando y disfrutando con un esfuerzo que dejaría exhausto a un galeote. Habría tenido un valor incalculable para un parque de bomberos: nunca hubo un hombre con tal gusto natural por una bomba de agua, por subir escaleras corriendo y por tirar muebles por la ventana de un segundo piso; ni era éste el único elemento en el que se sentía a sus anchas.

Era una institución humanitaria en sí mismo, un remolque viviente, un salvavidas andante, y habría salvado a más gente de morir ahogada, en su época, que el bote salvavidas del Plymouth o que el invento del capitán Manby^[4].

Con todas estas habilidades, a pesar de su vicio Ned *Nariz de botella* era apreciado por todos, y las autoridades de Mudfog, recordando sus numerosos servicios a la población, le permitían que volviera a emborracharse a su aire sin miedo al cepo, a las multas ni al encarcelamiento. Tenía licencia absoluta y demostraba su sentido del cumplimiento del deber sacándole el máximo partido.

Hemos descrito con tanto detalle el carácter y las aficiones de Ned *Nariz de botella* porque esto nos permite presentar un hecho sin brusquedad, en vez de traerlo de golpe ante el lector, con indecorosa prisa, a empujones. Y nos permite relatar con mucha naturalidad que en la misma tarde en que el señor Nicholas Tulrumbles y familia regresaron a Mudfog, el nuevo secretario del señor Tulrumbles, recién traído de Londres, de tez pálida y finos bigotes, bajó la cabeza hasta la corbata, abrió la puerta del bar Lighterman's Arms y, preguntando si un tal Ned Twigger se encontraba allí solazándose, se presentó a sí mismo como el portador de un mensaje del señor Nicholas Tulrumbles requiriendo al señor Twigger su inmediata presencia en el ayuntamiento por un asunto privado.

Como el señor Twigger no quería de ninguna manera ofender al alcalde, se levantó de su sitio, junto a la chimenea, con un leve suspiro y siguió al secretario de finos bigotes por las sucias y húmedas calles de Mudfog hasta el ayuntamiento, sin demora.

El señor Nicholas Tulrumbles estaba sentado en un pequeño sótano con un tragaluz que él llamaba su biblioteca, diseñando un plan para el desfile en una gran hoja de papel. Y a este sótano condujo el secretario a Ned Twigger.

—¡Hombre, Twigger! —dijo Nicholas Tulrumbles con condescendencia.

Hubo un tiempo en que Twigger habría respondido «¡Hombre, Nick!», pero eso era en los días de la carretilla y un par de años antes del burro, así que ahora tan sólo inclinó la cabeza.

—Quiero que empieces a ensayar, Twigger —dijo el señor Tulrumbles.

—¿Para qué, señor? —preguntó Ned, mirándolo fijamente.

—¡Calla, calla, Twigger! —dijo el alcalde—. Cierre la puerta, señor Jennings. Mira esto, Twigger.

Al decir esto, el alcalde abrió un armario alto y dejó ver una armadura completa de latón de dimensiones gigantescas.

—Quiero que la lleves este próximo lunes, Twigger —dijo el alcalde.

—¡Por Dios bendito, señor! —respondió Ned—. También podría usted pedirme que llevara un cañón de setenta y cuatro libras, o una caldera de hierro fundido.

—¡Tonterías, Twigger, tonterías! —dijo el alcalde.

—No podría soportar el peso, señor —dijo Twigger—; me haría puré de patatas si lo intentara.

—¡Bah, bah, Twigger! —insistió el alcalde—. Te digo que lo he visto con mis propios ojos, en Londres, y el hombre no era ni la mitad que tú.

—Yo habría pensado que estaba viendo a un hombre que se había puesto la caja de un reloj de pie para no estropear la ropa —dijo Twigger, lanzando una mirada de aprensión a la armadura.

—Es lo más fácil del mundo —replicó el alcalde.

—No es nada —dijo el señor Jennings.

—Cuando estás acostumbrado —añadió Ned.

—Lo tienes que hacer por etapas —dijo el alcalde—. Empezarías mañana con una pieza, luego dos al día siguiente, y así hasta que te lo hayas puesto todo. Señor Jennings, dele a Twigger un vaso de ron. Pruébate el peto, Twigger. Espera, tómame otro vaso de ron primero. Ayúdeme a levantarlo, señor Jennings. ¡Ponte firme, Twigger! ¡Ya está! No pesa ni la mitad de lo que parece, ¿verdad?

Twigger era un tipo fuerte, robusto, así que, después de mucho tambalearse, consiguió mantenerse derecho bajo el peto, e incluso se las apañó, con la ayuda de otro vaso de ron, para dar unos pasos; y, además, con los guanteletes.

Hizo un intento con el casco, pero no tuvo el mismo éxito, porque se inclinó hacia adelante al momento, circunstancia que el señor Tulrumbles achacó claramente al hecho de no tener el peso del latón en las piernas para contrarrestar.

—Bueno, lleva eso con gracia y decoro el lunes que viene —dijo Tulrumbly— y cambiará tu suerte.

—Intentaré hacerlo lo mejor que pueda, señor —dijo Twigger.

—Debes guardar un secreto absoluto —dijo Tulrumbly.

—Por supuesto, señor —contestó Twigger.

—Y tienes que estar sobrio —dijo Tulrumbly—; completamente sobrio.

Al momento, el señor Twigger prometió solemnemente que estaría más sobrio que un juez, y Nicholas Tulrumbly se dio por satisfecho, aunque, en el caso de Nicholas nosotros sin duda habríamos exigido una promesa de naturaleza más específica, puesto que, habiendo asistido a las sesiones jurídicas vespertinas más de una vez, podemos testificar con firmeza que hemos visto jueces con claros síntomas de juerga debajo de las pelucas. Pero esto no viene al caso.

El día siguiente, y el día después, y el día después de ése, Ned Twigger estuvo encerrado en el pequeño sótano del tragaluz, ensayando mucho con la armadura. Cada vez que conseguía mantenerse en pie con una nueva pieza le daban otro vaso de ron; y finalmente, después de casi asfixiarse muchas veces, consiguió ponerse toda la armadura y caminar arriba y abajo tambaleándose por la habitación, como una estatua de la Abadía de Westminster que se hubiera emborrachado.

Nunca hubo hombre más complacido que Nicholas Tulrumbly y nunca hubo mujer más encantada que la esposa de Nicholas Tulrumbly. ¡Menudo espectáculo para el pueblo llano de Mudfog! ¡Un hombre vivo en una armadura de latón! ¡Se iban a volver locos de asombro!

Ese día —ese lunes— llegó.

Si la mañana hubiera sido encargada a medida no se habría adaptado mejor al objetivo. Nunca tuvieron en Londres, en el día del lord Mayor, una niebla mejor que la que envolvió la ciudad de Mudfog en aquella azarosa ocasión. Se había levantado lenta pero implacable desde el agua verdosa y estancada con la primera luz de la mañana, hasta que llegó un poco por encima de los remates de las farolas; y allí se había detenido, con una soñolienta y perezosa obstinación, que ofrecía resistencia al sol, el cual había salido con los ojos enrojecidos, como si hubiera estado bebiendo en una fiesta toda la noche y empezara su jornada laboral con el peor talante posible.

La bruma espesa y húmeda se cernía sobre la ciudad como una enorme cortina de gasa. Todo estaba desdibujado y sombrío. Los campanarios de las iglesias se habían despedido temporalmente del mundo inferior, y todos los

elementos de menor importancia —casas, graneros, setos, árboles y barcazas— estaban cubiertos por un velo.

El reloj de la iglesia dio la una. Desde el jardín delantero de Mudfog Hall una trompeta cascada produjo un débil repique, como si un asmático hubiera tosido dentro sin querer. La puerta se abrió de golpe y salió un caballero en un corcel de color azúcar mojado, que pretendía representar a un heraldo pero que más bien parecía la figura a caballo de un naípe. El hombre pertenecía al circo que siempre llegaba a Mudfog en aquella época del año y había sido contratado por Nicholas Tulrumbles expresamente para la ocasión. Allí estaba el caballo, sacudiendo la cola, manteniendo el equilibrio sobre las patas traseras y haciendo florituras con las delanteras, de una manera que habría emocionado a cualquier multitud sensata. Pero en Mudfog las multitudes nunca han sido sensatas y, con toda probabilidad, nunca lo serán.

En vez de dispersar la mismísima niebla con sus gritos, como sin duda alguna deberían haber hecho, y que era lo que pretendía Nicholas Tulrumbles, en cuanto reconocieron al heraldo empezaron a manifestar su más rotunda desaprobación por el mero hecho de que montaba como cualquier otro.

Si hubiera salido cabeza abajo o saltando a través de un aro o atravesando un tambor en llamas, o incluso apoyándose en un solo pie y con el otro metido en la boca, entonces le habrían mostrado algún respeto; pero para un profesional, ir a horcajadas en la silla de montar, con los pies en los estribos, era más bien ridículo. Así que el heraldo fue un completo fracaso y la multitud lo abucheó sin contemplaciones cuando se marchó pavoneándose ignominiosamente.

Entonces empezó el desfile. No nos atrevemos a decir cuántos figurantes había, vestidos con camisas de rayas y gorros negros de terciopelo, imitando a los barqueros de Londres, ni cuántas pobres imitaciones de lacayos, ni cuántos estandartes, los cuales, debido a la densa humedad del aire, no podían de ninguna manera mantenerse desplegados para que se vieran las inscripciones. Menos aún nos sentimos en disposición de relatar cómo los hombres que tocaban los instrumentos de viento mirando al cielo (es decir, a la niebla) con musical fervor, caminaban entre charcos de agua y plastas de barro, hasta que cubrieron de salpicaduras las empolvadas cabezas de los lacayos anteriormente nombrados, lo cual resultaba curioso pero no quedaba bonito. Tampoco queremos contar cómo el organillero se equivocó de llave y tocó una melodía mientras la banda atacaba otra; ni cómo los caballos, acostumbrados a la pista del circo y no a las calles, se quedaban parados y bailaban en vez de avanzar haciendo cabriolas.

Todos éstos son asuntos en los que podríamos explayarnos con gran provecho pero sobre los que, sin embargo, no tenemos la menor intención de extendernos.

Ah, era un espectáculo magnífico ver llegar a la corporación en carruajes acristalados, costeados personalmente por Nicholas Tulrumbles, avanzando como un cortejo fúnebre sin luto; observar los intentos de los miembros de la corporación por resultar importantes y majestuosos cuando el propio Nicholas Tulrumbles, en el coche de cuatro ruedas, con su alto postillón, apareció detrás de los demás, con el señor Jennings a un lado, vestido de capellán, y un figurante al otro, con un viejo sable de la guardia real, imitando al oficial que porta la espada del lord Mayor; y ver las lágrimas caer por las mejillas de la plebe al mismo tiempo que gritaba con regocijo.

¡Era precioso! Y también lo fue la imagen de la señora Tulrumbles y su hijo inclinando la cabeza con gran solemnidad fuera de la ventanilla del carruaje, saludando a las sucias caras que se reían a su alrededor. Pero ni siquiera es esto de lo que tenemos que ocuparnos, sino de la repentina parada de la procesión a otro toque de la trompeta, con lo cual y después de lo cual se produjo un profundo silencio, y todos los ojos se volvieron hacia Mudfog Hall, con la seguridad de que asistirían a una nueva maravilla.

—Ahora no se reirán, señor Jennings —dijo Nicho— las Tulrumbles.

—Creo que no, señor —dijo el señor Jennings.

—Mire qué ansiosos están —dijo Tulrumbles—. ¡Ja! Ahora seremos nosotros los que reiremos, ¿eh, señor Jennings?

—Sin duda, señor —contestó el señor Jennings. Y Tulrumbles, en un estado de agradable emoción, se puso de pie en el carruaje e hizo señas de satisfacción a la alcaldesa, que iba detrás.

Mientras sucedía todo esto, Ned Twigger había bajado a la cocina de Mudfog Hall con el propósito de complacer a los sirvientes con una visión privada de la rareza que iba a presentarse ante la ciudad. Y por alguna razón el lacayo fue tan cordial y la criada tan atenta y el cocinero tan simpático, que no pudo resistirse a la oferta del primero de sentarse a tomar algo, para brindar por el éxito del señor.

Así que Ned Twigger se sentó con aquel traje de latón encima de la mesa de la cocina, y con una jarra de algo fuerte, pagada por el inconsciente Nicholas Tulrumbles y proporcionada por el cordial lacayo, bebió por el éxito del alcalde y su desfile.

Como Ned se había quitado el casco para beber ese algo fuerte, el cordial lacayo se lo puso él mismo en la cabeza, para inmenso e irrepetible deleite del

cocinero y la criada.

El cordial lacayo estuvo muy ingenioso con Ned, y Ned fue muy cortés con el cocinero y con la criada, por turnos. Todos estaban muy cómodos y a gusto, y el algo fuerte corrió profusamente.

Por fin Ned Twigger fue requerido a voces por los del desfile, y una vez que el cordial lacayo, la atenta criada y el simpático cocinero le pusieron el casco con mucha dificultad, echó a andar muy digno y apareció ante la multitud.

La muchedumbre rugió, no de admiración, no de sorpresa, sino indudable e indiscutiblemente de risa.

—¿Qué? —dijo el señor Tulrumbly, poniéndose de pie en el coche—. ¿Se ríen? Si se ríen de un hombre con una auténtica armadura de latón se reirán hasta de su propio padre moribundo. ¿Por qué no se dirige a su sitio, señor Jennings? ¿Por qué viene hacia nosotros? ¡Aquí no tiene que venir!

—Me temo, señor... —dijo el señor Jennings titubeando.

—¿Qué se teme? —dijo Tulrumbly, mirando al secretario a la cara.

—Me temo que está borracho, señor —contestó el señor Jennings.

El señor Tulrumbly miró la extraordinaria figura que se dirigía hacia ellos, y entonces, agarrando a su secretario del brazo, soltó un audible gemido de angustia.

Es una triste verdad que el señor Twigger, que había tenido total libertad para reclamar un vaso de ron cada vez que se ponía una nueva pieza de la armadura, de una forma u otra, sin calcular bien por las prisas y la confusión de los preparativos, había tomado unos cuatro vasos por pieza en vez de uno, sin contar con el algo fuerte que tomó después.

Si la armadura de latón frenó el natural flujo de la transpiración, evitando así que se evaporara el alcohol, no somos lo bastante científicos para saberlo; pero fuera cual fuese la causa, en cuanto el señor Twigger se encontró a las puertas de Mudfog Hall se encontró también en un muy considerable estado de embriaguez, y de ahí su insólita manera de desplazarse.

La cosa pintaba mal, pero, como si el destino y la suerte hubieran conspirado contra Nicholas Tulrumbly, al señor Twigger, que no llevaba ni un mes de penitencia, se le metió en la cabeza resultar especial y particularmente emotivo, precisamente cuando lo más conveniente hubiera sido dejar de lado el arrepentimiento. Inmensas lágrimas le caían por las mejillas y en vano intentaba ocultar su pesar acercándose a los ojos un pañuelo azul con lunares blancos, un elemento que no casaba mucho con una armadura de trescientos años más o menos.

—¡Twigger, bribón! —dijo Nicholas Tulrumb, olvidando su dignidad—, ¡regresa!

—¡Jamás! —dijo Ned—. Soy un desgraciado miserable. Nunca lo abandonaré a usted.

El público, naturalmente, recibió esta declaración con aclamaciones de «¡Eso es, Ned, no te vayas!».

—No pienso irme —dijo Ned, con toda la obstinación de un hombre muy achispado—. Soy un infeliz. Soy el desdichado padre de una desgraciada familia, pero soy muy leal, señor. Nunca lo abandonaré.

Tras reiterar esta cortés promesa, Ned siguió arengando a la multitud, con la voz quebrada, sobre los años que llevaba viviendo en Mudfog, la extraordinaria honradez de su carácter y otros temas de naturaleza similar.

—¡A ver! ¿Puede alguien llevárselo de aquí? —dijo Tulrumb—. Si viene a verme después lo recompensaré bien.

Dos o tres hombres se acercaron con intención de llevarse a Ned, cuando el secretario se interpuso.

—¡Cuidado, cuidado! —dijo el señor Jennings—. Le ruego me disculpe, señor, pero sería mejor que no se acercaran demasiado a él, porque, si se cae, sin duda aplastará a alguien.

Al oír este consejo todo el mundo se retiró a una respetuosa distancia y dejaron a Ned, como el duque de Devonshire, en medio de un pequeño círculo.

—Pero, señor Jennings —dijo Tulrumb—, se va a asfixiar.

—Lo siento mucho, señor —contestó el señor Jennings—, pero nadie se puede quitar esa armadura sin poner de su parte. Lo sé por la forma en que hay que colocársela.

Aquí Ned gimió tristemente y sacudió la cabeza aprisionada de una manera que habría conmovido a un corazón de piedra. Pero la multitud no tenía corazones de piedra y todos se rieron de corazón.

—Caramba, señor Jennings —dijo Nicholas, palideciendo ante la posibilidad de que Ned se asfixiara dentro de esa antigualla—. Caramba, señor Jennings, ¿no se puede hacer nada por él?

—Nada en absoluto —dijo Ned—, nada en absoluto. Señores, soy un infeliz. Soy un cuerpo, señores, en un ataúd de latón.

Ante esta poética idea evocada por él mismo, Ned lloró tanto que la gente empezó a compadecerse y a preguntarse qué pretendía Nicholas Tulrumb al meter a un hombre en un artilugio como aquél. Y un individuo con un chaleco peludo como la tapa de un baúl, que previamente había expresado su opinión

de que si Ned no hubiera sido pobre, el señor Tulrumbles no se habría atrevido, insinuó la conveniencia de destrozar el carruaje o partirle la cabeza a Tulrumbles o ambas cosas.

Al parecer, la multitud consideró una buena idea esta última propuesta combinada. Pero no se llevó a cabo, sin embargo, porque apenas se había planteado cuando la esposa de Ned Twigger apareció de repente en el pequeño círculo antes de que nadie se percatara, y Ned, en cuanto vislumbró su cara y su figura, por la pura fuerza de la costumbre emprendió el camino de su casa tan rápido como le permitían las piernas, que tampoco era mucho en aquellos momentos, ya que, por mucho que quisieran, no podían moverse bien bajo la armadura de latón.

Así que la señora Twigger tuvo mucho tiempo para acusar a Nicholas Tulrumbles a la cara, para expresar su opinión de que era un monstruo declarado y para dar a entender que si su maltratado esposo sufría algún daño personal a causa de la armadura, ella lo llevaría ante los tribunales por homicidio involuntario.

Cuando hubo dicho todo esto con la debida vehemencia fue detrás de Ned, que iba arrastrándose lo mejor que podía y lamentando su desdicha en un tono muy trágico.

¡Qué lamentos y gemidos profirieron los hijos de Ned cuando éste por fin llegó a casa! La señora Twigger intentó desmontar la armadura, primero por un sitio y después por otro, pero no lo consiguió, así que tumbó a Ned en la cama, con casco, armadura, guanteletes y todo. ¡Cómo crujió la cama bajo el peso de Ned con su nueva indumentaria! Pero no se rompió, y allí quedó varado, como el anónimo barco del Golfo de Vizcaya, hasta el día siguiente, bebiendo tisana de cebada y con un aspecto muy triste. Y cada vez que se quejaba, su buena mujer le decía que le estaba bien empleado, y ése fue todo el consuelo que Ned Twigger recibió.

Nicholas Tulrumbles y el maravilloso desfile siguieron hacia el ayuntamiento entre los silbidos y los gruñidos de todos los espectadores, a los que de repente les había dado por considerar al pobre Ned todo un mártir.

Nicholas Tulrumbles tomó oficialmente posesión de su nuevo cargo, y con motivo de dicha ceremonia pronunció un discurso, escrito por el secretario, que fue muy largo y sin duda muy bueno; pero el ruido de la gente que estaba fuera hizo que nadie lo oyese, salvo el propio Tulrumbles.

Después de esto, el desfile volvió a Mudfog Hall como pudo y el señor Tulrumbles y la corporación se sentaron a cenar.

Pero la cena fue floja y el anfitrión estaba decepcionado. Eran unos viejos sosos y adormecidos, éstos del ayuntamiento. Nicholas Tulrumbles había dado un discurso igual de largo que el del lord Mayor de Londres; en realidad él había dicho las mismas cosas que el lord Mayor de Londres, y vaya ovación que le habían dado. Sólo había un hombre en el grupo completamente despierto, y fue un insolente que lo llamó «Nick».

¡Nick! Cuáles serían las consecuencias, pensaba Nicholas Tulrumbles, si alguien se atreviera a llamar así al lord Mayor de Londres. Le gustaría saber qué diría a eso el portador de la espada, o el archivero, o el maestro de ceremonias, o cualquier otro de los altos funcionarios de la ciudad. Lo arrestarían.

Pero aquéllos no fueron los peores actos de Nicholas Tulrumbles. Si lo hubieran sido, podría haber seguido como alcalde hasta el día de hoy y haber hablado hasta quedarse afónico.

Desarrolló una gran afición a las estadísticas y se volvió filosófico, y las estadísticas y la filosofía juntas lo llevaron a un estado que incrementó su impopularidad y precipitó su caída.

Al final de la calle principal de Mudfog, y lindando con la orilla del río, se levanta el Jolly Boatmen, una casa de estilo antiguo, de techo bajo y ventanas saledizas, con salón, cocina y bar todo en uno, y una gran chimenea con un caldero, como corresponde, alrededor de la cual los trabajadores se han congregado desde tiempo inmemorial en las noches de invierno, reconfortados por tragos de buena cerveza fuerte y animados por el sonido de un violín y una pandereta, pues el Jolly Boatmen está debidamente autorizado por el alcalde y la corporación para el chirrido del violín y el toque de la pandereta desde antiguo, de lo cual el recuerdo de los habitantes más viejos no dice lo contrario.

Pues bien, Nicholas Tulrumbles había estado leyendo panfletos sobre delincuencia e informes parlamentarios —o había mandado al secretario que se los leyera, que en realidad es lo mismo—, y enseguida se dio cuenta de que esto del violín y la pandereta debía de haber hecho más por corromper la moral en Mudfog que cualquier otra causa que la razón pudiera imaginar. Así que estudió el asunto y decidió que presentaría una iniciativa ante la corporación la próxima vez que se solicitara la licencia.

Llegó el día de la solicitud y el rubicundo patrón del Jolly Boatmen entró en el ayuntamiento tan contento como cabría esperar, después de haber añadido otro violín más para esa noche, con el fin de celebrar el aniversario de la licencia musical del Jolly Boatmen.

La solicitud se presentó según lo establecido, y estaban a punto de concedérsela automáticamente cuando Nicholas Tulrumb se levantó y dejó a la corporación atónita y ahogada en un torrente de elocuencia. Disertó en encendidos términos sobre la creciente depravación de su ciudad natal de Mudfog y los excesos cometidos por la población. Después refirió lo impresionado que se había sentido al ver barriles de cerveza rodando hacia la bodega del Jolly Boatmen una semana tras otra; y cómo se había sentado en una ventana, enfrente del Jolly Boatmen, durante dos días, para contar las personas que entraban a tomar cerveza entre las doce y la una solamente, que, por cierto, era la hora en que la gran mayoría de la población de Mudfog almorzaba. Después, siguió diciendo, el número de personas que salían con jarras de cerveza: por término medio veintiuna cada cinco minutos, lo cual, multiplicado por doce, daba doscientas cincuenta y dos personas con jarras de cerveza en una hora, y multiplicado de nuevo por quince —el número de horas que la casa permanecía abierta cada día— daba un resultado de tres mil setecientos ochenta personas con jarras de cerveza al día, o veintiséis mil cuatrocientas sesenta personas con jarras de cerveza a la semana. Entonces pasó a demostrar que pandereta y degradación moral eran sinónimos y el violín y la propensión al pecado, completamente inseparables. Todos estos argumentos los reforzó y los demostró con frecuentes referencias a un gran libro con las cubiertas azules y diversas citas de los magistrados de Middlesex. Y al final, los miembros de la corporación, que estaban estupefactos por las cifras y medio dormidos por el discurso, y que para colmo, por desgracia, necesitaban cenar, votaron a favor de Nicholas Tulrumb y denegaron la licencia de música al Jolly Boatmen.

Pero aunque Nicholas Tulrumb triunfó, su triunfo fue breve. Siguió adelante con la guerra a las jarras de cerveza y los violines —olvidando la época en que a él le gustaba beber de las unas y bailar al ritmo de los otros—, hasta que la gente le tomó antipatía y sus viejos amigos le dieron la espalda.

Se cansó del solitario esplendor de Mudfog Hall y su corazón anheló el Lighterman's Arms. Deseó no haber llegado a ser nunca un hombre público y suspiraba por los viejos tiempos de la venta de carbón y el rincón de la chimenea.

Finalmente, el viejo Nicholas, sintiéndose muy desgraciado, se armó de valor, le pagó al secretario el sueldo de tres meses por adelantado y lo despachó para Londres en el primer coche. Una vez dado este paso se puso el sombrero en la cabeza, se metió el orgullo en el bolsillo y se dirigió al viejo

salón del Lighterman's Arms. Sólo estaban allí dos de sus antiguos amigos, que lo miraron con frialdad cuando les tendió la mano.

—¿Va a prohibir también las pipas, señor Tulrumbles? —dijo uno.

—¿O a seguir el rastro del delito de beber hasta las uvas? —gruñó otro.

—Ni una cosa ni la otra —contestó Tulrumbles, dándoles la mano a ambos, quisieran o no—. He venido para decir que lamento mucho haber sido tan tonto y que espero que me den mi vieja silla otra vez.

Los hombres abrieron los ojos y tres o cuatro más abrieron la puerta, a los cuales Nicholas, con lágrimas en los ojos, les tendió la mano también y les contó la misma historia. Lanzaron un grito de alegría que hizo vibrar otra vez las campanas de la torre de la vieja iglesia, y acercando la vieja silla al cálido rincón, lo sentaron en ella y pidieron el bol de ponche caliente más grande y un número ilimitado de pipas de inmediato.

Al otro día el Jolly Boatmen obtuvo la licencia y a la noche siguiente el viejo Nicholas y la esposa de Ned Twigger salieron a bailar al son del violín y la pandereta, cuyos tonos al parecer habían mejorado con aquel pequeño descanso, pues nunca antes habían sonado tan alegres.

Ned Twigger estaba en su mayor momento de gloria y bailó con la chirimía, hizo equilibrios con sillas en la barbilla y cañas sobre la nariz, hasta que todos los presentes, incluida la corporación, cayeron rendidos de admiración ante la brillantez de sus habilidades.

El señor Tulrumbles hijo no pudo decidirse a ser otra cosa que un triunfador, así que se fue a Londres y empezó a cargar facturas a su padre; y cuando se quedó en descubierto y endeudado, se arrepintió y volvió a casa.

En cuanto al viejo Nicholas, mantuvo su palabra, y después de seis semanas de vida pública no volvió a intentarlo. Se quedó dormido en la siguiente sesión del ayuntamiento, y, como máxima prueba de su sinceridad, nos ha pedido que escribamos esta fidedigna narración.

Desearíamos que ésta sirviera para recordar a los Tulrumbles de otros ámbitos que la vanidad excesiva no es dignidad, y que ir contra los pequeños placeres con los que una vez se deleitaron, porque prefieren olvidar los tiempos en que eran personas de menos categoría, los convertirá en objeto de desprecio y burla.

Ésta es la primera vez que publicamos algunos de los fragmentos recogidos de esta fuente. Quizás, en el futuro, nos aventuremos a iniciar las crónicas de Mudfog.

INFORME COMPLETO DE LA PRIMERA
REUNIÓN DE LA SOCIEDAD MUDFOG PARA EL
AVANCE DE TODO

Hemos hecho un esfuerzo extraordinario y sin precedentes para ofrecer a nuestros lectores un completo y exacto reflejo del desarrollo de la gran reunión de la Sociedad Mudfog, celebrada en la ciudad del mismo nombre. Es para nosotros una gran satisfacción presentarles los resultados en forma de varios comunicados remitidos por nuestro perspicaz, capacitado y gráfico corresponsal, expresamente enviado con este propósito, que nos ha inmortalizado a nosotros, a sí mismo, a Mudfog y a su Sociedad, todo al mismo tiempo.

Durante varios días hemos sido, en realidad, incapaces de decidir quién tendrá mayor renombre en la posteridad: nosotros, que enviamos a nuestro corresponsal; nuestro corresponsal, que escribió el informe sobre el asunto; o la Sociedad, que le proporcionó a nuestro corresponsal algo sobre lo que escribir.

En realidad, tendemos a pensar que somos la parte más importante, puesto que la idea de un informe exclusivo y auténtico partió de nosotros. Esto puede ser un prejuicio: puede deberse a nuestra predisposición a inclinarnos a nuestro favor. Lo admitimos.

No tenemos duda de que a todo caballero implicado en esta importante reunión le preocupa lo mismo en mayor o menor grado. Y es un consuelo para nosotros saber que tenemos al menos este sentimiento en común con los grandes científicos, esas brillantes y extraordinarias lumbreras cuyas especulaciones recogemos.

Presentamos las cartas de nuestro corresponsal en el orden en que las recibimos. Cualquier intento de englobarlas en un hermoso todo sólo conseguiría destruir el tono vivo, el toque de disparate y la rica vena de pintoresco interés que las impregna.

- *Mudfog, lunes, siete de la tarde*

Nos encontramos aquí en un estado de gran agitación. No se habla de otra cosa más que de la próxima reunión de la Sociedad. Las puertas de la posada están atestadas de personas ansiosas por las visitas que se esperan. Y los numerosos anuncios que se han pegado en las ventanas de las casas

particulares, informando de que hay camas para alquilar, dan a las calles un aspecto muy animado y alegre, pues los anuncios son de una gran variedad de colores y la monotonía de las inscripciones impresas queda mitigada por todos los tamaños y estilos de la letra manual.

Se rumorea confidencialmente que los profesores Snore, Doze y Wheezy^[5] han alquilado tres camas y una salita en el Pig and Tinder^[6]. Les comunico el rumor tal y como ha llegado hasta mí, pero no puedo, por ahora, garantizar su exactitud. En el momento en que pueda obtener cualquier información certera sobre este interesante punto, pueden tener por seguro que la recibirán.

- *Siete y media*

Acabo de regresar de una entrevista personal con el gerente del Pig and Tinder. El gerente habla con convicción de la posibilidad de que los profesores Snore, Doze y Wheezy establezcan residencia en su casa durante las sesiones de la Sociedad, pero niega que las camas hayan sido ya alquiladas. Sus palabras son confirmadas por la doncella —una muchacha de modales sencillos y aspecto interesante—. El limpiabotas niega que sea probable que los profesores Snore, Doze y Wheezy se alojen aquí, pero tengo razones para creer que este hombre ha sido sobornado por el propietario del Original Pig, hotel de la competencia.

En medio de testimonios tan contradictorios es difícil llegar a la auténtica verdad, pero pueden estar ustedes seguros de que recibirán información veraz sobre este punto en el momento mismo en que el asunto se aclare.

La agitación continúa. Un muchacho ha caído por el escaparate de la pastelería de la esquina de High Street hará una media hora, lo que ha ocasionado mucha confusión. La impresión general es que ha sido un accidente. ¡Roguemos para que se demuestre que así ha sido!

- *Martes, mediodía*

Esta mañana temprano las campanas de todas las iglesias dieron las siete. El efecto, en el actual ambiente caldeado de la ciudad, fue extremadamente singular. Mientras yo estaba desayunando, una calesa amarilla, tirada por un caballo gris oscuro con una mancha blanca en el ojo derecho, pasó con rapidez en dirección a los establos del Original Pig. Se dice que este caballero ha venido con el objeto de asistir a la asamblea; y por lo que he oído lo considero altamente probable, aunque todavía no se sabe nada definitivo

sobre él. Pueden ustedes imaginar el nerviosismo con el que esperamos la llegada, esta tarde, del coche de las cuatro.

A pesar del estado de agitación de la población, no se ha cometido aún ninguna tropelía, gracias a la admirable disciplina y buen juicio de la policía, a la que no se ve por ningún lado.

Un organillo suena frente a mi ventana y grupos de personas pregonando pescado y verduras recorren las calles. Con estas excepciones, todo está silencioso y confío en que seguirá así.

- *Cinco de la tarde*

Ha quedado confirmado, más allá de toda duda, que los profesores Snore, Doze y Wheezy *no* se dirigirán al Pig and Tinder, sino que ya han reservado habitaciones en el Original Pig. Esta información es *exclusiva*, y dejo que ustedes y sus lectores saquen sus propias conclusiones.

Por qué el profesor Wheezy, de todas las personas del mundo, habría de ir al Original Pig antes que al Pig and Tinder no es fácil de imaginar. El profesor es un hombre que debería estar por encima de tales nimiedades.

Hay personas aquí que acusan abiertamente de traición y de una clara falta de fe a los profesores Snore y Doze, mientras que otras tantas están dispuestas a exculparlos de toda responsabilidad en el acuerdo y a insinuar que la culpa recae solamente en el profesor Wheezy. Yo reconozco que me inclino a favor de la última opinión, y aunque me causa gran dolor hablar en términos de censura o desaprobación de un hombre de tan trascendental genio y conocimiento, me siento obligado a decir que, si mis sospechas son fundadas y las informaciones que han llegado a mis oídos ciertas, no sé muy bien qué pensar del asunto.

El señor Slug^[7], tan celebrado por sus investigaciones estadísticas, ha llegado esta tarde en la diligencia de las cuatro. Tiene la tez de color púrpura oscuro y la costumbre de suspirar constantemente. Su aspecto es extraordinario y ha llegado con muy buena salud y animado.

El señor Woodensconce^[8] también ha llegado en el mismo vehículo. El distinguido caballero estaba profundamente dormido al llegar, y me informa el escolta de que ha venido así todo el camino. Sin duda, estaba preparándose para los esfuerzos venideros. Pero ¡que colosales visiones deben de ser las que revolotean en el cerebro de un hombre como éste cuando su cuerpo se encuentra en estado de letargo!

El flujo de visitantes aumenta cada momento. Me han dicho —no sé qué habrá de cierto— que dos berlinas han llegado al Original Pig durante la

última media hora, y yo mismo he visto entrar una carretilla con tres maletines y un legajo en el patio del Pig and Tinder no hace más de cinco minutos.

La gente sigue tranquilamente dedicada a sus ocupaciones habituales, pero tiene un cierto desenfreno en los ojos y una involuntaria rigidez en los músculos del rostro, lo cual le demuestra al observador atento que sus expectativas están tensas en grado sumo. Temo, a menos que esta noche se produzcan llegadas muy importantes, que esta agitación de la población traiga consecuencias, algo que cualquier persona sensata lamentaría.

- *Seis y veinte*

Acabo de saber que el muchacho que anoche se cayó por el escaparate de la pastelería ha muerto del susto. Se le pidió que pagara nueve peniques por los daños causados, y su constitución, al parecer, no era lo bastante fuerte como para resistir la impresión. La investigación, según parece, se llevará a cabo mañana.

- *Ocho menos cuarto*

Los profesores Muff y Nogo^[9] acaban de llegar al hotel. Han pedido la cena enseguida con gran delicadeza. Estamos todos encantados con la cortesía de sus modales y la facilidad con que se adaptan a los modos y costumbres de la vida corriente. Inmediatamente después de llegar han mandado llamar al jefe de comedor y en privado le han pedido que busque un perro vivo —el más barato que pudiera encontrar— y se lo envíe a su habitación después de la cena, con una tabla de cocina, un cuchillo, un tenedor y un plato limpio. Se sospecha que van a hacer algún experimento con el perro esta noche. Si se filtra cualquier detalle lo transmitiré con urgencia.

- *Ocho y media*

Han traído al animal. Es un carlino, de apariencia bastante inteligente, en buen estado y patas muy cortas. Lo han atado al alzapaño de una cortina en una habitación a oscuras y está aullando muchísimo.

- *Nueve menos diez*

Han ido a buscar el perro. Con un instinto que casi parecería resultado de la razón, el sagaz animal se aferró al jefe de comedor por la pantorrilla cuando

éste se acercó para cogerlo, y presentó una desesperada aunque ineficaz resistencia. No he podido conseguir que me dejen entrar en los aposentos ocupados por el caballero científico, pero a juzgar por los ruidos que han llegado a mis oídos cuando estaba en el descansillo, frente a la puerta, hace un momento, podría asegurar que el perro se había metido gruñendo debajo de algún mueble y tenía a los profesores acorralados.

Esta conjetura queda confirmada por el testimonio del mozo de cuadra, quien, después de espiar por el ojo de la cerradura, me asegura que ha visto claramente al profesor Nogo de rodillas, sosteniendo con el brazo estirado una botella de ácido prúsico, que el animal, agazapado bajo un sillón, se negaba obstinadamente a oler.

No pueden ustedes imaginar el febril estado de irritación en que nos encontramos por el hecho de que los intereses de la ciencia se vean sometidos a los caprichos de una criatura irracional, que no está dotada de suficiente sentido común para prever los incalculables beneficios para la raza humana que se pueden derivar de tan pequeño sacrificio por su parte.

- *Nueve de la noche*

La cola y las orejas del perro han sido enviadas abajo para que las laven, circunstancia de la cual inferimos que el animal ya no existe. Las patas delanteras se las han entregado al limpiabotas para que las cepille, lo cual refuerza nuestra suposición.

- *Diez y media*

Me siento tan abrumado por lo que ha sucedido en el transcurso de la última hora y media que apenas tengo fuerzas para detallar la rápida sucesión de acontecimientos que tanto han desconcertado a todos aquellos que saben lo ocurrido. Parece que el carlino mencionado en mi anterior informe lo obtuvo subrepticamente —lo robó, vamos— alguien relacionado con las cuadras, quien se lo quitó a una dama soltera residente en esta ciudad.

Desesperada al descubrir la falta de su favorito, la dama salió a la calle como loca, reclamando a los transeúntes, de la manera más desgarradora y lastimosa, que se lo devolvieran, su Augustus, porque así se llamaba el difunto en cariñoso recuerdo de un antiguo amor de su dueña, con el que guardaba un sorprendente parecido, lo cual hace que las circunstancias resulten aún más conmovedoras.

Todavía no estoy en condiciones de informarles sobre las circunstancias que indujeron a la afligida dama a dirigir sus pasos hacia el hotel que había sido escenario de los últimos forcejeos de su *protégé*. Sólo puedo afirmar que legó allí en el preciso instante en que los indiferentes empleados salían llevando al finado en una pequeña bandeja.

Sus gritos todavía resuenan en mis oídos. Lamento decir que los expresivos rasgos del profesor Muff resultaron severamente arañados y lacerados por la dolida dama; y que el profesor Nogo, además de recibir varios mordiscos graves, ha perdido unos cuantos mechones de pelo por el mismo motivo. Debe de servirles de algún consuelo a estos caballeros saber que sólo su ferviente apego a la investigación científica ha traído estas desagradables consecuencias, por lo cual la comprensión de un país agradecido será suficiente recompensa para ellos.

La desgraciada dama permanece en el Pig and Tinder y, según información de última hora, sigue en un estado muy delicado.

No es necesario que les diga que esta inesperada catástrofe ha arrojado sobre nosotros una gran tristeza y melancolía en medio de nuestro entusiasmo, lo natural en cualquier caso, pero mucho más en éste, por las amables cualidades del animal fallecido, que parece haber sido muy respetado —y merecidamente— por todos sus conocidos.

- *Doce de la noche*

Aprovecho la última oportunidad, antes de sellar mi envío, para informarles de que el muchacho que se cayó por el escaparate de la pastelería no ha muerto como todo el mundo pensaba, sino que está vivo y en buen estado. La noticia parecía haberse originado por su misteriosa desaparición.

Lo encontraron hace media hora en el establecimiento de un confitero, donde se había anunciado el sorteo de un gorro de piel de foca de segunda mano y una pandereta, y donde, al no haber al principio un número suficiente de participantes, el muchacho había estado esperando pacientemente a que se inscribieran más. Este afortunado descubrimiento nos ha devuelto hasta cierto punto el ánimo y la alegría. Se ha propuesto organizar una suscripción para él sin demora.

Todo el mundo está impaciente y ansioso por saber qué nos deparará la próxima jornada. Si alguien llegara en el transcurso de la noche, he dado instrucciones tajantes de que se me avise inmediatamente. Debería permanecer despierto, en realidad, pero los inquietantes acontecimientos de este día han sido demasiado para mí.

Seguimos sin noticias de los profesores Snore, Doze y Wheezy. ¡Es muy extraño!

- *Miércoles a mediodía*

Ya ha terminado todo y, al menos sobre una cuestión, puedo por fin tranquilizar a nuestros lectores. Los tres profesores llegaron diez minutos después de las dos y en vez de permanecer en sus habitaciones del Original Pig, como todo el mundo dio por hecho durante el día de ayer, se dirigieron directamente al Pig and Tinder, donde se quitaron la máscara de una vez y anunciaron abiertamente su intención de quedarse.

El profesor Wheezy quizás pueda explicar este comportamiento tan extraordinario mediante *su* concepto de la justicia y el proceder ecuánime, pero yo le recomendaría al profesor Wheezy que no confiara demasiado en su merecida reputación. Naturalmente, se preguntarán ustedes cómo es posible que un hombre como el profesor Snore —o, lo que es más llamativo aún, una persona como el profesor Doze— pueda dejarse involucrar en una conducta como ésta. No he oído rumores. Yo tengo mis conjeturas pero me abstengo de manifestarlas por ahora.

- *Cuatro de la tarde*

La ciudad se está llenando con rapidez. Han ofrecido dieciocho peniques por una cama y los han rechazado. Anoche, varios caballeros se vieron en la necesidad de dormir a la puerta y en los escalones de las casas, por lo cual esta mañana fueron llevados todos juntos a los juzgados y encarcelados con diferentes condenas por vagabundos. Tengo entendido que una de esas personas es un calderero muy respetable, de gran destreza técnica, que le había enviado un informe al presidente del Comité D., Ingeniería Mecánica, sobre la fabricación de ollas de barro con fondo de cobre y válvulas de seguridad, de las que el informe habla muy bien. La encarcelación de este caballero es muy lamentable, ya que su ausencia impedirá cualquier debate sobre el asunto.

Por todos lados han quitado los anuncios, y los alojamientos se reservan en las condiciones que sean. He oído hablar de quince chelines a la semana por dos habitaciones sin incluir leña ni servicio, pero me parece difícil de creer. La exaltación es terrible. Esta mañana me han informado de que las autoridades civiles, temerosas de algún estallido de fervor popular, han ordenado que un oficial de reclutamiento y dos cabos tomen las armas y estén

preparados para disparar, y de que, con idea de no enfurecer innecesariamente al pueblo con su presencia, se les ha pedido que ocupen sus puestos antes del amanecer, en una barrera de peaje que dista de la ciudad un cuarto de milla aproximadamente. La eficacia y la puntualidad de estas medidas no se pueden alabar mucho.

Acabo de saber que una anciana, en estado de embriaguez, ha declarado en mitad de la calle su intención de acabar con el señor Slug. Unas estadísticas recopiladas por este caballero, relativas al consumo de alcohol bruto en este lugar, parecen ser la causa del rencor de la pobre desgraciada. Me dicen también que esta declaración fue muy aclamada por una multitud de personas que se habían reunido en el lugar; y que un hombre tuvo el atrevimiento de referirse en voz alta al señor Slug con el ignominioso epíteto de «rastrero».

Esperamos sinceramente que ahora, cuando ha llegado el momento de su intervención, los jueces no vacilen en el ejercicio del poder del que están investidos por la Constitución de este nuestro país.

- *Diez y media*

Me alegra comunicarles que los disturbios han sido completamente sofocados, y la cabecilla puesta bajo custodia. Le echaron un cubo de agua fría por encima antes de encerrarla y ha expresado gran arrepentimiento y desazón.

Estamos todos muy emocionados ante las expectativas de mañana. Pero ahora que estamos a pocas horas de la reunión de la Sociedad y por fin disfrutamos del orgullo de tener a sus ilustres miembros entre nosotros, tengo fe y esperanza en que todo marche pacíficamente.

Enviaré un informe completo de los actos de mañana en el coche nocturno.

- *Once de la noche*

Abro mi carta para decir que nada en absoluto ha ocurrido desde que la cerré.

- *Jueves*

El sol salió esta mañana a la hora habitual. No he observado nada de particular en el aspecto del glorioso astro, excepto que me pareció —puede haber sido un engaño de mi gran imaginación— que brillaba más de lo normal y que arrojaba un resplandor refulgente sobre la ciudad como nunca

antes había yo observado. Esto es lo más llamativo, ya que no había ni una nube en el cielo y la atmósfera estaba particularmente nítida.

A las nueve y media se reunió el comité general, encabezado por el presidente del año pasado. Se leyó el informe del consejo; y un apartado que establecía que el consejo había mantenido correspondencia con no menos de tres mil quinientas setenta y una personas —todas las cuales pagaron su propio franqueo—, sobre no menos de siete mil doscientos cuarenta y tres temas, fue recibido con un grado de entusiasmo que nada pudo acallar.

Una vez nombrados los diversos comités y secciones, y una vez cumplidas las formalidades, comenzaron los grandes actos de la reunión, a las once en punto exactamente.

Tuve la suerte de ocupar uno de los puestos más codiciados a esa hora:

COMITÉ A. ZOOLOGÍA Y BOTÁNICA
GRAN SALÓN DEL PIG AND TINDER
PRESIDENTE: PROFESOR SNORE
VICEPRESIDENTES: PROFESORES DOZE Y WHEEZY

El panorama era especialmente impresionante. El sol entraba a raudales por las ventanas de los aposentos y teñía toda la escena con sus brillantes rayos, destacando en marcado relieve las nobles facciones de los señores catedráticos y científicos, quienes, con la cabeza calva, con la cabeza roja, con la cabeza castaña, con la cabeza gris, con la cabeza morena o con la cabeza hueca presentaban un *coup d'oeil* que ningún testigo ocular olvidará fácilmente.

Delante de estos caballeros había papeles y tinteros, y en derredor del salón, en altos bancos aprovechados al máximo, se encontraba una brillante concurrencia de esas encantadoras y elegantes mujeres por las cuales se reconoce con justicia que Mudfog no tiene rival en el mundo. El contraste entre sus bellos rostros y los negros trajes de los señores científicos es algo que nunca dejaré de recordar mientras la memoria me lo permita.

Tras un momento de ligera confusión, ocasionada por el derrumbe de la mayor parte de la tribuna, el presidente, para calmar los ánimos, pidió a uno de los secretarios que leyera un informe titulado *Comentarios sobre las industriosas pulgas, con observaciones sobre la importancia de implantar escuelas infantiles entre esa numerosa clase social, sobre cómo dirigir su*

trabajo hacia fines útiles y prácticos y sobre cómo emplear el excedente de fruta para proporcionarles una manutención cómoda y respetable en la vejez.

El autor afirmaba que, después de haber dedicado su interés durante mucho tiempo a la condición moral y social de estos interesantes animales, lo convencieron para que visitara, en Regent Street, Londres, una exposición comúnmente conocida por el nombre de *Las industriosas pulgas*.

Allí había visto muchas pulgas, dedicadas sin duda a diversas ocupaciones y quehaceres, pero dedicadas, se veía obligado a añadir, de un modo que ningún hombre de buen juicio podría contemplar sino con dolor y pesar. Una pulga, reducida a la categoría de animal de carga, tiraba de una calesa en miniatura en la que había una efigie especialmente pequeña de Su Excelencia el Duque de Wellington. Otra se tambaleaba bajo el peso de una figura en oro del gran adversario del Duque, Napoleón Bonaparte. Otras, entrenadas como saltimbanquis y bailarinas de *ballet*, interpretaban una danza artística —el autor lamentaba indicar que, de las pulgas así utilizadas, muchas eran hembras—. Otras estaban siendo adiestradas, en una pequeña caja de cartón, como peatones —simples personajes secundarios— y dos se dedicaban realmente a la despiadada y bárbara actividad de batirse en duelo, una práctica de la cual la humanidad ha huido con horror y repugnancia.

El informe sugería que debían tomarse medidas de inmediato para utilizar el trabajo de estas pulgas como parte integrante de la fuerza productiva del país, lo que podría llevarse a cabo fácilmente mediante la implantación de escuelas infantiles y casas de acogida, en las cuales se pondría en práctica un sistema de enseñanza edificante basado en sólidos principios, y se inculcarían rigurosamente los preceptos morales.

El autor proponía que las pulgas que actuaran por dinero, con música o baile, o en cualquier clase de espectáculo teatral, sin licencia, fuesen consideradas vagabundas y tratadas en consecuencia. En este sentido el autor sólo se colocaba a la altura del resto de la humanidad. También sugería que el trabajo de las pulgas estuviese controlado y regulado por el estado, que debería destinar una parte de los beneficios a ayudar a las pulgas jubiladas o discapacitadas, así como a sus viudas y huérfanos.

Con estas miras, propuso que se ofreciera un generoso premio a los tres mejores diseños de un asilo, de los cuales —ya que la arquitectura para insectos está, como es sabido, muy desarrollada y perfeccionada— se podrían extraer muchas y valiosas ideas para la mejora de nuestras universidades metropolitanas, museos nacionales y otros edificios públicos.

EL PRESIDENTE quiso que se le informara en líneas generales sobre cómo el ingenioso caballero pretendía, para empezar, establecer comunicación con las pulgas, de modo que captaran plenamente la idea de las ventajas que se derivarían, sin duda, de un cambio en su modo de vida y se entregaran al trabajo honrado. Ésta era la única dificultad que veía el presidente.

EL AUTOR respondió que esta dificultad podría resolverse fácilmente, e incluso que no había dificultad en absoluto. Obviamente, el rumbo que se debía seguir, si lograban convencer al gobierno de Su Majestad para llevar a cabo el proyecto, sería asegurarle un salario provechoso al individuo al que se había referido como responsable de la exposición de Regent Street cuando la visitó. Ese caballero estaría al momento en disposición de comunicarse con el grupo de pulgas y explicarles lo referente a un plan general de educación, que habría de ser aprobado por el Parlamento, hasta el momento en que las más inteligentes de las pulgas estuvieran suficientemente preparadas para ejercer de profesoras de las demás.

El presidente y varios miembros del comité felicitaron efusivamente al autor del informe por su muy agudo e importante proyecto. Se decidió recomendar el asunto a la inmediata consideración del consejo.

EL SEÑOR WIGSBY presentó una coliflor más grande que la capota de una calesa y que no había sido cultivada por ningún medio artificial más que la simple aplicación de gaseosa altamente carbonatada como abono. Explicó que quitando la parte comestible, que se convertiría en un nuevo y delicioso alimento para los pobres, se obtenía un paracaídas —en principio algo similar al construido por *monsieur* Garnerin—, poniéndolo boca abajo, naturalmente. Añadió que él estaba totalmente dispuesto a practicar un descenso desde una altura de no menos de tres millas y cuarto; y que, de hecho, ya había propuesto lo mismo a los propietarios de los Jardines de Vauxhall, quienes muy amablemente habían accedido enseguida a sus deseos y fijado un día de principios del verano siguiente para la proeza, estipulando solamente que la parte externa de la coliflor debía cortarse previamente por tres o cuatro sitios para garantizar la seguridad del descenso.

EL PRESIDENTE se alegró por el público de *la grand gala* de los Jardines y elogió calurosamente a los propietarios del establecimiento aludido por su amor a la ciencia y su preocupación por la seguridad de la vida humana, lo cual los honraba grandemente. Un miembro quiso saber con cuántas luces adicionales se iluminaría la real propiedad la noche posterior al descenso.

EL SEÑOR WIGSBY contestó que ese particular no estaba aún decidido definitivamente, pero que creía que la intención era poner, además de la iluminación habitual, varios dispositivos con ocho millones y medio de luces adicionales. El miembro se mostró muy satisfecho con esta noticia.

EL SEÑOR BLUNDERUM deleitó a la concurrencia con una interesantísima y valiosa ponencia sobre *los últimos momentos del cerdo inteligente*, que impresionó mucho a los presentes y que recopilaba información extraída de los recuerdos personales de su cuidador favorito. El informe establecía, en los términos más enfáticos, que el nombre del animal no era Toby sino Solomon^[10], y demostraba claramente que no podía tener parientes cercanos de la misma condición, como muchos malintencionados habían afirmado falsamente, puesto que su padre, su madre y hermanos habían perecido víctimas del carnicero en diferentes momentos. De hecho, un tío suyo había sido localizado con mucho esfuerzo en una pocilga de Somers Town. Pero como estaba en un estado de gran debilidad en aquellos momentos, aquejado de sarampión, y poco después desapareció, hay muchas razones para suponer que fue convertido en salchichas.

La enfermedad del cerdo inteligente tuvo su origen en un fuerte resfriado que, agravado por una excesiva tolerancia en el pesebre, finalmente se le agarró a los pulmones y desembocó en un deterioro general del organismo. Se observó en él un caso de melancolía, pues el animal albergaba el presentimiento de su cercana defunción.

Después de complacer a numerosos y elegantes invitados con sus actuaciones, en las que ninguna debilidad se hizo patente, el cerdo fijó la vista en su biógrafo, y volviéndose hacia el reloj que había en el suelo, y en el cual tenía la costumbre de señalar la hora, pasó lentamente el morro dos veces por la esfera.

Exactamente veinticuatro horas después dejó de existir.

EL PROFESOR WHEEZY preguntó si, con anterioridad a su fallecimiento, el animal había expresado, por señas, o de otra manera, alguna voluntad respecto a la disposición de sus escasas pertenencias.

EL SEÑOR BLUNDERUM contestó que, mientras el biógrafo recogía las tarjetas al final de la actuación, el animal gruñó varias veces de manera significativa y asintió con la cabeza como solía hacer cuando estaba contento. Con aquellos gestos daba a entender que deseaba que su compañero conservara las tarjetas; y así se ha cumplido desde entonces. El cerdo no había expresado ninguna voluntad respecto al reloj y, por lo tanto, fue empeñado por la misma persona.

EL PRESIDENTE quiso saber si algún miembro del comité había visto o había conversado alguna vez con la dama cara de cerdo^[11], de quien se decía que llevaba una máscara de terciopelo negro y que comía en un pesebre de oro. Después de ciertas vacilaciones, un miembro respondió que la dama cara de cerdo era su suegra y que confiaba en que el presidente no violara la santidad de su vida privada.

EL PRESIDENTE pidió perdón. Consideraba a la dama cara de cerdo un personaje público. ¿Tendría el honorable miembro alguna objeción en indicar, con vistas al avance de las ciencias, si la dama tenía algún parentesco con el cerdo inteligente? El miembro contestó en el mismo tono sombrío que, ya que la pregunta parecía implicar la sospecha de que el cerdo inteligente pudiera ser medio hermano suyo, debía negarse a responder.

COMITÉ B. ANATOMÍA Y MEDICINA
COCHERA DEL PIG AND TINDER
PRESIDENTE: DOCTOR TOORELL
VICEPRESIDENTES: PROFESORES MUFF Y NOGO

EL DOCTOR KUTANKUMAGEN, de Moscú, leyó ante el comité un informe sobre un caso que se le había presentado a él mismo, extraordinariamente ilustrativo del poder de la medicina, como quedaba ejemplificado en su exitoso tratamiento de un trastorno virulento. Lo habían llamado para que visitara a un paciente el día 1 de abril de 1837, y se encontró luchando contra unos síntomas especialmente alarmantes para cualquier hombre de medicina. El paciente tenía un cuerpo sólido y musculoso, el paso firme y elástico, las mejillas llenas y rojas, la voz fuerte, buen apetito, el pulso vigoroso y regular. Tenía la arraigada costumbre de tomar tres comidas *per diem* y de tomar al menos una botella de vino y una copa de licor diluido en agua en el transcurso de las veinticuatro horas. Reía constantemente y de forma tan sincera que resultaba terrible escucharlo. A fuerza de una potente medicación, dieta pobre y sangrías, los síntomas disminuyeron perceptiblemente en el espacio de tres días. Una rígida perseverancia en el mismo tratamiento durante una semana solamente, acompañado de pequeñas dosis de gachas aguadas, caldo ligero y agua de cebada, condujeron a la total desaparición de los síntomas. En el curso de un mes, el paciente estaba suficientemente recuperado como para que dos enfermeras lo llevaran al piso de abajo y disfrutara de un paseo al aire libre en un coche cerrado, apoyado en

suaves almohadas. En el momento presente estaba tan repuesto como para caminar sin más ayuda que una muleta y un muchacho. Tal vez le gustara al comité saber que comía poco, bebía poco, dormía poco y que ya nunca se le oía reír por nada en absoluto.

EL DOCTOR W. R. FEE, al felicitar al honorable miembro por la exitosa curación que había logrado, se atrevió a preguntar si al paciente se le seguía sangrando abundantemente.

EL DOCTOR KUTANKUMAGEN respondió afirmativamente.

DOCTOR W. R. FEE: —¿Y comprobó usted que al paciente se le sangraba abundantemente durante todo el proceso de la enfermedad?

DOCTOR KUTANKUMAGEN: —Desde luego que sí, muy abundantemente.

EL DOCTOR NEESHAWTS supuso que si el paciente no se hubiera sometido a las sangrías con disposición y perseverancia, no se habría podido conseguir, en verdad, tan extraordinaria curación. El doctor Kutankumagen dijo que desde luego que no.

EL SEÑOR KNIGHT BELL (Miembro del Real Colegio de Cirujanos) mostró un molde de cera del interior de un caballero que de niño se tragó sin darse cuenta la llave de una puerta. Resulta curioso que un estudiante de medicina de costumbres disolutas que estaba presente en el examen *post mortem*, encontrara el modo de salir de la sala sin ser visto llevándose la parte de tejido del estómago en la que estaba impresa claramente la silueta de la llave. La llevó a toda prisa a un cerrajero de dudosa catadura que hizo una nueva llave a partir de la silueta que le habían mostrado. Con esta llave, el estudiante de medicina entró en la casa del caballero fallecido y robó objetos por valor de una elevada suma, por lo cual fue posteriormente juzgado y ejecutado.

EL PRESIDENTE quiso saber qué había ocurrido con la llave original con el paso de los años. El señor Knight Bell respondió que el caballero había sido siempre muy aficionado al ponche, y se suponía que el ácido la había ido desintegrando gradualmente.

EL DOCTOR NEESHAWTS y varios miembros eran de la opinión de que la llave debía de haber resultado muy fría y pesada en el estómago del caballero.

EL SEÑOR KNIGHT BELL creía que así fue al principio. Merecía la pena señalar, tal vez, que durante varios años el caballero sufrió pesadillas, bajo la influencia de la cuales se veía a sí mismo como la puerta de una bodega.

EL PROFESOR MUFF se refirió a una muy extraordinaria y convincente demostración de la maravillosa eficacia del sistema de dosis infinitesimales, que, como sin duda sabía el comité, se basaba en la teoría de que mínimas cantidades de cualquier medicina, adecuadamente distribuidas por el cuerpo humano, darían exactamente el mismo resultado que una dosis muy alta administrada de la forma habitual. Así, se suponía que la decimocuarta parte de un grano de cloruro mercurioso era equivalente a una píldora de cinco granos, y así sucesivamente con todas las clases de medicinas. El profesor había probado el experimento de una forma muy curiosa con el dueño de una taberna al que habían llevado al hospital con una fractura en la cabeza, y al que curó con el sistema infinitesimal en el increíblemente corto espacio de tres meses. Este hombre era un bebedor empedernido. Él (el profesor Muff) había diluido tres gotas de ron en un cubo de agua y le había pedido al hombre que se lo bebiera todo. ¿Cuál fue el resultado? Antes de haberse bebido un cuarto de galón ya estaba en estado de espantosa intoxicación etílica. Y otros cinco hombres se emborracharon como cubas con lo que quedaba.

EL PRESIDENTE quiso saber si con una dosis infinitesimal de gaseosa se habrían recuperado. El profesor Muff contestó que la vigésimo quinta parte de una cucharilla de postre, adecuadamente administrada a cada paciente, les habría quitado la borrachera de inmediato. El presidente comentó que aquél era un descubrimiento importantísimo y que esperaba que el lord Mayor y los concejales lo apoyaran sin demora. Un miembro rogó que se le informara sobre si sería posible administrar, por ejemplo, la vigésima parte de una pizca de pan con queso a todos los pobres adultos, y la cuadragésima parte a los niños, con resultados tan satisfactorios como en los casos presentados.

EL PROFESOR MUFF se mostró dispuesto a poner en juego su reputación profesional para demostrar la idoneidad de tal cantidad de comida para el sostenimiento de la vida humana... en los hospicios; aunque añadiendo la decimoquinta parte de una pizca de pudín dos veces a la semana se obtendría una dieta más rica.

EL PROFESOR NOGO llamó la atención del comité sobre un caso extraordinario de magnetismo animal. El profesor se había fijado casualmente, desde el otro lado de una calle, en un vigilante privado que caminaba en un estado de gran somnolencia y cansancio. El profesor lo había seguido hasta su pensión, y tras frotarle ligeramente las palmas de las manos, el vigilante había caído en un profundo sueño en el que permaneció durante diez horas seguidas.

COMITÉ C. ESTADÍSTICA
PAJAR DEL ORIGINAL PIG
PRESIDENTE: SEÑOR WOODENSCONCE
VICEPRESIDENTES: SEÑORES LEDBRAIN Y TIMBERED

EL SEÑOR SLUG presentó ante el comité el resultado de unos cálculos que había realizado, con gran dificultad y esfuerzo, referentes al estado de la educación infantil entre las clases medias de Londres. Había averiguado que, en un espacio de tres millas a la redonda a partir del Elephant and Castle, los títulos y número de ejemplares de libros infantiles en circulación eran los siguientes:

<i>Jack El Matagigantes</i>	79
<i>Ídem y las judías mágicas</i>	86
<i>Ídem y los once hermanos</i>	28
<i>Ídem y Jill</i>	19
Total	214

Descubrió que la proporción de ejemplares de *Robinson Crusoe* y *Philip Quarll* era de cuatro y medio a uno; y que la preponderancia de *Valentina* y *Orson* sobre *Goody Two Shoes* era de tres con ocho ejemplares del primero sobre medio ejemplar del segundo. Una comparación entre *Los siete campeones* y *Simple Simon* dio el mismo resultado. La ignorancia dominante era lamentable. Un niño, cuando se le preguntó si preferiría ser San Jorge de Inglaterra o un respetable fabricante de velas, respondió al instante: «Tan Jorge de Indaterra». Otro, un muchacho de ocho años que estaba muy convencido de la existencia de dragones, afirmó abiertamente que su intención era, cuando fuese mayor, luchar espada en mano para rescatar princesas cautivas y por el pródigo matagigantes. Ninguno de los niños interrogados había oído hablar nunca de Mungo Park^[12]. Algunos preguntaron si tenía alguna relación con el negro que barría el cruce, y otros si tenía algo que ver con Regent's Park. No tenían ni la más ligera noción de los más comunes principios de las matemáticas y consideraban a Simbad *El Marino* el viajero más intrépido que el mundo había dado. Un miembro, que desaprobaba firmemente el uso de los demás libros mencionados, sugirió que

Jack y Jill podría quizás ser eximido de la censura general, dado que el héroe y la heroína, al principio de la historia, aparecen *subiendo* una colina para llenar un cubo de agua, lo cual es una ocupación laboriosa y útil, en el caso de que fueran a lavar las sábanas de la familia, por ejemplo.

EL SEÑOR SLUG se temía que el efecto moral de este pasaje estuviera más que contrarrestado por otro de una parte posterior del poema, en el que se hacía una alusión muy clara al modo en que la heroína era personalmente castigada por su madre, «por reírse de la desgracia de Jack». Además, toda la obra tenía un gran defecto: era mentira.

EL PRESIDENTE felicitó al honorable miembro por la excelente diferenciación que había establecido. Otros miembros, además, hicieron hincapié en la enorme y urgente necesidad de llenar las mentes de los niños exclusivamente con hechos y cifras, procedimiento que, según señaló el presidente con contundencia, había hecho de ellos mismos (el comité) los hombres que eran.

EL SEÑOR SLUG, a continuación, presentó unos curiosos cálculos referidos a las carretillas de comida para perros de Londres. Descubrió que el número total de carretas y carretillas empleadas para repartir comida a los gatos y perros de la metrópolis era de mil setecientos cuarenta y tres. Por término medio la cantidad de brochetas de madera repartidas cada día con el forraje, en cada carreta o carretilla de comida, era de treinta y seis. Pues bien, multiplicando el número de brochetas así repartidas, por el número de carretillas, se obtendría un total de sesenta y dos mil setecientos cuarenta y ocho brochetas diarias. Admitiendo que de esas sesenta y dos mil setecientos cuarenta y ocho brochetas, las dos mil setecientos cuarenta y ocho fueran casualmente engullidas, junto con la carne, por los animales más voraces, se deducía que sesenta mil brochetas al día, o la enorme cifra de veintiún millones novecientos mil brochetas al año, se perdían en las perreras y los vertederos de Londres. Si se recogieran y almacenaran, al cabo de diez años supondrían una cantidad de madera más que suficiente para construir un barco de guerra de primera categoría, para uso de la marina de Su Majestad, que se llamaría *La brocheta real*, y que con tal nombre se convertiría en el terror de los enemigos de este país.

EL SEÑOR X. LEDBRAIN leyó una ponencia muy ingeniosa, de la cual se infería que el número total de piernas pertenecientes a los trabajadores manufactureros de un pueblo grande de Yorkshire era, en números redondos, cuarenta mil, mientras que el número total de patas de sillas y taburetes que había en sus casas era sólo de treinta mil, lo cual, con una muy favorable

media de tres patas por asiento, arrojaba un resultado de sólo diez mil asientos en total. De este cálculo se desprendería —sin tener en cuenta las patas de palo o de corcho, sino suponiéndole dos piernas a cada persona— que diez mil individuos, la mitad de los trabajadores, estaban totalmente desprovistos de descanso para sus piernas o pasaban su tiempo de descanso sentados en cajas.

COMITÉ D. INGENIERÍA MECÁNICA
COCHERA DEL ORIGINAL PIG
PRESIDENTE: SEÑOR CARTER
VICEPRESIDENTES: SEÑORES TRUCK Y WAGHORN

EL PROFESOR QUEERSPECK mostró una elegante maqueta de un tren portátil, hábilmente insertada en una caja verde, para el bolsillo del chaleco. Acoplando éste estupendo utensilio a las botas, cualquier empleado de banca o funcionario podría transportarse desde su lugar de residencia a su lugar de trabajo a la cómoda velocidad de sesenta y cinco millas por hora, lo cual, para caballeros de hábitos sedentarios sería una ventaja incalculable.

EL PRESIDENTE se mostró deseoso de saber si sería necesario que hubiera una superficie llana para que el caballero se desplazara sobre ella.

EL PROFESOR QUEERSPECK explicó que los caballeros de la City se desplazarían unidos unos a otros mediante grilletes, para evitar confusión o desavenencias. Por ejemplo, los trenes partirían cada mañana a las ocho, las nueve y las diez, desde Candem Town, Islington, Camberwell, Hackney y otros lugares diversos en los que suelen residir los caballeros de la City. Sería necesario contar con una superficie nivelada, pero el profesor tenía la solución para esta dificultad, proponiendo que la mejor vía posible, dadas las circunstancias, sería por las alcantarillas que socavan las calles de la metrópolis, y que, bien iluminadas con llamas que salieran de las tuberías de gas que van justo por encima, formarían una galería espaciosa y agradable, especialmente en invierno, cuando la incómoda costumbre de llevar paraguas, ahora tan generalizada, podría ser completamente desechada. En respuesta a otra pregunta, el profesor Queerspeck dijo que todavía no se le había ocurrido otra forma de prestar el servicio al que estas galerías están dedicadas ahora, pero que esperaba que ninguna absurda objeción por parte de este comité obstaculizara un proyecto tan espléndido.

EL SEÑOR JOBBA presentó un novedoso aparato para convertir rápidamente acciones del ferrocarril en bonos. El instrumento era como un elegante barómetro dorado, de aspecto deslumbrante, y se manejaba por detrás, mediante cuerdas a modo de marioneta, siendo las cuerdas manejadas siempre por los directores de la empresa a la que pertenecía el aparato. El mercurio estaba colocado tan ingeniosamente que cuando los directores correspondientes tenían acciones en los bolsillos, aparecían en el cristal cifras que indicaban inversiones muy pequeñas y ganancias muy grandes; pero en el momento en que los directores se deshacían de esas acciones, el presupuesto de gastos necesarios se incrementaba muchísimo de repente, mientras que las cifras de ciertos beneficios se reducían en la misma proporción. El señor Jobba afirmó que la máquina había sido utilizada durante varios meses y no sabía que hubiera fallado ni una sola vez. Un miembro manifestó que era sumamente ingeniosa y bonita, y deseaba saber si no sería posible que se desajustara de improviso. El señor Jobba dijo que, sin duda, era posible que todo el aparato se descompusiera, pero que ésa era la única pega que tenía.

EL PROFESOR NOGO llegó desde el comité de anatomía para mostrar una maqueta de una escalera de incendios, que se podía colocar en cualquier momento, en menos de media hora, y gracias a la cual los niños o las personas más débiles que lograran sobrevivir al avance de las llamas mientras se preparaba la escalera, podrían ser rescatados si simplemente conseguían mantenerse unos minutos en el alféizar de la ventana de sus dormitorios y saltar a la escalera sin caer a la calle. El profesor afirmó que el número de niños que habían sido rescatados con este invento a la luz del día y de casas que no estaban ardiendo, era casi increíble. En todos los incendios que se habían producido en Londres durante los meses previos, la escalera se había instalado al día siguiente y se había utilizado delante de un gran número de personas.

EL PRESIDENTE preguntó si no habría cierta dificultad en establecer cuál era el extremo superior de la escalera y cuál el inferior en casos de apremiante emergencia.

EL PROFESOR NOGO explicó que por supuesto no se podía esperar que funcionara igual de bien cuando había fuego, pero que en el caso planteado, creía que serviría igual si la parte superior se ponía para arriba o para abajo.

Con el último comité nuestro corresponsal concluye su muy competente y detallado informe, que nunca dejará de reportarle mérito a él por sus

conocimientos científicos y a nosotros por nuestro espíritu emprendedor. Es innecesario analizar los asuntos que se han tratado, el modo en que se han examinado, las grandes verdades que se han mostrado. Ahora están al alcance del mundo y las dejamos para que se lean, mediten y aprovechen. El lugar de encuentro para el próximo año se ha sometido a debate y ha sido finalmente decidido, teniendo en cuenta la bondad de sus vinos, el abastecimiento de sus mercados, la hospitalidad de sus habitantes y la calidad de sus alojamientos. Esperamos que en ese próximo encuentro nuestro corresponsal esté de nuevo presente y que podamos ser una vez más el medio por el que sus informaciones lleguen al mundo. Hasta este momento hemos conseguido que se nos permita vender este número de nuestra *Miscelánea*^[13] al por menor para el público o al por mayor para los comerciantes, sin ningún recargo sobre nuestro precio habitual.

Sólo nos queda añadir que los comités ya están disueltos y que Mudfog ha recuperado su acostumbrada tranquilidad; que los profesores y miembros han asistido a bailes y *soirées* y cenas, se han felicitado unos a otros y se han marchado finalmente a sus respectivos hogares, donde deseamos encuentren felicidad y alegría hasta el próximo año.

Firmado,

Boz

INFORME COMPLETO DE LA SEGUNDA
REUNIÓN DE LA SOCIEDAD MUDFOG PARA EL
AVANCE DE TODO

Fl pasado mes de octubre nos otorgamos el inmortal honor de reflejar, a un coste enorme y con unos esfuerzos sin precedente en la historia del periodismo, los actos de la Sociedad Mudfog para el Avance de Todo, que en ese mes celebró su primera gran reunión anual para maravilla y deleite de todo el imperio.

Anunciamos, al final de tan extraordinario y notable informe, que cuando tuviera lugar la Segunda Reunión de la Sociedad estaríamos otra vez en nuestro puesto, renovando nuestros enormes y enérgicos esfuerzos, y haciendo vibrar al mundo con la exactitud, autenticidad, incommensurable superioridad y profunda singularidad de nuestra información sobre las reuniones.

En cumplimiento de esta promesa, enviamos a Oldcastle (donde esta segunda reunión de la Sociedad tuvo lugar el día veinte del corriente), en un barco de vapor, al mismo hombre de cualidades sobrenaturales que elaboró el informe anterior, y que, dotado por naturaleza de habilidades extraordinarias y acompañado de un equipo de ayudantes apenas inferiores a él, nos ha enviado una serie de cartas, las cuales, por la fidelidad de las descripciones, la fuerza del lenguaje, el ardor del pensamiento, la vivacidad de la expresión y la importancia del asunto, no tienen igual en la literatura epistolar de ninguna época ni país. Les mostramos íntegramente la correspondencia de este caballero y en el orden en que llegó a nuestras oficinas.

- *Comedor, jueves noche, ocho y media*

Cuando dejé New Burlington Street esta tarde en el cabriolé de alquiler número 4285 experimenté sensaciones tan nuevas como opresivas. La conciencia de la importancia de la tarea que había asumido, la idea de estar saliendo de Londres y, aún más extraño, un sentimiento de soledad y una sensación de traqueteo, me desconcertaban por completo, y durante un rato fui insensible incluso a la presencia de mi maletín y mi sombrerera.

Siempre estaré en deuda con el conductor de un ómnibus de Blackwall, ya que, al meter el pértigo de su vehículo por la pequeña puerta del cabriolé, me

despertó de un torbellino de imaginaciones totalmente indescifrables. ¡Pero de ese material está hecha nuestra imperfecta naturaleza!

Me alegra decir que soy el primer pasajero que ha subido a bordo y que así podré ofrecerles información por orden cronológico de todo lo que suceda. La chimenea echa humo y la tripulación también; y el capitán, según me informan, está muy borracho en una camareta de cubierta, algo parecido a un mamparo negro. Deduzco por lo que oigo que está calentando motores.

Imaginarán ustedes enseguida con qué sentimientos acabo de descubrir que mi litera está en el mismo camarote que las del profesor Woodensconce, el señor Slug y el profesor Grime^[14]. El primero ha elegido la que está encima de la mía, y el señor Slug y el profesor Grime las dos de enfrente. Sus equipajes acaban de llegar. En la cama del señor Slug hay un largo tubo metálico de unas tres pulgadas de diámetro, muy bien cerrado por los dos extremos. ¿Qué puede contener? Algún impactante instrumento de nueva creación, sin duda.

- *Nueve y diez*

Todavía no ha llegado nadie ni he visto nada nuevo, salvo varias piezas de ternera y cordero, de lo cual deduzco que una cena sencilla está prevista para mañana. De abajo viene un olor peculiar, lo que me causó un poco de inquietud al principio, pero como el camarero dice que siempre huele así, que nunca desaparece ese olor, me he quedado tranquilo.

He sabido también por ese mismo hombre que los diferentes comités se repartirán entre el Black Boy and Stomach-ache y el Boot-jack and Countenance^[15]. Si esta información es cierta —y no tengo motivos para dudar—, los lectores sacarán las conclusiones que sus diferentes opiniones les sugieran.

Escribo estos comentarios conforme se me ocurren, o conforme los hechos llegan a mi conocimiento, para que mis primeras impresiones no pierdan nada de su intensidad original. Los enviaré en pequeños paquetes en cuanto tenga ocasión.

- *Nueve y media*

Un objeto oscuro acaba de aparecer en el muelle. Creo que es un carruaje.

- *Diez menos cuarto*

No, no lo es.

- *Diez y media*

Los pasajeros van llegando a cada momento. Cuatro omnibuses llenos acaban de llegar al muelle y todo es ajeteo y bullicio. El ruido y la confusión son muy grandes. Están poniendo manteles en los camarotes y el camarero va colocando unos platos azules llenos de porciones de queso; todos a la misma distancia del centro de las mesas. Se le caen muchas porciones, pero como está acostumbrado, las recoge con gran destreza y, tras limpiarlas en la manga, las vuelve a dejar en los platos. Es un joven de aspecto sumamente atractivo; no sé si está sucio o es mulato, pero creo que lo primero.

Un interesante caballero que ha llegado al muelle en un ómnibus acaba de discutir violentamente con los mozos de cuerda y viene hacia el barco tambaleándose con un gran baúl en los brazos. Espero y deseo que llegue sano y salvo, pero la pasarela que tiene que cruzar es estrecha y resbaladiza. ¿Ha sido eso un chapoteo? ¡Dios nos asista!

Acabo de regresar de cubierta. El baúl está en el borde del muelle pero al señor mayor no se le ve por ningún lado. El vigilante no está seguro de si ha caído o no, pero promete buscarlo mañana a primera hora. ¡Ojalá sus humanos esfuerzos den resultado!

El profesor Nogo acaba de llegar en este momento con el gorro de dormir bajo el sombrero. Ha pedido una copa de *brandy* frío con agua, una galleta y un cuenco, y se ha ido directo a la cama. ¿Qué puede significar esto?

Los otros tres caballeros científicos a los que ya he aludido han subido a bordo y han probado sus camas, con excepción del profesor Woodensconce, que duerme en una de las de arriba y no puede subirse a ella. El señor Slug, que duerme en la otra superior, no puede bajarse y un muchacho va a tener que alcanzarle la cena.

He tenido el honor de presentarme a estos caballeros y hemos acordado amigablemente el orden en que nos retiraremos a descansar. Es necesario ponerse de acuerdo en esto porque, aunque el camarote es muy cómodo, no hay espacio para que más de uno esté levantado al mismo tiempo, e incluso éste tiene que sacar sus botas al pasillo.

Como ya adelanté, había queso para la cena de los pasajeros y ahora se está consumiendo. Los lectores se sorprenderán al saber que el profesor Woodensconce lleva ocho años sin comer queso, aunque toma mantequilla en cantidades considerables. El profesor Grime, al que le faltan varios dientes, no puede, según observo, comer pan sin mojarlo previamente en su cerveza. ¡Qué interesantes son estas peculiaridades!

- *Once y media*

Los profesores Woodensconce y Grime, con un grado de buen humor que nos complace a todos, han acordado jugarse a cara o cruz una botella de cerveza caliente. Ha habido cierto debate sobre si el resultado debía decidirse a una tirada o a dos de tres. Finalmente se han decidido por la segunda opción. Desearía de corazón que los dos caballeros ganaran, pero como esto es imposible, reconozco que mis simpatías personales —hablo a título individual, y no los comprometo ni a usted ni a sus lectores al expresar estos sentimientos— están con el profesor Woodensconce. He apostado por este caballero ocho peniques.

- *Doce menos veinte*

El profesor Grime ha tirado sin querer su media corona por una de las ventanas del camarote y se ha decidido que el camarero lance por él. Se admiten apuestas para cualquiera de los jugadores y por cualquier cantidad, pero nadie ha apostado.

El profesor Woodensconce acaba de decir «cruz», pero la moneda se ha quedado en un travesaño y ha tardado mucho en caer. El interés y el suspense de este momento único están más allá de lo imaginable.

- *Doce de la noche*

La cerveza caliente humea delante de mí en la mesa: ha ganado el profesor Grime. Echar algo a cara o cruz es un juego de azar, pero en todos los aspectos, públicos o privados, de creación intelectual o de logros científicos, no puedo evitar expresar la opinión de que el profesor Woodensconce debería haber salido victorioso. Hay en el profesor Grime una euforia incompatible, me temo, con la verdadera grandeza.

- *Doce y cuarto*

El profesor Grime sigue eufórico y alardea de su victoria en términos no muy comedidos, asegurando que él siempre gana y que sabía de antemano que saldría «cara» y otros comentarios por el estilo. ¿Acaso este caballero ha perdido toda noción de decencia y decoro y no se da cuenta de la superioridad del profesor Woodensconce? ¿Está loco el profesor Grime? ¿O es que desea que le recuerden a las claras su verdadero lugar en la sociedad y el nivel

exacto de sus conocimientos y capacidades? El profesor Grime haría bien en preocuparse por esto.

- *Una de la madrugada*

Escribo en la cama. El pequeño camarote está iluminado por la tenue luz de una oscilante lámpara que cuelga del techo. El profesor Grime duerme en la litera de enfrente, tumbado de espaldas, con la boca abierta. La escena es indescriptiblemente solemne.

El ondular del agua, el ruido de los pasos de los marineros por encima de nuestras cabezas, las voces roncadas del río, los perros de la orilla, los ronquidos de los pasajeros y el constante crujir de todas las tablas del barco son los únicos sonidos que llegan a mis oídos. Con estas excepciones, todo está en absoluto silencio.

Hace un momento he sentido mucha curiosidad. El señor Slug, que duerme por encima del profesor Grime, ha abierto con precaución las cortinas de su litera y, tras mirar hacia fuera con ansiedad, como para comprobar con alivio que sus compañeros están dormidos, ha cogido el tubo de lata del que hablé antes y lo está contemplando con gran interés.

¿Qué inusual aparato mecánico puede contener tan misterioso estuche? Es, evidentemente, un gran secreto para todos.

- *Una y cuarto*

El comportamiento del señor Slug se vuelve cada vez más misterioso. Ha desenroscado el extremo del tubo y ahora vuelve a observar a sus compañeros, obviamente para asegurarse de que no lo ven. Sin duda, se dispone a realizar algún gran experimento. Le ruego al cielo que no sea peligroso, pero hay que apoyar los intereses de la ciencia y estoy preparado para lo peor.

- *Cinco minutos después*

Ha sacado unas tijeras grandes y un rollo de algún material, no muy diferente de un pergamino en apariencia, del estuche metálico. El experimento está a punto de empezar. Debo forzar la vista al máximo, en un intento de seguir los más mínimos manejos.

- *Dos menos veinte*

Por fin he podido determinar que el tubo metálico contiene una pieza de unos famosos parches, recomendados —según descubro al observar la etiqueta atentamente con mi monóculo— para prevenir los mareos. El señor Slug ha cortado trocitos y ahora se los está pegando por todo el cuerpo.

- *Tres de la madrugada*

Hace exactamente un cuarto de hora levamos anclas y los motores se pusieron de pronto en marcha con un ruido tan atroz que el profesor Woodensconce — que había subido a su litera por medio de una plataforma de maletines preparada por él mismo, siguiendo los principios de la geometría— saltó de la litera como una flecha y, corriendo con la velocidad del terror extremo, se metió a lo loco en el camarote femenino, creyendo que nos estábamos hundiendo y pidiendo ayuda a voz en grito. Me aseguran que la escena resultante supera toda descripción. En ese momento había ciento cuarenta y siete señoras en sus respectivas literas.

El señor Slug ha señalado, como un ejemplo más de lo ingenioso del motor de vapor aplicado a la navegación, que, en cualquier parte del barco en que esté situada la litera del pasajero, los motores siempre parecen estar exactamente debajo de la almohada.

Tiene intención de atribuir este admirable aunque simple descubrimiento a la Sociedad.

- *Diez y media*

Estamos todavía en aguas tranquilas; es decir, todo lo tranquilas que puedan estar alrededor de un barco de vapor, porque, como sabiamente indica el profesor Woodensconce, que acaba de despertarse, otro gran elemento de genialidad del barco de vapor es que siempre lleva consigo una pequeña tormenta. Apenas se puede concebir lo emocionantes que llegan a ser las sacudidas de la propulsión del barco. Es una cuestión que asegura la dificultad para dormir.

- *Viernes, seis de la tarde*

Lamento informar de que los parches del señor Slug no han servido de nada. Está muy enfermo, pero se ha puesto unos cuantos más, de mayor tamaño. ¡Qué conmovedora es esta extremada devoción por la ciencia y por la búsqueda del conocimiento bajo las más complicadas circunstancias!

Esta mañana estábamos muy contentos y el desayuno fue muy animado. No ocurrió nada desagradable hasta el mediodía, excepto que el paraguas de seda marrón y el sombrero blanco del doctor Foxey se enredaron en la maquinaria mientras disertaba ante un grupo de señoras sobre la construcción del motor de vapor.

Me temo que la espesa sopa del almuerzo fue una insensatez. Perdimos a muchos pasajeros casi inmediatamente después.

- *Seis y media*

Estoy de nuevo en la cama. Nunca he presenciado nada más desolador que el sufrimiento del señor Slug.

- *Siete de la tarde*

Un mensajero acaba de venir para recoger un pañuelo limpio de la maleta del profesor Woodensconce, ya que el infortunado caballero es por completo incapaz de abandonar la cubierta y no deja de implorar que lo arrojen por la borda.

Por lo que dice este hombre, deduzco que el profesor Nogo, aunque se encuentra en un estado de completo agotamiento, se aferra débilmente a la galleta y al *brandy* frío con agua, creyendo que con ello se repondrá. Tal es el triunfo de la mente sobre la materia.

El profesor Grime está acostado, en buen estado por lo que parece, pero está comiendo y resulta desagradable verlo. ¿Es que este hombre no tiene compasión por el sufrimiento del prójimo? Y si la tiene, ¿cómo puede pedir chuletas de cordero y sonreír?

- *Black Boy and Stomach-ache,*
- *Oldcastle, sábado a mediodía*

Se alegrarán ustedes de saber que finalmente he llegado sano y salvo. El pueblo está excesivamente concurrido y todos los alojamientos privados y hoteles están llenos de eruditos de ambos sexos. La tremenda aglomeración de intelecto que encuentra uno en cada calle es abrumadora en grado sumo.

A pesar de la multitud que hay aquí, he tenido la suerte de encontrar un alojamiento muy cómodo en condiciones muy razonables: he reservado un sofá en el pasillo del primer piso por una guinea la noche, que incluye permiso para comer en el bar con la condición de que me quede en la calle el resto del tiempo para dejar sitio a otros caballeros en situación similar.

He estado en los cobertizos destinados a la recepción de los diversos comités, tanto aquí como en el Boot-jack and Countenance, y estoy encantado con los preparativos. Nada puede superar la sensación de frescura que da el serrín que cubre los suelos. Los montones están repartidos sin planificación, y el efecto general es, como pueden ustedes imaginar, de una belleza extraordinaria.

- *Nueve y media*

El número y la velocidad de las llegadas son desconcertantes. En los últimos diez minutos una diligencia se ha acercado a la puerta, cargada por dentro y por fuera de distinguidas personalidades: el señor Muddlebranes, el señor Drawley, el profesor Muff, el señor X. Misty, el señor X. X. Misty, el señor Purbblind, el profesor Rummun, el Honorable y Reverendo señor Long Eers, el profesor John Ketch, *sir* William Joltered, el doctor Buffer, el señor Smith (de Londres), el señor Brown (de Edimburgo), *sir* Hookham Snivey y el profesor Pumpkinskull^[16].

Los diez últimos caballeros nombrados venían empapados y parecían extremadamente inteligentes.

- *Domingo, dos de la tarde*

El Honorable y reverendo señor Long Eers, acompañado de *sir* William Joltered, ha paseado a pie y en coche esta mañana. Para la primera hazaña llevaban botas, y para la segunda alquilaron una calesa. Esto, naturalmente, ha originado un gran debate.

Acabo de saber que se ha celebrado una entrevista en el Boot-jack and Countenance, entre Sowster, el dinámico e inteligente vigilante de esta parroquia, y el profesor Pumpkinskull, que, como los lectores sin duda saben, es un influyente miembro del consejo. Me abstengo de difundir los rumores a los que ha dado lugar este hecho singular hasta que vea a Sowster e intente determinar la verdad según él.

- *Seis y media*

Poco después de escribir lo anterior alquilé una carreta tirada por un burro y salí a paso brioso en dirección a la casa de Sowster, atravesando una hermosa extensión de campo con edificios de ladrillo rojo a cada lado, y deteniéndome en el mercado para ver el lugar en el que el viento se llevó ayer el sombrero del señor Kwakley.

Es una zona de pavimento irregular, pero, desde luego, no hay nada que lo llevara a uno a suponer que tal suceso haya tenido lugar allí recientemente. Desde este punto seguí —pasando la fábrica de gas y la cerería— hacia una callejuela que me habían indicado como lugar de residencia del vigilante. Y no había avanzado más que unos metros cuando tuve la buena suerte de encontrarme a Sowster en persona, que venía hacia mí.

Sowster es un hombre gordo, y tiene esa peculiar estructura del rostro que vulgarmente se denomina doble barbilla, la más grande que recuerdo haber visto nunca. Tiene también una nariz muy roja —que él atribuye a la costumbre de levantarse temprano—, tan roja que de no ser por su explicación yo habría pensado que se debía a una borrachera.

Me dijo que no era libre de contarme lo que había sucedido entre él y el profesor Pumpkinskull, pero que no tenía inconveniente en decir que tenía que ver con una cuestión de orden público, y añadió con peculiar intención: «¡Nunca antes ha habido *poblemas!*!». Pueden creer ustedes que esta información me resultó muy sorprendente —no del todo libre de inquietud— y que no perdí tiempo en prestar atención al profesor Pumpkinskull y explicar el motivo de mi visita. Tras unos momentos de reflexión, el profesor, que —me veo obligado a decir— se comportó con la mayor cortesía, admitió abiertamente (pongo el pasaje en cursiva) *que le había pedido a Sowster que asistiera el lunes por la mañana al Boot-jack and Countenance para mantener alejados a los jóvenes; y que había querido también que el vigilante de la parroquia estuviera presente, con el mismo propósito, en el Black Boy and Stomach-ache.*

Ahora dejo este procedimiento inconstitucional a su interpretación y a la consideración de los lectores. Yo no sabía que el vigilante, fuera de los límites de la iglesia, el patio de la iglesia y el asilo de los pobres, y actuando bajo las órdenes expresas de los responsables de las capillas y los supervisores reunidos en consejo, para hacer cumplir la ley a las personas que vagabundean por la parroquia y otros maleantes, tuviera autoridad legal sobre los jóvenes de este país.

Tampoco sabía que el vigilante de la parroquia puede ser requerido por cualquier ciudadano para ejercer control y despotismo sobre los muchachos de Gran Bretaña. Tampoco sabía que a un vigilante de parroquia se le permite, por parte de los comisionados para la regulación de las leyes de pobres, gastar las suelas y tacones de sus botas interfiriendo ilegalmente en las libertades de personas de las que no se ha demostrado que sean ni vagabundos ni delincuentes de ninguna clase. Ni sabía que un vigilante de

parroquia tiene potestad para detenerse en las carreteras públicas cuando le plazca, ni que las calles no están abiertas y disponibles en toda su anchura para ciertos hombres, muchachos y mujeres, hasta los muros de las casas, y no importa que sean sitios como el Black Boy and Stomach-ache o el Boot-jack and Countenance.

- *Nueve de la noche*

He conseguido que un artista de la zona haga un dibujo fidedigno del tirano Sowster; dibujo que, como el hombre ha adquirido esta infame reputación, desearán ustedes sin duda imprimir, para incluir una copia en cada ejemplar de su próximo número. Lo adjunto.

El vigilante ha accedido a que escriba sobre su vida, pero será de forma rigurosamente anónima.

La semblanza que incluyo es, por supuesto, de primera mano, y completa en todos los sentidos. Aunque yo hubiera desconocido totalmente el verdadero carácter de este hombre y me lo hubieran presentado sin ninguna explicación, me habría estremecido sin querer. Hay una intensa expresión maligna en sus rasgos y una torva ferocidad en la mirada del rufián que espanta y repugna. Tiene un aire que desprende crueldad, y la barriga no es menos característica de sus inclinaciones demoníacas.

- *Lunes*

El gran día ha llegado por fin. No tengo ojos ni oídos ni pluma ni tinta ni papel para otra cosa que no sean las maravillosas reuniones que han deslumbrado mis sentidos.

Recobro mis energías y procedo a informar.

COMITÉ A. ZOOLOGÍA Y BOTÁNICA
SALÓN PRINCIPAL DEL BLACK BOY
AND STOMACH-ACHE
PRESIDENTE: *SIR WILLIAM JOLTERED*
VICEPRESIDENTES: SEÑORES MUDDLEBRANES
Y DRAWLEY

EL SEÑOR X. X. MISTY presentó un estudio sobre la desaparición de los osos bailarines de las calles de Londres, con observaciones referidas a la

exhibición de monos vinculados a organillos. El autor había observado, con sentimientos de gran dolor y pesar, que hace unos años se produjo un repentino e inexplicable cambio en los gustos del pueblo respecto a los osos itinerantes, quienes, al perder el favor de la gente, fueron desapareciendo gradualmente de las calles de la metrópolis, hasta que no quedó ni uno para despertar el interés por la historia natural en los corazones de los pobres e ignorantes.

De hecho, un oso, un animal pardo y desgredado, había seguido apareciendo por los lugares de sus antiguos éxitos, con aspecto ajado y abatido y los miembros debilitados, y había intentado hacer piruetas con su bastón para diversión de la multitud. Pero el hambre y una completa falta de recompensa por sus habilidades lo habían retirado finalmente del oficio, y era más que probable que hubiera sido sacrificado en favor de la creciente afición general a la grasa.

El autor lamentaba tener que añadir que un cambio similar, y no menos deplorable, se había producido con respecto a los monos. Estos encantadores animales habían sido con anterioridad tan numerosos como los organillos encima de los cuales acostumbraban a sentarse. En el año 1829 la proporción —según estadísticas parlamentarias— era de un mono por cada tres organillos.

En cualquier caso, debido a un cambio en los gustos sobre instrumentos musicales y a la sustitución de los organillos por pequeñas cajas de música, que dejaron a los monos sin lugar donde sentarse, esta fuente de diversión pública se secó por completo.

Considerando un asunto de la mayor importancia —en relación con la educación nacional— que la gente no perdiera tales oportunidades de familiarizarse con los usos y costumbres de dos especies animales tan interesantes, el autor afirmó que debían tomarse medidas inmediatamente para recuperar estas diversiones tan agradables y tan intelectuales.

EL PRESIDENTE preguntó de qué manera proponía el honorable miembro alcanzar tan loable objetivo.

EL AUTOR respondió que tal fin podría lograrse completa y satisfactoriamente si el gobierno de Su Majestad trajera a Inglaterra, y mantuviera con fondos públicos y para diversión del pueblo, un número suficiente de osos que permitiera que todos los barrios de la ciudad fueran visitados, digamos, por tres osos a la semana como mínimo.

No habría ninguna dificultad en proporcionar un lugar adecuado para el alojamiento de estos animales, pues se podría construir un amplio jardín para

osos en las proximidades del Parlamento, obviamente el lugar más apropiado y conveniente para tal espacio.

EL PROFESOR MULL dudaba mucho de que cualquier idea sensata sobre la historia natural pudiera difundirse por los medios a los que el honorable miembro se había referido tan hábilmente. Por el contrario, creía que éstos habían sido los medios de difusión de nociones muy erróneas e imperfectas sobre la materia.

Hablaba por observación y experiencia personales cuando decía que muchos niños de gran talento habían sido inducidos a creer —por lo que habían visto en las calles en los momentos a los que se había referido el honorable caballero— que los monos nacían con chaqueta roja y lentes, y que los sombreros y las plumas también los tenían por naturaleza.

El profesor quiso saber claramente si la falta de interés que habían sufrido los osos la atribuía el honorable caballero al declive del gusto del público o a una falta de habilidad por parte de los propios osos.

EL SEÑOR X. X. MISTY respondió que lo único que creía era que debía de haber mucho talento entre los osos y los monos en general, que en ausencia del estímulo apropiado se dispersaba en otras direcciones.

EL PROFESOR PUMPKINSKULL quiso llamar la atención del comité sobre una cuestión seria y muy importante. El autor de la ponencia que se acababa de leer había aludido a la actual afición a la grasa de oso como forma de favorecer el crecimiento del cabello, que sin duda se había difundido en gran manera y hasta extremos —según le parecía a él— muy alarmantes.

Ninguno de los caballeros presentes en el comité desconocería el hecho de que los jóvenes de esta época dejaban ver, por su comportamiento en las calles y en todos los lugares de reunión, una notable falta de aquella galantería y caballerosidad que en tiempos de mayor ignorancia se consideraban apropiadas.

El profesor quiso saber si era posible que una constante aplicación tópica de la grasa de oso por parte de los jóvenes caballeros de la ciudad hubiera infundido imperceptiblemente en esos infelices algo de la naturaleza y el carácter del oso.

Se estremeció al pronunciar estas palabras, pero si esta teoría o pregunta resultara tener fundamento, explicaría de golpe muchas de las desagradables excentricidades de comportamiento que, sin un descubrimiento así, son por completo incomprensibles.

EL PRESIDENTE felicitó efusivamente al erudito caballero por su valiosísima sugerencia, que produjo una gran impresión en la asamblea, y

señaló que sólo unos días antes, en un teatro, él mismo había visto a algunos jóvenes caballeros mirando hacia el palco de unas damas con apasionada intensidad, lo cual no se podía explicar sino por la influencia de apetitos salvajes. Era terrible ver que nuestra juventud estaba convirtiéndose rápidamente en una generación de osos.

Después de una verdadera demostración de entusiasmo científico se decidió que esta importante cuestión debía ser de inmediato elevada a la consideración del consejo.

EL PRESIDENTE quiso saber si algún caballero podría informar al comité sobre qué había ocurrido con los perros bailarines.

UN MIEMBRO contestó, después de cierta indecisión, que un día después de que tres cantantes hubieran sido enviados a la cárcel como delincuentes por un difunto y muy fanático magistrado de la metrópolis, los perros habían abandonado sus deberes profesionales y se habían marchado a diferentes barrios de la ciudad para ganarse el sustento por medios menos peligrosos. Este miembro tenía entendido que desde ese momento se habían dedicado a esperar tumbados y asaltar a los caniches de los ciegos.

EL SEÑOR FLUMMERY^[17] mostró una ramita, afirmando que era una verdadera rama de aquel noble árbol conocido por los naturalistas como el Shakespeare, que ha echado raíces en toda tierra y clima y reunido a la sombra de sus amplias y verdes ramas a la gran familia de la humanidad.

El docto caballero señaló que, sin duda, la ramita había sido conocida por otros nombres en su época, pero que a él le había dicho una anciana dama de Warwickshire, donde había crecido el gran árbol, que era un brote del genuino Shakespeare, y rogaba que se presentara a sus paisanos por ese nombre.

EL PRESIDENTE quiso saber qué características botánicas de la curiosa rama podía proporcionar el honorable caballero.

EL SEÑOR FLUMMERY expresó su opinión de que se trataba sin duda de una planta.

COMITÉ B. EXPOSICIÓN DE MAQUETAS
E INGENIERÍA MECÁNICA
SALÓN GRANDE DEL BOOT-JACK
AND COUNTENANCE
PRESIDENTE: SEÑOR MALLET
VICEPRESIDENTES: SEÑORES LEAVER Y SCROO^[18]

EL SEÑOR CRINKLES presentó una preciosa y delicada máquina, de un tamaño poco mayor que el de una tabaquera normal, fabricada enteramente por él y hecha únicamente de acero, con ayuda de la cual se podían robar más carteras en una hora que en veinticuatro con los lentos y tediosos procedimientos actuales.

El inventor señaló que se había probado en Fleet Street, en el Strand y en otras vías públicas y no había fallado ni una vez.

Después de un pequeño retraso, ocasionado porque varios miembros del comité se estaban abrochando los bolsillos.

EL PRESIDENTE inspeccionó detenidamente el invento y declaró que nunca había visto un aparato tan bonito ni de tan exquisita elaboración. ¿Tendría el inventor la amabilidad de informar al comité de qué medios había utilizado para ponerlo en marcha?

EL SEÑOR CRINKLES señaló que, tras encontrar algunas dificultades preliminares, había conseguido ponerse en contacto con el señor Fogle Hunter y otros caballeros relacionados con la delincuencia de guante blanco, quienes habían dado al invento la más elevada e incondicional aprobación.

Sin embargo, lamentaba decir que estos distinguidos profesionales, junto con un caballero de nombre Tommy *Ojos penetrantes* y otros miembros de una escala inferior de su profesión, a los cuales representaba, habían puesto insuperables objeciones a que el aparato se usara de manera general, basándose en que tendría el inevitable efecto de sustituir casi por completo el trabajo manual y que abocaría al desempleo a un gran número de personas de mucho mérito.

EL PRESIDENTE esperaba que aquellas caprichosas objeciones no se interpusieran en el camino de tan importante mejora pública.

EL SEÑOR CRINKLES también lo esperaba, pero temía que si los caballeros delincuentes de guante blanco perseveraban en su objeción no habría nada que hacer.

EL PROFESOR GRIME sugirió que en tal caso, sin duda se podría convencer al gobierno de Su Majestad para que se ocupara del asunto.

EL SEÑOR CRINKLES dijo que si las objeciones resultaban insuperables apelaría al Parlamento, que, según pensaba él, reconocería sin dudar la utilidad del invento.

EL PRESIDENTE comentó que hasta el momento al Parlamento le había ido bien sin el aparato, pero dado que trabajaban a gran escala, no tenía duda de que adoptarían de buena gana la mejora. Lo único que temía era que la máquina se estropeará por el uso continuo.

EL SEÑOR COPPERNOSE^[19] llamó la atención del comité sobre una proposición de gran magnitud e interés, ilustrada por un gran número de maquetas y explicada con mucha claridad y perspicacia en un tratado titulado *Sugerencias prácticas sobre la necesidad de proporcionar inofensiva y saludable distracción a los jóvenes nobles de Inglaterra*. Esta proposición consistía en que una nueva empresa constituida por acta parlamentaria comprara un espacio de terreno no inferior a diez millas de largo por cuatro de ancho y cerrado por un muro de ladrillo de altura no inferior a doce pies.

Se proponía que se diseñara con grandes carreteras, barreras de peaje, puentes, pueblos en miniatura y todo lo que condujera al confort y la gloria de los clubes de conductores, de manera que pudieran estar seguros de que no tendrían necesidad de salir de allí. Este delicioso retiro estaría equipado con los más amplios y espaciosos establos, para comodidad de aquellos miembros de la nobleza y la aristocracia a los que les gustaran las cuadras, y con casas de recreo amuebladas al estilo más lujoso y caro.

El lugar tendría, además, calles enteras llenas de puertas con aldabas y campanillas de tamaño extra, para que pudieran tirar de ellos con fuerza por las noches y volver a ser atornillados al día siguiente por sirvientes dedicados a tal fin.

Habría también lámparas de gas de cristal de verdad, que podrían romperse por docenas a un precio relativamente bajo, y una ancha y bonita acera a la que los caballeros podrían subir sus cabriolés cuando estuvieran de humor. Para que el disfrute de tal proeza fuera completo, se pondrían peatones vivos traídos de los asilos de pobres a un módico precio por cabeza.

Al estar el lugar vallado y cuidadosamente protegido de la intrusión de la gente, no habría objeción a que los caballeros dejaran por ahí cualquier elemento de su vestimenta que pudiera estorbarles para cualquier diversión, o incluso a que se pasearan sin ropa alguna si lo prefiriesen.

En resumen, se proporcionarían todos los entretenimientos que la persona más refinada pudiera desear. Pero estas ventajas estarían incompletas si no se facilitara algún medio para que los nobles y los aristócratas pudieran mostrar sus habilidades cuando salieran airados después de cenar; y dado que podrían experimentar alguna incomodidad cuando se vieran en la necesidad de aporrearse los unos a los otros, el inventor había pensado en la creación de todo un nuevo cuerpo de policía compuesto exclusivamente por autómatas, que el inventor, con la ayuda del ingenioso *signor* Gagliardi, de Windmill Street, en Haymarket, había conseguido fabricar con tal sutileza que un policía, un cochero o una anciana, construidos según los modelos presentados,

irían caminando por la calle hasta que los derribaran como a una persona real; no, más aún: si tras ser derribados fueran agredidos y golpeados por seis u ocho aristócratas o caballeros, el autómatas expresaría diversos lamentos, mezclados con súplicas de piedad, creando así la ilusión completa y un entretenimiento perfecto.

Pero el invento no terminaba ni siquiera con esto, porque se construirían calabozos con cómodas camas para que los aristócratas y los caballeros pasaran la noche, y por la mañana irían a un espacioso juzgado, donde tendría lugar una pantomima de juicio ante un magistrado autómatas —exactamente igual que en la vida real—, que fijaría una fianza por diversos cargos, que habrían sido presentados previamente para tal fin.

Dicha comisaría estaría equipada con una rampa, para mayor comodidad del aristócrata o caballero que quisiera presentar su caballo como testigo; y los arrestados tendrían plena libertad —como ahora— para interrumpir a su gusto las acusaciones y hacer cualquier comentario que les pareciera conveniente.

Estas diversiones costarían poco más de lo que ya cuestan, y el inventor señaló que el pueblo resultaría muy beneficiado y complacido con el proyecto presentado.

EL PROFESOR NOGO pidió que se le informara de cuántos policías autómatas se proponía crear en principio.

EL SEÑOR COPPERNOSE contestó que se proponía empezar con siete divisiones de policía de veinte miembros cada una, nombradas de la A a la G, ambas incluidas. Se sugería que no más de la mitad de este número estuviera de servicio y que el resto se guardara en estanterías de la comisaría, listo para intervenir en cualquier momento.

EL PRESIDENTE, concediendo el mayor mérito al ingenioso caballero que había concebido la idea, dudaba de que los policías autómatas sirvieran bien a los objetivos previstos. Temía que los aristócratas y los caballeros quizás necesitaran la emoción de insultar a sujetos vivientes.

EL SEÑOR COPPERNOSE respondió que, como la proporción habitual en tales casos era de diez aristócratas o caballeros por cada policía o cochero, habría muy poca diferencia en cuanto al nivel de emoción, ya fueran el policía o el cochero un hombre o un bloque de hierro. La gran ventaja sería que podrían partírle los miembros y aun así el policía estaría en condiciones de cumplir con su servicio al día siguiente. Podría incluso testificar a la mañana siguiente con la cabeza en la mano, y testificar igual de bien.

PROFESOR MUFF: —¿Me permite preguntarle, señor, de qué materiales estarían compuestas las cabezas de los magistrados?

SEÑOR COPPERNOSE: —Los magistrados tendrían la cabeza de madera, por supuesto, de la más dura y compacta que se pueda encontrar.

PROFESOR MUFF: —Estoy muy satisfecho. Es un gran invento.

PROFESOR NOGO: —Yo sólo le veo una pega: creo que los magistrados deberían poder hablar.

EL SEÑOR COPPERNOSE, tan pronto como escuchó esta sugerencia, pulsó un pequeño resorte que tenían los dos prototipos de magistrados que había encima de la mesa. Uno de los muñecos empezó de inmediato a exclamar con gran locuacidad que lamentaba mucho ver a unos caballeros en esa situación, y el otro expresó su sospecha de que el policía estuviera borracho.

El comité, de común acuerdo, declaró con grandes aplausos que aquel invento era muy completo, y el presidente, muy emocionado, salió con el señor Coppernose para presentarlo ante el consejo. Cuando volvió.

EL SEÑOR TICKLE mostró sus recién inventados anteojos, que permitían a su portador distinguir con nítidos colores cualquier objeto a gran distancia, y volverlo completamente ciego a lo que tuviera justo delante. Se trataba, dijo, de un invento muy útil y valioso, basado estrictamente en las características del ojo humano.

EL PRESIDENTE pidió información sobre este punto. No sabía que el ojo humano fuera notable por las peculiaridades de las que hablaba el honorable caballero.

EL SEÑOR TICKLE se sorprendió mucho al oír esto, pues estaba seguro de que el presidente sabía que un gran número de grandes hombres de Estado y destacadas personalidades podía ver, a simple vista, los más asombrosos horrores en las plantaciones del Caribe mientras que no veía nada en absoluto de lo que ocurría en las fábricas de algodón de Manchester. El presidente debía saber, además, con qué rapidez de percepción podía la mayoría de la gente descubrir cualquier defecto de sus vecinos y qué ciegos estaban, sin embargo, ante los suyos propios. Si el presidente era diferente a la gran mayoría de los hombres a este respecto, estaba claro que su vista era defectuosa, y para corregir su visión se habían creado aquellos anteojos.

EL SEÑOR BLANK presentó el prototipo de una elegante planta, compuesta de placas de cobre, pan de oro y hojas de seda que funcionaba exclusivamente con leche aguada^[20].

EL SEÑOR PROSEE, tras examinar el artilugio, declaró que estaba tan ingeniosamente compuesto que él era del todo incapaz de descubrir cómo se ponía en marcha.

SEÑOR BLANK^[21]: —Nadie lo sabe, y ahí radica su belleza.

COMITÉ C. ANATOMÍA Y MEDICINA
CANTINA DEL BLACK BOY AND STOMACH-ACHE
PRESIDENTE DOCTOR SOEMUP
VICEPRESIDENTES: SEÑORES PESSSELL Y MORTAIR^[22]

EL DOCTOR GRUMMIDGE habló ante el comité de un interesantísimo caso demonomanía y describió el tratamiento que había aplicado con total éxito.

El paciente era una señora casada de mediana edad que, después de ver a otra mujer en una velada con un conjunto completo de perlas, se vio poseída repentinamente por el deseo de tener un conjunto similar, aunque las finanzas de su marido no eran en absoluto adecuadas para el desembolso necesario.

Viendo su deseo insatisfecho cayó enferma y los síntomas fueron pronto tan alarmantes que lo mandaron llamar a él —al doctor Grummidge—. Para entonces, las evidentes señales de la enfermedad eran hosquedad, indisposición absoluta para realizar las tareas domésticas, malhumor y languidez extrema, excepto cuando se mencionaban las perlas, momentos en los que el pulso se le aceleraba, los ojos se volvían más brillantes, las pupilas se dilataban y la paciente, tras varias expresiones incoherentes, rompía a llorar desafortunadamente y exclamaba que nadie se preocupaba por ella y que quería morir. Viendo que el apetito de la paciente resultaba afectado por la presencia de otras personas, el doctor empezó por ordenar una total abstinencia de todo estímulo y prohibir cualquier alimento salvo gachas ligeras. Después le extrajo veinte onzas de sangre, le aplicó una sangría debajo de cada oreja, otra en el pecho y otra en la espalda. Después de esto, y de administrarle cinco granos de cloruro mercurioso, dejó a la paciente para que descansara. Al otro día estaba un tanto débil pero, claramente, mejor, y toda apariencia de irritación había desaparecido. Dos días después mejoró un poco más, y al siguiente aún más. Al cuarto día hubo indicios de reaparición de los síntomas, pero en cuanto éstos se manifestaron el doctor administró otra dosis de cloruro mercurioso y dio instrucciones estrictas para que, a menos que en las dos horas siguientes se produjera un cambio decididamente favorable, le afeitaran la cabeza a la paciente, hasta el último rizo. Desde ese

momento empezó a mejorar y en menos de veinticuatro horas se había recuperado por completo. Ya no mostraba la menor emoción cuando veía o se mencionaban las perlas ni ningún otro adorno. Estaba contenta y de buen humor, y se había producido un cambio muy beneficioso en su temperamento y su estado en general.

EL SEÑOR PIPKIN, miembro del Real Colegio de Cirujanos, leyó una breve pero interesante ponencia con la que quería demostrar la absoluta fe de *sir* William Courtenay, también conocido como *Thom*^[23], muerto recientemente de un disparo en Canterbury, en la medicina homeopática. El comité debía de tener en cuenta que una de las doctrinas de la homeopatía era que una dosis infinitesimal de un elemento que provocaría una enfermedad en un paciente con buena salud, curaría al paciente que sufriera esa misma enfermedad. Pues bien, es una circunstancia llamativa —demostrada por los hechos— que el fallecido Thom contratara a una mujer para que lo siguiera durante todo el día con un cubo de agua, asegurándole que una gota —un remedio puramente homeopático, como vería el comité—, puesta bajo la lengua después de muerto, lo reviviría. ¿Cuál era la deducción obvia? Que Thom, quien iba y venía por mimbreras y otros lugares pantanosos, tenía el presentimiento de que moriría ahogado, en cuyo caso, si se seguían sus instrucciones, conseguirían devolverlo a la vida al instante gracias a su propia prescripción. Siendo así, si esta mujer, o cualquier otra persona, le hubiera administrado una dosis infinitesimal de plomo y pólvora inmediatamente después de ser abatido, se habría recuperado en el acto. Pero, por desgracia, la mujer en cuestión no tenía la capacidad de razonar por analogía ni de poner en práctica un principio, de modo que el infortunado caballero había sido víctima de la ignorancia del campesinado.

COMITÉ D. ESTADÍSTICA
COBERTIZO DEL BLACK BOY AND STOMACH-ACHE
PRESIDENTE: SEÑOR SLUG
VICEPRESIDENTES: SEÑORES NOAKES Y STYLES

EL SEÑOR KWAKLEY presentó los resultados de unas investigaciones estadísticas muy ingeniosas, referentes a la diferencia entre el valor de las posesiones de varios miembros del Parlamento, tal y como se conocían públicamente, y su verdadera naturaleza y coste. Después de recordarle al comité que cada parlamentario representante de una ciudad o distrito tenía

unas ganancias netas de trescientas libras al año, el honorable caballero provocó gran regocijo y risas al señalar la cantidad exacta de los ingresos percibidos por un grupo de influyentes legisladores, en el que se había incluido él mismo.

Parecía, según esa tabla, que el montante de tales ingresos era para cada uno de cero libras, cero chelines y cero peniques, lo que daba una media de lo mismo (grandes risotadas).

Era bien sabido que había complacientes caballeros que tenían la costumbre de proporcionar propiedades temporalmente libres de impuestos a los nuevos miembros, sobre cuya propiedad juraban solemnemente —por supuesto como una mera formalidad—.

El señor Kwakley sostenía, basándose en estos datos, que era completamente innecesario que los miembros del Parlamento tuvieran posesiones de ninguna clase, sobre todo porque al no tenerlas ellos, los ciudadanos, podrían conseguirlas mucho más baratas.

SECCIÓN ADICIONAL E. UMBUGOLOGÍA
Y SOSERÍA
PRESIDENTE: SEÑOR GRUB
VICEPRESIDENTES: SEÑORES DULL Y DUMMY^[24]

EL SECRETARIO leyó un informe sobre un poni blanco que tenía un solo ojo y al que el autor había visto en la carreta de un carnicero, en la esquina del mercado de Newgate. El documento señalaba que el autor del informe, en un proceso de búsqueda mercantil, se había trasladado un sábado por la mañana del verano anterior desde Somers Town hasta Cheapside, y que en el curso de esta expedición había contemplado la extraordinaria aparición antes descrita. El poni tenía un solo ojo, y según había señalado el capitán Blunderbore^[25] de la Marina Montada, que ayudó al autor en su investigación, siempre que el poni parpadeaba sacudía la cola —posiblemente para espantar las moscas—, y siempre parpadeaba y coleaba al mismo tiempo. El animal era flaco, huesudo y se tambaleaba, y el autor proponía incluirlo en la familia de los *desecebópodos*. Sin duda alguna creía que nunca se había recogido ningún caso de un poni con un único y claramente constituido órgano de visión que parpadeara y coleara en el mismo momento.

EL SEÑOR Q. J. SNUFFLETOFFLE tenía noticia de un poni que parpadeaba, y también de un poni que sacudía la cola, pero no podía decir con

certeza si se trataba de dos ponis o de uno solo. De todos modos, no conocía ningún caso certificado de parpadeo y coleo simultáneo, y en verdad no podía sino dudar de la existencia de ese extraordinario poni que desafiaba las leyes naturales por las que se regían todos los ponis. Refiriéndose, sin embargo, a la mera cuestión de su único órgano de visión, sugería la posibilidad de que este poni hubiera estado medio dormido en el momento en que fue visto y que tuviera sólo un ojo cerrado.

EL PRESIDENTE observó que, tanto si el poni estaba medio dormido como si estaba dormido del todo, no había duda de que el comité estaba bien despierto, y por lo tanto lo mejor era que dieran por concluido el trabajo y se fueran a cenar. Sin duda, él no había visto nunca nada parecido a ese poni, pero no tenía por qué dudar de su existencia, pues había visto muchos ponis más raros en su vida, aunque no pretendía haber visto más burros extraordinarios que los caballeros allí presentes.

EL PROFESOR JOHN KETCH fue entonces requerido para que mostrara la calavera del fallecido señor Greenacre, que sacó de un bolso azul, señalando, cuando se le invitó a que hiciera todas las observaciones que se le ocurrieran, que «estaba seguro de que el respetable comité no había visto nunca antes un tipo más deforme *qu' ése*». Se produjo una discusión muy animada sobre este interesante vestigio, y dado que surgieron diferencias de opinión respecto al verdadero carácter del caballero fallecido, el señor Blubb dio una charla sobre el cráneo expuesto, demostrando claramente que el señor Greenacre tenía el órgano de destrucción de un tamaño inusual, con un muy notable desarrollo del órgano del acuchillamiento.

SIR HOOKHAM SNIVEY iba a rebatir esta opinión cuando el profesor Ketch interrumpió de repente el debate exclamando con gran agitación: «¡Walker!».

EL PRESIDENTE pidió que llamaran al orden al docto caballero.

PROFESOR KETCH: —¡Al cuerno el orden! Se equivocan, se *l'aseguro*. Eso no es una cabeza *n'absoluto*, es un coco que mi cuñado ha estado tallando para decorar su nuevo puesto de patatas asadas, que ha montado mientras la Sociedad *está'n* la ciudad. ¿Me lo devuelve, por favor?

Con estas palabras, el profesor Ketch recuperó rápidamente el coco y sacó el cráneo por el cual se había producido el error.

Se entabló una conversación muy interesante, pero al final surgieron dudas sobre si el cráneo era del señor Greenacre o de un paciente de un hospital o de un indigente o de un hombre o de una mujer o de un mono, sin que se llegara a ninguna conclusión.

No puedo —dice nuestro inteligente corresponsal para terminar— cerrar mi informe sobre estas colosales investigaciones y estos sublimes y nobles logros sin repetir un *bon mot* del profesor Woodensconce, que demuestra cómo las mejores mentes pueden en ocasiones relajarse cuando la verdad se presenta a oídos atentos y de forma atractiva y amena. Yo estaba allí cuando, después de una semana de agasajos y comidas, este sabio caballero, acompañado por todos aquellos hombres extraordinarios, entró ayer en el vestíbulo, donde los esperaba una suntuosa cena, donde los mejores vinos brillaban en la mesa y grandes ciervos, víctimas propiciatorias del saber, exhalaban sus deliciosos aromas.

—Ah —dijo el profesor Woodensconce, frotándose las manos—, por esto nos reunimos; esto es lo que nos inspira; esto es lo que nos mantiene unidos y lo que hace que sigamos adelante. Esto es lo que alimenta la ciencia, y qué glorioso alimento es.

LA PANTOMIMA DE LA VIDA

Antes de sumergirnos a fondo en este artículo, confesaremos ahora mismo que somos culpables de afición a las pantomimas; de una dulce compasión hacia los *clowns* y los pantaleones; de una rotunda admiración por arlequines y colombinas; de un casto deleite en cada suceso de su breve vida, variados y coloristas como son tales sucesos, y que a veces no encajan con esas rígidas y formales reglas del decoro que rigen el comportamiento de mentes más pobres y menos comprensivas.

Disfrutamos con las pantomimas, no porque nos deslumbren con brillos y oropel; no porque nos presenten, una vez más, las entrañables caras blancas y los desorbitados ojos de nuestra niñez; ni siquiera porque, como el día de Navidad y la noche de Reyes y el martes de Carnaval y nuestro propio cumpleaños, llegan a nosotros sólo una vez al año. Nuestro afecto se basa en una razón muy distinta y más importante. Una pantomima es, para nosotros, un espejo de la vida; no, más aún, mantenemos que es eso para el público en general aunque no sea consciente de ello, y que esta misma circunstancia es la causa secreta de nuestro regocijo y deleite.

Pongamos un ejemplo sencillo. El escenario es una calle: aparece un caballero de edad avanzada, con una cara ancha y facciones muy marcadas. Su rostro brilla con una alegre sonrisa y hay unos hoyuelos permanentes en sus amplias y rojas mejillas. Es, evidentemente, un caballero opulento, a gusto con las circunstancias y bien situado en el mundo.

No descuida su aspecto, porque va vestido con lujo, por no decir con ostentación. Que le agradan razonablemente los placeres de la mesa se deduce de la manera feliz y zalamera con que se frota el estómago, como medio de informar al público de que se dirige a casa a cenar.

En la satisfacción de su corazón, en la ficticia seguridad de la riqueza, en la posesión y el disfrute de todas las cosas buenas de la vida, el anciano caballero de pronto pierde pie y tropieza. ¡Cómo ruge el público! Es atacado por una impertinente multitud que lo zarandea y lo golpea sin piedad. ¡Gritan de placer!

Cada vez que el anciano caballero se esfuerza por ponerse en pie sus implacables perseguidores lo vuelven a tumbar. ¡Los espectadores se parten

de risa! Y cuando por fin el caballero se levanta y se tambalea, despojado de sombrero, peluca y vestimenta, hecho trizas, sin su reloj y sin su dinero, los espectadores están agotados de reír y expresan su regocijo y admiración con rondas de aplausos.

¿Es esto reflejo de la vida? Llevemos la escena a una calle de verdad, a la Bolsa o donde los banqueros de la City, a las oficinas contables de los hombres de negocios o, incluso, a la tienda del comerciante. Veamos a uno de estos hombres caer, cuanto más de golpe y cuanto más en el cenit de su orgullo y riqueza, mejor. ¡Qué feroz exclamación de la vocinglera multitud se cierce sobre el postrado cuerpo! ¡Cómo gritan y abuchean al que ha caído humillado a sus pies! Observemos con qué entusiasmo se abalanzan sobre él cuando está en el suelo, y cómo se burlan y mofan de él cuando consigue escabullirse. Vaya, es la pantomima de la vida al pie de la letra.

De todo el *dramatis personae* de la pantomima, consideramos al pantaleón el más despreciable y depravado. Aparte del desagrado que uno siente de manera natural al ver a un hombre de sus años embarcado en aventuras tan impropias de su severidad y su edad, no podemos ocultarnos el hecho de que es un villano traidor y materialista, que constantemente empuja a su joven compañero, el *clown*, a cometer actos de fraude o hurto menor, y que por lo general se queda a un lado para ver los resultados del plan. Si sale bien nunca olvida volver para recoger su parte del botín; pero si resulta un fracaso, normalmente se retira con mucho cuidado y prontitud, y se mantiene a prudente distancia hasta que el asunto se ha evaporado.

Sus tendencias amorosas también son sumamente desagradables y su forma de dirigirse a las mujeres en plena calle a mediodía es, por completo, indecorosa, siendo normalmente ni más ni menos que unas perceptibles cosquillas en la cintura, después de lo cual retrocede, claramente avergonzado —y no es para menos— de su propia falta de respeto y su atrevimiento. Aunque continúa comiéndoselas con los ojos y haciéndoles señas a distancia de una manera desagradable e inmoral.

¿Hay algún hombre que no pueda contar una docena de pantaleones en su propio círculo social? ¿Hay algún hombre que no los haya visto revoloteando por el West End de la ciudad en un día soleado o una tarde de verano, realizando sus últimas hazañas pantomímicas con una energía tan lujuriosa y con tanta falta de discreción como si estuvieran ellos mismos en el escenario? Podemos señalar con el dedo a una docena de pantaleones que conocemos en la actualidad, pantaleones mayúsculos, que han llevado a cabo toda clase de rarezas, para diversión de sus amigos y conocidos, durante años, y que hasta

el día de hoy siguen haciendo tan cómicos e inútiles intentos de parecer jóvenes y disolutos que todos aquellos que los contemplan corren el riesgo de morirse de risa.

Miren a ese viejo caballero que acaba de salir del Café de L'Europe de Haymarket, donde ha estado comiendo a expensas del joven de pueblo al que da la mano cuando se despiden en la puerta del restaurante. La fingida calidez del saludo, la cortés inclinación de cabeza, el obvio recuerdo de la cena, cuyo succulento sabor aún perdura en sus labios, son todo características de este gran prototipo.

Se aleja cojeando y tarareando una melodía operística, y balanceando su bastón de un lado a otro con fingida despreocupación. De pronto se detiene — es el escaparate de la sombrerería—. Mira a través de uno de los grandes paños de cristal, y como la visión de las señoras que hay en el interior queda obstruida por los chales de cachemira, dirige su atención a la joven que lleva una sombrerera en la mano, que está mirando el escaparate también. ¡Miren! Se acerca a ella y tose; ella se aleja. Él se acerca de nuevo; ella no le hace caso. Él le toca la barbilla con malicia y, retirándose unos pasos, cabecea y le hace señas con increíbles muecas, mientras la joven lanza una mirada despectiva y desdeñosa al arrugado rostro. Ella le da la espalda con gesto enfático y el viejo caballero trota tras ella con una risita desdentada. ¡El pantaleón en carne y hueso!

Sí, el gran parecido que hay entre los payasos del escenario y los de la vida real es, en verdad, extraordinario. Mucha gente suspira al hablar del declive de la pantomima y murmuran con tono triste y sombrío el nombre de Grimaldi. No pretendemos despreciar a ese honorable y excelente caballero cuando decimos que esto es una verdadera tontería. Los payasos que superan con creces a Grimaldi surgen cada día, y nadie los patrocina. ¡Es una pena!

—Sé a lo que se refiere usted —dice un cliente del señor Osbaldistone con la cara sucia, dejando sobre la mesa la *Miscelánea* cuando llega a este punto y mirando al vacío con expresión astuta—: se refiere a C. J. Smith, que interpretó a Guy Fawkes, y a George Barnwell, en el Carden^[26].

El caballero de la cara sucia apenas ha pronunciado estas palabras cuando es interrumpido por un joven caballero que lleva una camisa sin cuello y un abrigo Petersham.

—No, no —dice el joven—, se refiere a Brown, King and Gibson en el Delphi.

Pues bien, con todo respeto hacia el referido caballero de la cara sucia y al caballero de la camisa sin cuello, no nos referimos ni al actor que tan

grotescamente parodió al conspirador papista, ni a los tres impasibles que han estado bailando la misma danza bajo diferentes y rimbombantes títulos y haciendo lo mismo bajo varios nombres altisonantes durante los últimos cinco o seis años.

No bien habíamos hecho esta declaración cuando los presentes, que habían sido hasta entonces testigos silenciosos de este debate, preguntan a qué demonios nos referimos. Y con el debido respeto, procedemos a explicarlo.

Los aficionados al teatro y los espectadores de pantomimas saben bien que las escenas en las que los teatrales payasos alcanzan su mayor gloria son aquellas que en los programas de mano se describen como «Quesería y almacén de loza» o «Sastrería y pensión de la señora Queertable» u otros lugares con nombres semejantes, en las que la gracia de la cosa consiste en que el protagonista toma una habitación que no tiene la menor intención de pagar, o consigue productos bajo falsos pretextos, o sustrae las existencias del respetable tendero de al lado, o les roba a los mozos de los almacenes cuando pasan bajo su ventana, o, para abreviar este catálogo, estafa a todo aquel que puede; y sólo nos queda señalar que cuanto mayor es la estafa y cuanto más descarado e insolente es el estafador, mayor es el éxtasis y la fascinación de los espectadores.

Pues bien, es muy singular el hecho de que precisamente este tipo de cosas ocurra en la vida real todos los días y a nadie le haga gracia. Ilustraremos nuestra postura detallando el argumento de esta pantomima, no del teatro, sino de la vida.

El honorable capitán Fitz-Whisker Fiercy, atendido por su criado de librea Do'em —un sirviente con aspecto de lo más respetable, que ha envejecido al servicio de la familia del capitán—, ve, negocia y, finalmente, toma posesión de una casa sin amueblar, en la calle tal, número tal.

Todos los comerciantes del barrio compiten al máximo para conseguir al capitán como cliente. El capitán es un hombre afable, bondadoso y tranquilo, y para evitar desilusionar a nadie es tan amable como para hacer pedidos a todos. Cajas de vino, cestas de provisiones, carretas de muebles, estuches de joyas, artículos de lujo de los más caros llegan a casa del honorable capitán Fitz-Whisker Fiercy, donde son recibidos con la mejor disposición por el muy respetable Do'em.

Mientras tanto, el capitán alardea y se pavonea con ese aire mezcla de superioridad consciente y crueldad que un capitán del ejército debe mostrar siempre; y así es la mayoría de las veces, para admiración y terror de la plebe. Pero en cuanto los comerciantes se marchan, el capitán, con toda la

extravagancia de una mente poderosa, y ayudado por el fiel Do'em, cuya devota lealtad no es lo menos conmovedor de su personalidad, se deshacen de todo con gran beneficio; porque aunque los artículos suponen pequeñas cantidades, son vendidos por un precio considerablemente superior al precio de coste, con lo que al capitán no le han costado nada en absoluto. Después de varias maniobras se descubre la impostura, Fitz-Whisker y Do'em son declarados cómplices y la comisaría a la que los llevan está repleta de las víctimas de sus estafas.

¿Quién puede dejar de reconocer en esto la correspondencia exacta con la mejor parte de una pantomima teatral? Fitz-Whisker es el pantaleón; Do'em es el *clown* y los comerciantes son los figurantes. Lo mejor de la broma es, además, que el vendedor de carbón que más protesta contra la persona que lo ha timado es el mismo hombre que se sentó anoche en la primera fila del patio de butacas y que con más ganas se reía de lo mismo; y ninguna de las dos cosas las hace bien.

Hablemos de Grimaldi, volvemos a decir. ¿Alguna vez le hizo Grimaldi, en sus mejores tiempos, algo semejante en este sentido a Da Costa?

La mención de este último *clown*, famoso con justicia, nos recuerda su última pieza humorística, en la que un joven soldado obtiene de manera fraudulenta ciertos beneficios.

Apenas hemos dejado la pluma sobre la mesa para contemplar durante unos momentos la representación de este admirable actor en esa exquisita parodia, cuando un nuevo aspecto de nuestro tema aparece de repente ante nosotros. Así que volvemos a coger la pluma.

Todas las personas que han estado entre bastidores, y la mayoría de las que han estado frente al escenario, saben que en la representación de una pantomima hay un buen número de personajes que entran en escena con la única finalidad de ser engañados o agredidos, o ambas cosas. Pues bien, hasta hace un momento nunca habíamos entendido con qué posible finalidad podrían haber sido creados un gran número de hombres raros, vagos, cabezotas, que uno suele encontrarse por todas partes.

Ahora lo entendemos todo. Son figurantes en la pantomima de la vida, son los personajes que entran en escena sin otra finalidad que estar siempre tropezando unos con otros y golpeándose la cabeza contra toda clase de objetos extraños.

Nos sentamos a la mesa frente a uno de estos hombres la semana pasada. Pensándolo ahora, era exactamente igual que los caballeros de las máscaras de cartón que hacen su papel en las pantomimas teatrales. Tenía la misma

sonrisa falsa, amplia e impasible; los mismos ojos apagados, de párpados caídos; la misma mirada vacía, inexpresiva; y se dijera lo que se dijera, se hiciera lo que se hiciera, él siempre estaba exactamente en el lugar más inoportuno o tropezaba con algo con lo que no tenía por qué. Mirábamos al hombre desde el otro lado de la mesa una y otra vez y no conseguíamos clasificarlo en ninguna clase de criatura. ¡Qué curioso es que esto no se nos ocurriera antes!

Reconocemos con franqueza que el arlequín nos ha dado muchos problemas. Vemos arlequines de tantas clases en las pantomimas de la vida real que apenas sabemos cuál elegir como el tipo adecuado del teatro.

A veces estábamos dispuestos a creer que el arlequín no era ni más ni menos que un joven con familia y con medios propios, que se había fugado con una bailarina de la ópera y que estaba malgastando su vida y su dinero en entretenimientos insignificantes y triviales; tras pensarlo, sin embargo, nos acordamos de que los arlequines son en ocasiones responsables de actos ingeniosos e incluso inteligentes, y no estamos muy dispuestos a absolver a nuestro joven de familia y con medios de ninguna de sus faltas.

Después de considerar el asunto con más profundidad, hemos llegado a la conclusión de que los arlequines de la vida son sólo hombres corrientes, sin ningún comportamiento particular ni edad concreta, a los que una cierta situación o una particular conjunción de circunstancias confiere la varita mágica.

Y esto nos lleva a decir unas pocas palabras sobre la pantomima de la vida pública y política, que diremos enseguida, y después concluir estableciendo simplemente en este momento que rehusamos hacer cualquier referencia a la colombina, pues no nos satisface de ningún modo la naturaleza de su relación con su multicolor amado, y porque no nos parece en absoluto justificado presentarla a las virtuosas y respetables damas que leen nuestras elucubraciones.

Estamos seguros de que el comienzo de una sesión parlamentaria no es otra cosa que levantar el telón para una gran pantomima cómica, y que no es desacertado comparar el discurso inicial más atinado de Su Majestad con el discurso inicial del *clown*, quien dice «¡Ya estamos aquí! ¡Señores y caballeros, aquí estamos!», lo que parece, a nuestro entender al menos, un buen resumen del sentido y la intención del conciliatorio discurso político. Cuando recordamos con qué frecuencia se pronuncia este discurso, también después del *cambio*, el paralelismo es perfecto y aún más singular.

Quizás el reparto de nuestra pantomima política nunca fue más lujoso que hoy en día. En ningún momento anterior, diríamos, hemos tenido tan asombrosos volatineros y actores tan dispuestos a realizar sus proezas para diversión de una muchedumbre de admiradores. Su exagerada disposición a exhibirse, de hecho, ha dado lugar a ciertas reflexiones desagradables. Se ha dicho que exhibiéndose gratuitamente por el país cuando el teatro está cerrado, se rebajan a sí mismos al nivel de saltimbanquis, y que por lo tanto degradan la respetabilidad de la profesión. Desde luego, Grimaldi nunca hizo nada semejante; y aunque Brown, King y Gibson han ido a Surrey de vacaciones, y el señor M. C. Smith ha ido a rusticar a Sadler's Wells, no encontramos precedentes teatrales de un recorrido general por el país, excepto en el caballero, de nombre desconocido, que hacía volteretas en sustitución del fallecido señor Richardson, y que no es importante tampoco, porque nunca estuvo en los programas profesionales.

Pero dejando a un lado esta cuestión, que, después de todo, es una mera cuestión de gusto, podemos pensar con orgullo y satisfacción en la destreza que nuestros actores manifiestan durante la temporada. Noche tras noche hacen piruetas y cabriolas hasta las dos, las tres y las cuatro de la mañana; hacen las más extrañas payasadas y se dan unos a otros los tortazos más graciosos que se puedan imaginar sin dar la menor muestra de cansancio. Los ruidos extraños, la confusión, el griterío y las carcajadas en medio de los cuales todo esto se lleva a cabo, además, dejarían en evidencia a los espectadores más alborotadores que, desde las localidades baratas, vociferan en los combates de boxeo.

Es especialmente curioso contemplar a alguno de estos actores, impulsado a realizar las más sorprendentes contorsiones por la irresistible influencia de la varita mágica del oficio, que el protagonista o arlequín agita sobre su cabeza. Dominado por este maravilloso hechizo, el actor se quedará completamente quieto, sin mover ni una mano, ni un pie, ni un dedo, y perderá incluso la facultad de hablar a la primera orden; o, por el contrario, será todo vida y animación si es necesario, soltando un torrente de palabras sin lógica ni sentido, lanzándose a las más fantásticas convulsiones e incluso arrastrándose por el suelo y lamiendo el polvo.

Estas manifestaciones son más curiosas que agradables; de hecho, son más desagradables que otra cosa, excepto para los admiradores de tales alardes, con los cuales declaramos no tener afinidad alguna.

Trucos extraños —trucos muy extraños— son también ejecutados por el arlequín que sostiene por el momento la varita mágica de la que hemos

hablado. Con sólo agitarla ante los ojos de un hombre, vaciará su cerebro de todas las nociones allí almacenadas previamente y lo llenará con ideas totalmente nuevas; un suave toque en la espalda cambiará por completo el comportamiento del hombre, y hay artistas expertos que, sosteniendo esta varita primero con una mano y después con la otra, la pasarán de un lado a otro, trocando los comportamientos en cada gesto, con tanta agilidad y destreza que el ojo más rápido apenas puede detectar los movimientos. En ocasiones, el genio que maneja la varita la arrebatada de las manos de quien la sostiene en ese momento y se la da a otro actor, y entonces todos los personajes cambian de papel y las persecuciones y los golpes empiezan de nuevo.

Podríamos haberle dado a este capítulo una extensión mucho mayor; podríamos haber llevado la comparación a las profesiones liberales; podríamos haber demostrado, como era en realidad nuestra intención inicial, que cada una es en sí misma una pequeña pantomima con escenas y personajes propios. Pero como nos tememos que ya nos hemos alargado bastante, terminaremos el capítulo aquí mismo.

Un caballero, no del todo desconocido como poeta dramático, escribió hace dos o tres años: «El mundo es un escenario / y los hombres y mujeres meros actores^[27]», y nosotros, siguiendo sus huellas a una pequeña distancia que no merece la pena mencionar, de unos cuantos millones de leguas, nos aventuramos a añadir, a modo de nueva lectura, que el poeta se refería a una pantomima y que todos somos actores en la pantomima de la vida.

DETALLES REFERENTES A UN LEÓN

§ entimos un gran respeto por los leones en abstracto. Al igual que la mayoría de la gente, hemos oído y leído muchos ejemplos de su bravura y nobleza.

Hemos admirado como es debido esa heroica abnegación y esa encantadora filantropía que los lleva a no comerse nunca a los seres humanos excepto cuando tienen hambre, y nos hemos sentido profundamente impresionados por el sentido de la cortesía que, se dice, demuestran hacia las damas solteras de cierto rango.

Todos los libros de historia natural abundan en anécdotas que ilustran sus excelentes cualidades, y un antiguo libro de ortografía, en particular, recoge el conmovedor ejemplo de un viejo león, de gran dignidad moral y rígidos principios, que consideró su obligación devorar a un joven que había adquirido la costumbre de blasfemar, como ejemplo aleccionador para las nuevas generaciones.

Es en extremo agradable reflexionar sobre todo esto, que en verdad dice mucho a favor de los leones en conjunto. Nosotros, sin embargo, nos vemos obligados a señalar que aquellos leones en particular con los que nos hemos encontrado no han mostrado ninguna característica muy llamativa y no han estado a la altura del carácter caballeroso que los cronistas les atribuyen.

Nunca hemos visto un león en lo que se llama estado natural, desde luego; es decir, nunca hemos visto un león caminando por una selva ni agazapado en su guarida bajo un sol tropical, esperando a que su cena pase por allí, lista para comer. Pero hemos visto algunos bajo la influencia del cautiverio y la angustia del infortunio, y debemos decir que nos parecieron unos tipos muy apáticos y aburridos.

El león del Jardín Zoológico, por ejemplo. Está muy bien; tiene una melena indiscutible y un aspecto muy fiero, pero, por Dios, ¿y qué?

Los leones del mundo moderno tienen el mismo aspecto feroz y son las criaturas más inofensivas que existen. Un león de los negocios o un animal de Regent Street tendrá un aspecto de lo más terrible, y rugirá atrocemente si nos enfrentamos a él, pero no nos morderá; y si mostramos intención de atacarle con valentía, dará media vuelta y se irá a hurtadillas. Sin duda, estas criaturas

rondan a veces en manadas y si se encuentran con un tipo de aspecto especialmente manso y de carácter pacífico intentarán amedrentarlo; pero el menor asomo de enérgica resistencia es suficiente para que se asusten.

Éstas son características agradables, mientras que encontramos claros motivos para acusar al león del Zoológico y a sus hermanos de las ferias de ser unos cuadrúpedos aletargados, adormilados y holgazanes.

No recordamos haber visto a uno solo de ellos completamente despierto, excepto a la hora de la comida. En todos los sentidos apoyamos a los leones bípedos frente a sus homónimos de cuatro patas, y retamos enérgicamente a cualquier controversia sobre la cuestión.

Con estas opiniones es fácil imaginar que el otro día sentimos curiosidad e interés cuando una señora que conocemos vino a vernos y con firmeza se negó a aceptar nuestro rechazo a su invitación a una velada, «porque, —dijo—, he encargado un león». De inmediato retiramos nuestra excusa de un compromiso anterior y nos entraron tantas ganas de ir como antes de no ir.

Llegamos temprano y nos situamos en una zona estupenda del salón, desde donde podíamos esperar tener una completa visión del interesante animal. Pasaron dos o tres horas, empezaron los bailes en cuadrilla, la sala se llenó y el león no apareció. La señora de la casa estaba inconsolable —porque uno de los peculiares privilegios de estos leones es comprometerse en firme y no cumplir—, cuando de repente se oyó un tremendo golpe doble en la puerta de la calle, y el dueño de la casa, después de pasar —sin que nadie lo mirara mientras se pavoneaba— para asomarse por encima de la barandilla, entró en el salón, frotándose las manos con gran regocijo y exclamó con voz engolada:

—Querida, el señor % —nombrando al león— acaba de llegar en este momento.

Entonces todos los ojos se volvieron hacia la puerta y vimos a varias señoritas, que habían estado riendo y charlando muy animadas y de buen humor, quedarse muy calladas e impresionadas, mientras que algunos jóvenes, que habían causado muy buena impresión con su charla ingeniosa e intrascendente, de repente perdieron toda la atención de sus acompañantes, que los miraron con gran frialdad e indiferencia. Incluso el joven al que habían traído de la tienda de música para que tocara el piano resultó visiblemente afectado, y tocó varias notas falsas a causa de la gran emoción.

Durante todo este tiempo hubo mucho parloteo fuera, más de una vez acompañado por una risotada o una exclamación de «¡Oh, magnífico! ¡Excelente!», de lo cual deducíamos que el león estaba contento y que estas exclamaciones se debían a la satisfacción de su cuidador y de nuestro

anfitrión. Y no quedamos decepcionados, porque cuando por fin apareció el león oímos a su cuidador, un hombrecillo muy remilgado, decir en susurros a varios caballeros a los que conocía, con las manos levantadas y con expresión de admiración contenida, que % (nombrando al león) estaba de *muy* buen humor esa noche.

Era un león literario. Por supuesto, había muchas personas presentes que habían admirado sus rugidos y estaban ansiosas por ser presentadas, y era muy grato ver cómo se acercaban con ese objetivo, observar la paciente dignidad con la que el león recibía palmadas y caricias.

Esto nos hizo pensar, por fuerza, en lo que con tanta frecuencia hemos presenciado en las ferias rurales, donde los otros leones se ven obligados a desplegar tantas formas de cortesía como conocen cada vez que los grupos de admiradores se acercan a verlos.

Mientras el león se exhibía de esta manera, su cuidador no estaba ocioso, porque se mezclaba con la multitud y dejaba caer sus elogios con mucha dedicación.

A un caballero le susurró algo muy fino que el noble animal había dicho cuando subían las escaleras, lo cual, por supuesto, hacía que el esfuerzo mental resultara aún más asombroso. A otro le refirió apresuradamente entre murmullos una cena de gala que había tenido lugar el día antes, en la que veintisiete caballeros se habían levantado a la vez para pedir una ovación más para el león. Y a las señoras les prometió que intercedería para conseguir el majestuoso autógrafo del bruto para sus álbumes.

Entonces brotaron breves comentarios privados por las esquinas, relativos a la apariencia personal y el tamaño del león; a si era más pequeño de lo que esperaban o más grande, más delgado o más gordo, más joven o más viejo; a si se parecía a su retrato o no; y a si el color concreto de sus ojos era azul o negro o castaño o verde o amarillo, o una mezcla. El cuidador intervino en todos estos debates y, en resumen, el león fue el único y exclusivo tema de conversación hasta que los presentes se sentaron para jugar al *whist*, momento en que todos volvieron a sus habituales temas de conversación: ellos mismos y los demás.

Debemos confesar que esperamos con no poca impaciencia el anuncio de la cena, porque si queremos ver a un león domesticado en circunstancias especialmente favorables, la hora de la comida es el mejor momento de todos para observarlo. Por lo tanto, nos sentimos muy complacidos al notar el entusiasmo de los invitados, que sabíamos bien cómo interpretar, e inmediatamente después vimos al león acompañando a la señora de la casa

por las escaleras. Nosotros le ofrecimos el brazo a una señora de edad que conocíamos, la cual, ¡bendita sea su alma!, es la mejor persona que jamás haya existido como acompañante para cualquier comida, porque, cuando la sala es muy pequeña o los invitados son muchos, ella es capaz, por alguna percepción intuitiva de lo más apetitoso, de colocarse junto con su acompañante delante de los mejores platos de la mesa. Como decimos, le ofrecimos el brazo a esta anciana señora y, bajando la escalera poco después que el león, tuvimos la suerte de conseguir asientos casi frente a él.

Naturalmente, el cuidador ya estaba allí. Se había plantado exactamente a la distancia de su protegido que le daba una buena excusa para levantar la voz cuando se dirigía a él, hasta una nota tan alta que conseguía atraer la atención de todos los presentes, e inmediatamente se dedicó a conciencia a la tarea de elogiar al león e implicarlo en todas sus estrategias. ¡Menudos destellos de ingenio obtuvo del león! Al principio empezaron a hacer juegos de palabras sobre un salero, y luego sobre una pechuga de ave, y después sobre el bizcocho borracho; pero los mejores chistes de todos los hicieron sobre la ensalada de langosta, tema sobre el que el león se mostró muy agudo y, en opinión de las más competentes autoridades, brilló extraordinariamente.

Éste es un modo excelente de brillar en sociedad, basado, en nuestra modesta opinión, en el modelo clásico de los diálogos entre el señor Punch y su amigo el titiritero^[28], en los que este último hace la parte difícil y se conforma con dar pie a los chistes y agudas réplicas del señor Punch, que de este modo consigue siempre llevarse todo el mérito y provocar grandes risas. Pero se base en lo que se base, nosotros se lo recomendamos a todos los leones, actuales y futuros, porque en este caso despertó admiración y deslumbró por completo a todos los presentes.

Cuando el salero y la pechuga de ave y el bizcocho y la ensalada de langosta se acabaron y ya no cabía ni una ocurrencia más, el cuidador realizó esa peligrosa hazaña que todavía se practica con algunos leones de feria, aunque en una ocasión tuvo un desenlace fatídico, que consiste en meter la cabeza en la boca del animal y quedar por completo a su merced. Boswell^[29] presenta con frecuencia un triste ejemplo de los lamentables resultados de este acto, y otros cuidadores y chacales han resultado gravemente heridos por su atrevimiento. Es justo señalar que nuestro león permitió con toda gentileza que jugaran con él, y finalmente se fue a casa con el cuidador en un coche de alquiler, completamente tranquilo pero ligeramente aturdido.

Nos encontrábamos con el ánimo contemplativo, lo que nos llevó a hacer varias reflexiones sobre el carácter y la conducta de este género de leones

mientras volvíamos a casa, y no tardamos en llegar a la conclusión de que nuestra anterior impresión favorable se había confirmado y reforzado mucho por lo que acabábamos de ver.

Mientras que a los otros leones se les visita y saluda de manera triste, malhumorada, por no decir gruñona, éstos son adulados por las atenciones que se les dispensan. Mientras que aquéllos disimulan al máximo su poderío ante la mirada del vulgo, éstos buscan la atención popular y, a diferencia de sus hermanos, a quienes nada salvo la coacción los haría esforzarse, están siempre dispuestos a mostrar sus facultades ante la asombrada multitud.

Hemos conocido osos de indudable habilidad que, cuando las expectativas de un numeroso público han sido elevadas hasta el límite, se han negado rotundamente a bailar; y monos bien entrenados que inexplicablemente rehusaron actuar en la cuerda floja; y elefantes de incuestionable talento que de repente se han negado a girar la manivela del organillo. Pero nunca habíamos tenido noticia de un león bípedo, ni literario ni de otra clase —y lo afirmamos como un hecho, lo cual dice mucho de toda la especie—, que, llegada la ocasión, no aprovechara con avidez cualquier oportunidad que se le brindara de tocar a su gusto el primer violín.

ROBERT BOLTON, EL CABALLERO CON
CONTACTOS EN LA PRENSA

Fn el salón del Green Dragon, una taberna del barrio más cercano al puente de Westminster, todo el mundo habla de política, todas las tardes, siendo la gran autoridad en el tema el señor Robert Bolton, un individuo que se define a sí mismo como «un caballero con contactos en la prensa», definición especialmente ambigua.

El círculo habitual de admiradores y oyentes del señor Robert Bolton lo componen un empleado de funeraria, un charcutero, un peluquero, un panadero, una gran barriga coronada por la cabeza de un hombre y montada sobre dos piernas especialmente cortas, un hombre delgado vestido de negro, de nombre, profesión e intereses desconocidos, que siempre se sienta en el mismo sitio, que siempre tiene la misma cara larga e inexpresiva y que nunca abre la boca, rodeado como está por la más entusiasta conversación, excepto para soltar una bocanada de humo de tabaco o para dejar escapar un enérgico, sonoro y estridente «¡ejem!».

La conversación a veces gira sobre literatura, ya que el señor Bolton tiene una personalidad literaria, y siempre sobre esas noticias frescas que sólo conoce este avisado individuo.

La otra tarde me encontraba yo —por supuesto, de casualidad— en el Green Dragon, y como, por alguna razón, la siguiente conversación me pareció divertida, la recogí.

—¿Puede prestarme un billete de diez libras hasta Navidad? —le preguntó el peluquero a la barriga.

—¿Cuál es su aval, señor Clip?

—Mis existencias. Creo que será suficiente, señor Thicknesse. Unas cincuenta pelucas, dos postes de barbero, media docena de cabezas de madera y un oso disecado.

—No, entonces no —gruñó Thicknesse—. No presto nada con el aval de las pelucas ni de los postes. Las pelucas son una estafa, los postes no valen nada. Nunca me relaciono con cabezas de madera, salvo que sea inevitable —con ironía—, y el oso disecado me resulta tan útil a mí como le resultaría yo a un oso muerto.

—Bueno, entonces —insistió el otro—, tengo un libro que perteneció a Pope, los poemas de Byron, valorado en cuarenta libras, porque tiene la firma de Pope en la parte de atrás. ¿Qué le parece eso como aval?

—¡No está mal! —exclamó el panadero—. Pero ¿qué quiere decir, señor Clip?

—¡Qué quiere decir! ¡Pues que tiene el *autógrafo* de Pope! «No robes este libro si le temes a la soga del verdugo, pues pertenece a Alexander Pope^[30]». Todo eso está escrito en el interior de la cubierta del libro, así que, como dice mi hijo, estamos obligados a creerlo.

—Bueno, señor —observó el empleado de la funeraria, con amabilidad y casi en susurros, inclinándose sobre la mesa y tirando al suelo la cerveza del peluquero—, ese argumento es muy fácil de tirar por tierra.

—Quizás, señor —dijo Clip, un poco nervioso—, debería usted pagar lo primero que ha tirado antes de pensar en tirar más cosas.

—Bueno —dijo el funerario, con una amistosa inclinación hacia el peluquero—, yo creo, y digo *creo*, ya me disculpará usted, señor Clip; yo creo, sabe usted, que eso no les caería bien a los presentes. Por desgracia, mi patrón tuvo el honor de hacer el ataúd de la doncella de ese lord, hace nada más y nada menos que veinte años. No crean que me vanaglorio de ello, caballeros; otros se jactarían, pero a mí no me gustan los rangos de ninguna clase. No le tengo más respeto al lacayo de un lord que a cualquier respetable comerciante de este salón. Diría que no más que el que le tengo al señor Clip —siguió, inclinándose—. Por lo tanto, aquel lord debió de nacer mucho después de que Pope muriera^[31]. De donde es lógico inferir que no vivieron al mismo tiempo. O sea, que lo que quiero decir es que Pope nunca tuvo ningún libro, nunca vio, tocó ni olió ningún libro —en tono triunfal— que perteneciera a ese lord. Y, caballeros, cuando pienso en la paciencia con que han escuchado ustedes las ideas que he expresado, me siento obligado, como la mejor forma de compensarlos por la amabilidad que han mostrado, a sentarme sin decir una palabra más, sobre todo cuando veo que acaba de entrar un cliente más interesante que yo. No tengo costumbre de hacer cumplidos, caballeros; por lo tanto, cuando los hago espero que causen un doble impacto.

—Pero ¡señor Murgatroyd! ¿Qué es eso de causar un doble impacto? —dijo el destinatario del anterior comentario al entrar—. No hay justificación para que un hombre se acalore tanto durante el invierno, ni siquiera cuando está sentado tan cerca del fuego como usted. Es muy imprudente exponerse a

sudar de esa manera. ¿Cuál es el motivo de tanta alteración física y mental, señor?

Tal fue el muy filosófico discurso del señor Robert Bolton, taquígrafo, como él se denominaba a sí mismo, provocando cierta confusión entre sus colegas, lo que debe dar a los no iniciados una amplia idea del estado del órgano ministerial, mientras que para los iniciados, esto significa que ningún periódico puede atribuirse el placer de contar con sus servicios.

El señor Bolton era un hombre joven, con una expresión en el rostro en cierto modo enfermiza y libertina. Su indumentaria se componía de una exquisita combinación de elegancia, descuido, seguridad, sencillez, novedad y vejez. La mitad de él iba vestida de invierno; la otra mitad, de verano. El sombrero era del estilo más moderno, el D'Orsay; los pantalones habían sido blancos, pero los efectos del barro, la tinta, etcétera, les habían dado una apariencia moteada. En el cuello llevaba un pañuelo negro muy alto, de tiránica rigidez, mientras que su *tout ensemble* quedaba oculto por los enormes pliegues de un viejo abrigo marrón con cuello de lana rizada, que llevaba bien abotonado hasta el mencionado pañuelo de cuello. Los dedos le asomaban por los extremos de unos guantes negros de cabritilla, y dos dedos de cada pie tenían una visión similar de la sociedad a través de la punta de sus botines. Los misterios de su ropa interior estaban reservados para las desnudas paredes de su desván. Era un hombre bajo, enjuto, de porte un tanto insignificante.

Todo el mundo pareció influido por su llegada al local, y su saludo a cada cliente tenía algo de condescendencia. El peluquero le hizo sitio entre él y la barriga. Un minuto después había tomado posesión de su cerveza y su pipa. Se produjo una pausa en la conversación. Todos estaban esperando, inquietos, su primer comentario.

—Terrible asesinato en Westminster esta mañana —anunció el señor Bolton.

Todo el mundo cambió de postura. Todos los ojos se fijaron en el hombre de las palabras.

—Un panadero ha asesinado a su hijo, hirviéndolo en una caldera —dijo el señor Bolton.

—¡Santo cielo! —exclamaron todos, con simultáneo horror.

—¡Lo hirvió, señores! —añadió Bolton con muy efectivo énfasis—. ¡Lo hirvió!

—Los detalles, señor Bolton —dijo el peluquero— los detalles.

El señor Bolton tomó un largo trago de cerveza negra y dio un par de docenas de caladas al tabaco, sin duda para insuflar en el carácter comercial de sus acompañantes la superioridad de un caballero con contactos en la prensa. Y entonces dijo:

—El hombre era panadero, señores —todos miraron entonces al panadero allí presente, que atendía a las palabras de Bolton—. La víctima, al ser su hijo, era necesariamente hijo de un panadero. El miserable asesino tenía una esposa, a la que, cuando estaba borracho, acostumbraba patear, apalear, arrojar tazones, tirar al suelo y medio matar en la cama, metiéndole en la boca una porción considerable de una sábana o una manta.

El narrador tomó otro trago, se miraron unos a otros y exclamaron:

—¡Qué horrible!

—Parece evidente, caballeros —continuó el señor Bolton—, que, en la tarde de ayer, Sawyer, el panadero, llegó a casa en un reprobable estado de embriaguez. La señora Sawyer, conyugalmente comprensiva, lo llevó en esas condiciones al dormitorio y lo metió en el lecho común. Dos o tres minutos después, ella dormía junto al hombre al que el amanecer contemplaría convertido en asesino —un completo silencio informó al reportero de que su descripción había logrado el efecto que pretendía—. El hijo llegó a casa alrededor de una hora después, abrió la puerta y subió a dormir. Apenas (caballeros, imaginen su sentimiento de alarma), apenas se había quitado los zapatos cuando unos alaridos (para su oído habituado, alaridos *maternos*) alteraron el silencio de la noche. Se puso de nuevo los zapatos y bajó corriendo las escaleras. Abrió la puerta de la habitación de sus padres. El padre estaba abalanzándose sobre la madre. ¡Lo que debió de sentir! En la angustia del momento corrió hacia su padre cuando iba a hundir el cuchillo en el costado de la mujer. La madre gritó. El padre cogió al hijo (que le había arrebatado el cuchillo de la mano) en volandas, lo llevó escaleras abajo, lo lanzó a la caldera de agua hirviendo donde había ropa de cama, cerró la tapa y saltó encima con una expresión atroz en la cara, y así lo encontró la madre, que llegó al triste lavadero justo en ese momento. «¿Dónde está mi niño?, —gritó la madre—. En la caldera, cociéndose», contestó con frialdad el bueno del padre. Espantada por la terrible noticia, la madre salió corriendo de la casa y avisó a los vecinos. La policía llegó un minuto después. El padre, tras cerrar la puerta del lavadero, había escapado. Sacaron del caldero el cuerpo sin vida del hijo escaldado y, con una prontitud encomiable en hombres de su rango, lo llevaron inmediatamente a la comisaría. Más tarde, el panadero fue

capturado cuando se hallaba sentado encima de una farola de Parliament Street, encendiendo la pipa.

Toda la horrible idea de *Los misterios de Udolfo*^[32] condensada en el escueto efecto de un párrafo de diez líneas no tendría por qué haber afectado tanto a los oyentes del narrador. El silencio, la más pura y noble forma de aplauso, daba amplio testimonio de la crueldad del panadero, así como del talento de Bolton para la narración. Aquel silencio sólo fue roto al cabo de varios minutos por las expresiones de profunda indignación de todos los presentes.

El panadero se preguntaba cómo un panadero británico podía deshonorarse a sí mismo y a la muy honorable profesión a la que pertenecía, y los otros se preguntaban sobre los enigmas del caso. Entre éstos no era el menos misterioso el que despertó el genio y la información de Robert Bolton, quien, después de un encendido elogio de sí mismo y su increíble influencia en la prensa diaria, se disponía, con expresión muy seria, a escuchar los pros y los contras del asunto del autógrafo de Pope, cuando yo cogí mi sombrero y me marché.

EPÍSTOLA FAMILIAR DE UN PADRE A SU HIJO
DE DOS AÑOS Y MEDIO

Hijo mío: relatar con cuántos problemas te he visto crecer, con qué mirada ansiosa he contemplado tu desarrollo, cuán tarde y con cuánta frecuencia me he quedado levantado por las noches trabajando para ti; y cuántos miles de cartas he escrito a tus conocidos y amigos, y cuántas he recibido de ellos, muchas de las cuales han tenido un tono quejumbroso e irascible; referir la angustia y la ternura con que he vigilado y elegido (lo mejor que he podido) tus alimentos, rechazando la comida indigesta y pesada que algunas señoras, imprudentes aunque bienintencionadas, te habrían hecho tragar, y quedándome sólo con aquellos productos ligeros y agradables que consideré apropiados para evitarte todo malestar y convertirte en una criatura grata y que pudiera ser aceptada por la sociedad en general; detallar con qué constancia he evitado que te molestara cualquiera hablando de política, seguro siempre de que me lo agradecerías algún día cuando te hicieras mayor... extenderme, en resumen, sobre mi dedicación como padre está fuera de mi propósito, aunque no puedo contemplar tu hermoso aspecto, tu robusta salud y tu perfecta circulación (que considero es el gran secreto de tu buen aspecto) sin sentir la más viva satisfacción y deleite.

Es una observación muy manida (y que siendo joven como eres, sin duda habrás oído repetir con frecuencia) que vivimos tiempos extraños y días de constantes cambios y transformaciones. Tuve un triste ejemplo de esto hace sólo un par de semanas.

Yo volvía de Manchester a Londres en el tren correo cuando de pronto caí en otro tren —un tren mixto— de pensamientos, a causa de la actitud afligida y abatida del escolta de correos. Íbamos a parar en una estación para repostar agua cuando el hombre se levantó despacio del pequeño cajón en el que se sienta haciendo nefasta burla de su avanzada edad, con una pistola y un trabuco a su lado, preparado para dispararle al primer salteador de caminos, o salteador de vías, que intentara detener los caballos, que ahora viajan —si es que viajan— *dentro* y en un establo portátil ideado para tal fin. Se levantó, como iba diciendo, despacio y con tristeza, de su puesto y mirando apenado a su alrededor, como si recordara con pesar el viejo restaurante del camino, el cálido fuego, la jarra de espumosa cerveza, a la sirvienta pechugona, a los

admiradores desocupados del bar y el establo, todos ellos honrados por la atención que les prestaba. Y alejándose un poco se apoyó en un poste, observando la máquina con una mirada, en la que se mezclaban aflicción e indignación, que no puede describirse con palabras.

Su chaqueta escarlata con galones dorados estaba deslustrada por el vil humo; copos de hollín habían caído en su bufanda verde brillante, su orgullo de antaño; el vapor condensado en el túnel del que acabábamos de salir brillaba sobre su gorra como agua de lluvia. Su mirada dejaba ver que estaba acordándose del cochero; y mientras volvía a su asiento y a su descolorido atuendo, era fácil saber que el hombre sentía que su oficio y él mismo no tenían nada que hacer allí y que no eran más que una broma muy elaborada.

Conforme avanzábamos me vi arrastrado poco a poco hasta una premonición de los días venideros, cuando los escoltas de los coches correo ya no serán expertos en caballos; cuando un escolta de coche correo no habrá visto nunca un caballo; cuando los establos de las estaciones habrán desaparecido y el cereal habrá dejado paso al carbón.

«En esos nuevos tiempos, —pensé—, las salas de exposiciones abundarán en retratos de la máquina favorita de Su Majestad, con calderas muy realistas pintadas por los futuros Landseer^[33]. Algún Amburgh^[34] que aún no ha nacido domará caballos salvajes con sus mágicos poderes; y vestido de escolta de coche correo exhibirá en un falso coche correo sus animales adiestrados. Entonces, la asombrada multitud verá que, con excepción del látigo, todo está en su mirada; y cabezas coronadas verán los caballos alimentados con avena y de pie, solos, inmóviles e impávidos, mientras que los oficinistas huirán atemorizados cuando los caballos relinchen».

Tales eran, hijo mío, las reflexiones, de las cuales desperté tan sólo, como ahora, por la necesidad de atender asuntos de actual, aunque menor, importancia. No te pediré disculpas por la digresión, ya que ésta me lleva con naturalidad hacia el tema del cambio, que es el tema preciso que deseo tratar.

En realidad, hijo mío, has cambiado de manos. De ahora en adelante te dejo bajo la guarda y protección de uno de mis más íntimos y apreciados amigos, el señor Ainsworth^[35]; con él y contigo irán siempre mis mejores deseos y mis más cálidos sentimientos. No obtengo ninguna ganancia ni beneficio al separarme de ti, ni se pedirá ningún traspaso por tus bienes, porque, a este respecto, tú siempre has sido literalmente la *Miscelánea de Bentley*, nunca la mía.

A diferencia del escolta del viejo correo de Manchester, yo contemplo este nuevo estado de cosas con sentimientos de puro placer y satisfacción.

A diferencia del escolta del nuevo correo de Manchester, *tu* escolta está en casa en su nuevo hogar, y tiene a pendencieros salteadores de caminos y gallardos bandidos siempre a sus órdenes.

Hijo mío, si tuviera que compararte con una máquina —no una máquina de los conservadores, ni de los liberales, sino una dinámica y veloz locomotora—, y a tus amigos y patronos con pasajeros, y a quien ahora va hacia ti *in loco parentis* con el diestro ingeniero y supervisor de todo, yo pediría humildemente permiso para posponer la salida del tren hacia su nuevo y provechoso camino durante un breve instante, mientras, con el sombrero en la mano, me coloco al lado del amigo que viajó conmigo por la antigua carretera, y me atrevo a solicitar aceptación y amabilidad para él en su nueva responsabilidad, tanto por él como por el antiguo cochero,

Boz

POSTFACIO DE LA TRADUCTORA

*Pero el verdadero gran hombre es el que hace
que todo hombre se sienta grande.*

G. K. CHESTERTON

Los textos recogidos en este volumen fueron publicados originalmente en la revista literaria *Bentley's Miscellany* entre enero de 1837 y febrero de 1839, período en el que el propio Dickens, que todavía firmaba con el seudónimo *Boz*, fue editor de la revista. Estas historias no se recopilaron y publicaron como libro hasta 1880, diez años después de la muerte del autor, y constituyen una de las obras menos conocidas y menos estudiadas de Charles Dickens, incluso en el Reino Unido. Probablemente quedaron para siempre en segundo plano debido a que coincidieron en el tiempo con *Oliver Twist*, que fue recibida desde el principio con gran interés.

En efecto, los primeros capítulos de *Oliver Twist* y los textos que componen *Los Papeles de Mudfog* aparecieron en *Bentley's Miscellany* en el mismo período, aunque, como se verá más adelante, ésta no es la única conexión entre ambas obras. Igualmente, las historias de este volumen tienen también entre sí elementos de conexión, como el concepto de cambio, de evolución, de irrupción de lo nuevo.

Cuando estas piezas fueron escritas los resultados de la Revolución Industrial se revelaban ya permanentes y definitivos, propiciando una época de constante cambio y grandes transformaciones. El trabajo, la industria, los modos de producción, la ciencia, la tecnología y, por lo tanto, las formas de vida, la organización social y el pensamiento evolucionaban y se modificaban de forma incesante y veloz.

También la vida personal de Dickens estaba cambiando durante aquellos años. Entre 1836 y 1838 publicó su primer libro, los *Sketches by Boz*, inició su trayectoria como autor de éxito gracias a *Los papeles del Club Pickwick*, se

casó, fue editor de *Bentley's Miscellany*, nació el primero de sus diez hijos, escribió su segunda novela, *Oliver Twist*, y comenzó la tercera, *Nicholas Nickleby*.

Por otra parte, los textos aquí recogidos anuncian los temas y las claves que seguirán apareciendo y desarrollándose en las posteriores obras de Dickens, y que definen su estilo: de un lado, el compromiso social, la preocupación por los desfavorecidos y la crítica a las instituciones; de otro, el talento para la caracterización de personajes, la capacidad de observación de la realidad, la ironía, el sentido del humor, la tendencia a la exageración y al «surrealismo», la utilización de elementos autobiográficos, la presencia de la ciudad de Londres como un personaje más, etcétera.

«La vida pública del señor Tulrumbly» apareció en el primer número de *Bentley's Miscellany*. Antes de iniciarse como autor literario Dickens había trabajado como reportero y taquígrafo, recogiendo para diversos periódicos londinenses los discursos del Parlamento. Dickens encontraba este trabajo aburrido y enojoso. La política le parecía «una especie de broma venerable^[*]» y mantuvo siempre un espíritu crítico tajante frente a la Constitución británica y los organismos oficiales. Este desprecio por la política y sus representantes se refleja nítidamente en el personaje de Nicholas Tulrumbly, alcalde de Mudfog, y en los miembros de la corporación municipal, que no parecen otra cosa que una congregación de dormilones. Sin embargo, el personaje de Tulrumbly no carece de cierto encanto. Es, como *Oliver Twist*, un personaje nacido en la pobreza que lucha por hacer de sí mismo un hombre próspero y que conoce el contraste entre la vida en una pequeña ciudad y la deslumbrante y poderosa Londres. El alcalde de Mudfog, al que Dickens, con su proverbial destreza en el manejo de la sátira y la caricatura, dibuja como un político con ridículas ambiciones, trastornado por los deseos de poder, se nos presenta al fin como un hombre razonable, humilde, que reconoce sus errores y aprende de la burla y el desdén que él mismo ha suscitado contra su persona entre los habitantes de Mudfog. En la transformación de Tulrumbly se aprecia otra de las claves de la obra dickensiana: la ternura y la comprensión que el escritor siente por sus personajes y sus humanas debilidades.

En el segundo número de *Bentley's Miscellany* (febrero de 1837) se publicaron los capítulos primero y segundo de *Oliver Twist*, momento en que se establece la conexión antes mencionada, pues al inicio del capítulo primero Dickens nos dice que Oliver nació en el hospicio de Mudfog, de manera que la historia del pequeño huérfano resulta ser parte y continuación de *Los papeles de Mudfog*. Sin embargo, cuando Dickens revisó *Oliver Twist* para su

publicación como novela omitió la referencia a Mudfog y así el nacimiento de Oliver tiene lugar en «cierta ciudad» a la que el autor no da nombre.

Los siguientes «papeles de Mudfog», es decir, los informes de la primera y la segunda reunión de la Sociedad Mudfog, aparecieron en la revista en octubre de 1837 y septiembre de 1838 respectivamente. En estas dos piezas Dickens se muestra tan irónico y crítico como siempre, y más bromista que nunca. La comicidad y la burla alcanzan en ocasiones el absurdo y el esperpento, y la hilaridad que provocan llevan al lector a perder de vista por momentos el satírico reflejo de la realidad que subyace tras estos informes. Mientras nos hace reír con los locos eruditos de la Sociedad Mudfog y sus excéntricos inventos y teorías, nuestro autor está denunciando diversos aspectos de la vida londinense que él, con su mirada crítica y visionaria, considera obsoletos, crueles o deficientes: la explotación de animales en espectáculos callejeros, la paupérrima dieta de los pobres en los asilos, la escasa educación que se impartía a los niños, el papel subordinado de la mujer, el abuso de poder, etcétera. Estos informes de la Sociedad Mudfog reflejan especialmente un rasgo fundamental de la época anteriormente citado: los continuos avances tecnológicos, científicos e industriales. De hecho, la Sociedad Mudfog para el Avance de Todo es una parodia de la Sociedad Británica para el Avance de la Ciencia, fundada en York en 1831, y de otras sociedades científicas de la era victoriana con similares objetivos. Dickens, atento observador y cronista de su mundo, refleja igualmente en su parodia la inseguridad y la inquietud por los cambios que dichos avances traían consigo.

Uno de los aspectos más curiosos de estos informes de la Sociedad Mudfog es lo que Elizabeth Drialo^[*], de la Universidad de Durham, ha denominado *proto-steampunk*. Si el *steampunk* es ese subgénero de la ciencia-ficción que se sitúa en una era victoriana de fantasía, poblada de artilugios mecánicos y tecnología avanzada, sin duda Dickens se adelantó no sólo a su época sino a la nuestra cuando ideó los inventos (el tren portátil, la planta mecánica, los policías robot, los jueces igualmente mecánicos...) que presentan en sus reuniones los atolondrados ingenieros de la Sociedad Mudfog.

Otro de los elementos característicos del universo dickensiano son los nombres llamativos, sonoros, burlescos y significativos que el autor da a sus personajes y que hacen referencia a sus rasgos personales o los ridiculizan. Y en el caso particular de la Sociedad Mudfog, Dickens hace un verdadero

alarde de su habilidad en este sentido, bautizando a sus sabios con todo un catálogo de nombres caprichosos y simbólicos.

Vemos, pues, en estos textos a un Dickens de apenas veinticinco años que muestra su lado más cómico, que se divierte y desata su sentido del humor y su imaginación, sin que falte sin embargo la observación crítica.

Al margen de los textos que componen el tríptico *Los papeles de Mudfog*, y junto con los capítulos 3 y 4 de *Oliver Twist*, en el número 3 de *Bentley's Miscellany* se publicó «La pantomima de la vida». Se trata de un precedente de las *Memorias de Joseph Grimaldi*, escritas por Dickens en 1838 y basadas en los propios manuscritos del más popular actor de pantomima del siglo XIX, fallecido el año anterior. El teatro siempre fascinó a Dickens y tuvo una gran influencia en su obra y en su vida personal. Y la pantomima, una forma de teatro popular, se ajustaba muy bien a la visión dickensiana de la vida, donde la tragedia y la comedia, la bondad y la crueldad aparecen siempre mezcladas e inseparables, como en la propia vida de Grimaldi, por cierto. En «La pantomima de la vida» Dickens analiza, por un lado, la naturaleza teatral de la vida y el paralelismo que existe entre los diferentes tipos sociales y los arquetípicos personajes fijos de la pantomima, y por otro, las semejanzas entre el comportamiento de los actores del escenario y las reacciones de los actores de la vida. Pero no sólo se centra Dickens en los actores (los teatrales y los reales), sino que dedica gran parte de su atención al público. Y en este caso también compara al público que asiste a las pantomimas con el público que presencia la pantomima de la vida, que parece encontrar el mismo deleite en los percances del escenario que en los de la vida real, salvo cuando los afectados son ellos mismos.

La siguiente historia de este volumen, «Detalles referentes a un león», se incluyó en el número de mayo de 1837 de *Bentley's Miscellany*, junto con los capítulos séptimo y octavo de *Oliver Twist*. Con esta sátira sobre la adoración de que son objeto algunos escritores, Dickens dice lo que no quiere ser. Ya había conocido el éxito con su primera novela, *Los papeles del Club Pickwick*, y recibía el reconocimiento público por su talento. Pero a pesar de que siempre deseó ese éxito, temía convertirse en un «león literario», en una atracción en veladas de postín para entretenimiento y jactancia de los esnobs; en un personaje al que se expone en público para ser admirado y adulado y que ha de complacer a sus admiradores, quienes tal vez nada sepan de su obra ni les interese, y que se olvidarán de él en cuanto encuentren otra diversión que los entretenga más. Dickens, que siempre mostró compañerismo, respaldo y solidaridad para con sus colegas escritores, se compadece de los leones

literarios que han de mostrarse mansos y complacientes ante el público, pero también de los que no reciben las mismas atenciones, aquéllos a quienes «se visita y saluda de manera triste, malhumorada», al tiempo que critica con sutileza a los que ansían alcanzar la notoriedad a toda costa. Por su carácter crítico y reivindicativo, esta historia parece tener en sí el germen de las campañas llevadas a cabo varios años después (por el propio Dickens y otros escritores) en favor de la dignidad de la literatura y de sus creadores.

El número de agosto de 1838 de *Bentley's Miscellany* incluía la historia de «Robert Bolton, el caballero con contactos en la prensa». Es quizás el peor valorado de los textos que Dickens escribió para la revista, e incluso parte de la crítica pone en duda su autoría. Puede que se trate de una pieza menor, tal vez escrita más por obligación que por devoción; es decir, para cumplir con las entregas mensuales a la revista; sin embargo, hay varios aspectos en esta narración que despiertan nuestro interés. Con el esquema clásico de la «historia dentro de la historia», la taberna y los personajes que en ella se reúnen forman el marco en el que se encuadra la historia del panadero asesino, que revela el gusto de Dickens por el cuento gótico y su interés por el tema de la locura. En *Los papeles del Club Pickwick*, escrita inmediatamente antes que las historias de este volumen, ya aparece una narración de este estilo, «El manuscrito de un loco», y en sus novelas siguientes, desde *Oliver Twist*, los personajes, escenarios y situaciones de carácter misterioso y grotesco estarán siempre presentes.

Más significativos aún en este sentido son sus conocidos cuentos navideños, en algunos de los cuales el elemento gótico es seña de identidad, y sus diversos cuentos de misterio y fantasmas. Pero el cuento de terror no es un mero capricho literario para Dickens, sino que sus elementos perturbadores son un potente recurso con el que el autor expone situaciones sociales intolerables (en este caso, la violencia en el hogar), manifiesta su compromiso humanitario con los miembros más débiles de la sociedad (niños, mujeres, pobres, enfermos, presos) y critica la injusticia en todos sus aspectos, esperando con ello despertar las conciencias y contribuir a la reforma de las instituciones y la mejora de las condiciones de vida de sus semejantes.

Finalmente, para el número de febrero de 1839 de la revista Dickens escribió el texto que cierra esta colección, la «Epístola familiar de un padre a su hijo de dos años y dos meses. —Aquí el cambio es el protagonista absoluto y explícito—: el tema del cambio, que es el tema preciso que deseo tratar»; «vivimos tiempos extraños y días de constantes cambios y transformaciones». El autor empieza refiriéndose al momento en que abandona su trabajo como

editor de *Bentley's Miscellany*, por medio de una personificación de la revista a la que se refiere como si se tratase de un hijo. Un hijo al que ha estado cuidando con mimo y dedicación, evitando «alimentarlo» con textos «indigestos»; es decir, seleccionando con esmero las contribuciones de los colaboradores, evitando, por ejemplo, las relacionadas con la política. De hecho, en el primer número de la revista se aseguraba: «Nuestra senda será recta y definida. En primer lugar, no tenemos nada que ver con la política». Cuando ese «hijo» ha cumplido dos años y dos meses, Dickens lo deja al cuidado de Ainsworth, el nuevo editor de la revista. Este cambio ilusiona al escritor, que a partir de entonces se dedicará por entero a la creación de sus historias y personajes «en su nuevo hogar», su residencia de Devonshire Terrace. No tan felices le parecen a nuestro autor los cambios que se están produciendo en su mundo, y así lo hace ver cuando habla del viejo empleado de correos que ahora viaja en tren en vez de en coche de caballos; que echa de menos los viejos tiempos, la forma de vida que está desapareciendo, al cochero experto en caballos y hasta los peligros propios de la profesión; que observa con tristeza y enfado la locomotora del tren, responsable de que su uniforme haya perdido su lustre a causa del humo, el hollín y el vapor.

Dickens dibuja una irónica semblanza, no exenta de tristeza, de «esos nuevos tiempos» en los que en las salas de exposiciones habrá retratos de máquinas, los coches de correos serán falsos y sólo podrán verse en los espectáculos de variedades; en las estaciones del camino ya no habrá avena para los caballos sino carbón para las máquinas; y, en fin, las personas habrán perdido el contacto con los animales y se asustarán de ellos.

Curiosamente, tanto Dickens como el propietario de la revista, Richard Bentley, sufrirían en el futuro sendos accidentes ferroviarios. En 1867 Bentley sufrió graves heridas al caer desde el andén de una estación ferroviaria, y dos años antes un tren en el que viajaba Dickens cayó desde un puente en obras. El escritor atendió personalmente a heridos y moribundos, y aunque él resultó ileso, esta experiencia supuso un trauma emocional que hasta su muerte, cinco años después, afectó a su capacidad para escribir.

Al final de la «Epístola» Dickens parece rendirse a la inevitable presencia de las máquinas y, con una serie de símiles y metáforas, cierra la misiva y se despide como «el antiguo cochero» que deja que «la dinámica locomotora» siga su camino hacia el futuro.

Sin duda, la etapa en que Dickens escribió para *Bentley's Miscellany* fue un período crucial en su vida personal y profesional. Fue una etapa de transición, el momento en que dejó de ser un autor principiante y comenzó a

disfrutar del reconocimiento y el éxito. La crítica y los demás escritores alababan su talento, y las clases humildes encontraban en él la voz que hasta entonces no habían tenido.

Ángeles de los Santos



V. 1 julio 2015



CHARLES DICKENS. Nació en Portsmouth en 1812, segundo de los ocho hijos de un funcionario de la Marina.

A los doce años, encarcelado el padre por deudas, tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario de *The Morning Chronicle*.

Sus artículos, luego recogidos en *Bosquejos de Boz* (1836-1837), tuvieron un gran éxito y, con la aparición en esos mismos años de los *Papeles póstumos del club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial.

Novelas como *Oliver Twist* (1837), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron una enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846).

Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inicia su época de madurez novelística, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona —y su favorita— en la que elaboró algunos episodios autobiográficos, *Casa desolada* (1852-1853), *La pequeña Dorrit* (1855-1857), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1862); para muchos su mejor novela.

Dickens murió en Londres en 1870.

Notas

[1] El nombre de esta ciudad imaginaria está formado con las palabras *mud*, lodo, y *fog*, niebla. (Todas las notas son obra de la traductora). <<

[2] Richard Whittington (c. 1354-1423), comerciante y político, fue alcalde y *sheriff* —algo así como gobernador civil— de Londres y parlamentario. Fue un gran benefactor de la ciudad y su figura inspiró el cuento popular «Dick Whittington and His Cat». <<

[3] El lord Mayor de Londres es el alcalde del distrito de la City, el «corazón financiero» de Reino Unido. Es elegido anualmente en el mes de noviembre, acontecimiento que se celebra con un lujoso desfile y un gran banquete. Estos actos tienen su origen en el siglo XIII, cuando la corona otorgó a los londinenses el derecho a elegir a su alcalde. <<

[4] El capitán George Manby (1765-1854) inventó un sistema para el rescate de náufragos mediante el lanzamiento de cuerdas hacia el barco encallado. <<

[5] *Snore*, roncar; *doze*, sestear; *wheezy*, que resopla. <<

[6] Los nombres que Dickens da a las posadas son siempre muy curiosos. *Pig and Tinder*: «El cerdo y la yesca». <<

[7] *Slug*, babosa. <<

[8] *Woodensconce*, cabeza de madera; tarugo. <<

[9] Muff, fastidiar; nogo, estropeado. <<

[10] A finales del siglo XVIII y principios del XIX apareció en los espectáculos ambulantes el fenómeno del «cerdo inteligente», llamado Toby, un cerdo que en teoría era capaz de contestar preguntas del público señalando unas tarjetas con letras. <<

[11] En el Londres de 1814 circularon rumores sobre la existencia de una rica heredera que tenía cuerpo humano y cabeza de cerdo. En la prensa aparecieron anuncios según los cuales la dama buscaba marido: muchos jóvenes pobres se presentaron como candidatos. <<

[12] Mungo Park (1771-1806), cirujano y explorador escocés, descubrió el curso del río Níger en solitario y a pie. Pasó cuatro meses cautivo de una tribu nativa; tras escapar, continuó y culminó con éxito la expedición. <<

[13] *Los papeles de Mudfog* se publicaron en la revista literaria *Bentley's Miscellany*, en entregas mensuales, entre los años 1837 y 1839. Dickens firmaba entonces con el seudónimo *Boz*. <<

[14] Grime, mugre. <<

[15] «El chico negro y el dolor de estómago» y «El sacabotas y el semblante». Tropezar con un sacabotas se consideraba señal de mala suerte. <<

[16] Para dar nombre a estos sabios Dickens juega con el sonido de las palabras y combina y modifica ligeramente diversos términos, creando así apellidos con sentido despectivo: *Muddlebranes*, distraído, atolondrado; *Drawley*, que habla con voz cansina; *Misty*, difuso; *Purblind*, cegato, torpe; *Rummun*, bebedor de ron; *Long Eers*, orejas largas; *Ketch*, verdugo; *Joltered*, trastornado; *Buffer*, torpe; *Snivey*, que lloriquea; *Pumpkinskull*, cabeza de calabaza. <<

[17] Flummery, insípido, sin sustancia. <<

[18] *Mallet*, mazo; *leaver* suena como *lever*, palanca; *scroo* suena como *screw*, tornillo. <<

[19] *Coppernose*, nariz de cobre. <<

[20] Es posible que Dickens aluda aquí, al igual que en otras obras suyas, al pobre sustento que era tan habitual entre las clases humildes de la época. <<

[21] Prosee suena igual que prosy, aburrido, y Blank es vacío, en blanco. <<

[22] Pessel suena como pestle, moler, pulverizar; Mortair, como mortar, mortero. <<

[23] John Nichols Thom (1799-1838) fue un comerciante que se rebeló contra las condiciones de vida de las clases humildes de Cornwall. De carácter y aspecto algo extravagante, adoptó diversos títulos nobiliarios y convenció a sus seguidores de que eran inmortales. Murió, junto con varios de sus hombres, en un enfrentamiento con el ejército. <<

[24] *Grub*, larva, gusano; *dull*, soso, aburrido; *dummy*, ignorante, torpe. <<

[25] *Blunder*, meter la pata; *bore*, aburrimiento. <<

[26] Alusión a la pantomima Harlequin and Guy Fawkes, que se representó en 1835 en el Royal Theatre de Covent Garden. Fawkes, de religión católica, fue el cabecilla del fallido complot para matar al rey Jaime I en 1605 haciendo estallar el Parlamento. Fawkes fue descubierto y condenado a muerte. <<

[27] Dickens alude con ironía a William Shakespeare. La cita corresponde a la comedia Como gustéis (*As You Like It*, 1599), Acto II, escena VII <<

[28] Espectáculo callejero de marionetas muy popular en la época de Dickens.

<<

[29] James Boswell, autor de la *Vida de Samuel Johnson* (1791). <<

[30] «Steal not this book, for fear of hangman's rope, / for it belongs to Alexander Pope». <<

[31] Alexander Pope, 1688-1744; lord Byron, 1788-1824. <<

[32] The Mysteries of Udolpho (1794), de Ann Radcliffe, novela gótica que expone la violencia del hombre contra la mujer. <<

[33] *sir* Edwin Henry Landseer (1802-1873), pintor inglés que destacó por sus realistas escenas de animales, aunque su obra más conocida son las esculturas de los leones de Trafalgar Square. <<

[34] Isaac Van Amburgh (1811-1865), estadounidense, domador de animales salvajes. La reina Victoria quedó tan impresionada por su espectáculo que encargó a Landseer un retrato de Amburgh en una jaula con sus felinos. <<

[35] William Harrison Ainsworth (1805-1882), novelista de éxito en su época, gracias al cual Charles Dickens, entonces un reportero novato, conoció a Richard Bentley, director de Bentley's Miscellany. Aquí Dickens hace referencia al puesto de Ainsworth como editor de la revista en sustitución del propio Dickens. <<

[*] G. K. Chesterton, Charles Dickens (1906). <<

[*] *A Clockwork Twist: Charles Dickens's The Mudfog Papers*. Conferencia. Elizabeth Drialo, 2013. <<